# *Juana la Reina*

# *Juana la Reina*

## *Loca de amor*

YOLANDA SCHEUBER

nowtilus

**Colección:** Novela Histórica
www.nowtilus.com

**Título:** Juana la Reina
**Autor:** © Yolanda Scheuber

Copyright de la presente edición © 2007 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

**Editor:** Santos Rodríguez
**Coordinador editorial:** José Luis Torres Vitolas

**Diseño y realización de cubiertas:** Carlos Peydró
**Diseño y realización de interiores:** JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**ISBN 13:** 978-84-9763-610-0

*Nací signada por un futuro que me predestinó*
*a cargar con el peso de más de doscientas coronas,*
*las cuales, lejos de elevarme a la gloria,*
*me hundieron en la desesperanza y el olvido…*

# ÍNDICE

PRÓLOGO . . . . . 19

CAPÍTULO I: NACIMIENTO DE LA INFANTA . . . . . 21

CAPÍTULO II: INFANCIA EN SEGOVIA . . . . . 53

CAPÍTULO III: RENDICIÓN DE GRANADA . . . . . 75

CAPÍTULO IV: LA ALIANZA MATRIMONIAL . . . . . 93

CAPÍTULO V: EL PRIMER VIAJE A FLANDES . . . . . .113

CAPÍTULO VI: LOS ESPONSALES . . . . . .123

CAPÍTULO VII: LUNA DE MIEL . . . . . .139

CAPÍTULO VIII: DUELO EN CASTILLA . . . . . .159

CAPÍTULO IX: NACE LEONOR . . . . . .173

CAPÍTULO X: CARLOS, EL FUTURO EMPERADOR . . . . . .187

CAPÍTULO XI: ENEMIGOS . . . . . .209

CAPÍTULO XII: REGRESO A ESPAÑA . . . . . .231

CAPÍTULO XIII: LA FAMILIA REAL . . . . . .253

CAPÍTULO XIV: LA AMARGA REVELACIÓN . . . . . .279

CAPÍTULO XV: EL INFANTE ESPAÑOL . . . . . .295

CAPÍTULO XVI: RETORNO A FLANDES . . . . . .327

CAPÍTULO XVII: EL PESO DE UNA HERENCIA . . . . . .357

CAPÍTULO XVIII: LA AUSENCIA DE UNA MADRE . . . . . .371

CAPÍTULO XIX: UN VIAJE SIN RETORNO . . . . . .391

CAPÍTULO XX: LA DESPEDIDA . . . . . .407

CAPÍTULO XXI: JUANA, LA REINA . . . . . .439

CAPÍTULO XXII: LA INFANTA CATALINA . . . . . .453

CAPÍTULO XXIII: EL CORTEJO FÚNEBRE . . . . . .471

CAPÍTULO XXIV: LA DESESPERACIÓN DE UN REY . . . . . .487

CAPÍTULO XXV: TORDESILLAS . . . . . .505

CAPÍTULO XXVI: MUERTE DE UN USURPADOR . . . . . .529

CAPÍTULO XXVII: CARLOS I, REY DE ESPAÑA . . . . . .551

CAPÍTULO XXVIII: COMO EN UN SUEÑO . . . . . .561

EPÍLOGO . . . . . .585

NOTA HISTÓRICA . . . . . .589

CRONOLOGÍA . . . . . .593

ÁRBOLES GENEALÓGICOS . . . . . .603

Dedico este libro:

A mi madre, Velda: por ser la primera persona que me hizo conocer a Juana cuando yo apenas tenía cinco años.

A mi padre, Roberto: por el aporte de su sencilla y humana visión de la vida.

A mi esposo Nicolás, compañero de vida: por apoyarme y darme fuerzas para no claudicar en este empeño que me llevó más de una década.

A mis hijos Nicolás, Santiago y Magdalena: por respetar mi silencio en las horas que escribía.

A mi hermana, Victoria: por su amorosa dedicación, paciencia y asistencia en la corrección de los originales.

A Juana I, Reina de Castilla: por haber dado a la historia un ejemplo de humildad y entrega, tan escasos en estos tiempos, inmolándose en Tordesillas por el amor a sus hijos y por la paz de sus Reinos.

A la gloria de San Francisco de Asis: día en que terminé de redactar el manuscrito.

Agradezco sinceramente:

A la Universidad de Castilla-La Mancha que me orientó en la búsqueda de datos sobre el nacimiento y los primeros días de vida de la Infanta Juana.

A la Subdirección General de Museos Estatales del Ministerio de Cultura de España; al Museo del Prado de Madrid; al Museo Thyssen Bornemisza, al Consejo de Museos Reales de Bruselas y al Centro de Estudios de Pintura Flamenca del Siglo XV e Instituto Real del Patrimonio Artítisco de Bruselas, por su asesoramiento y colaboración desinteresada.

Al Capellán Mayor de la Capilla Real de Granada del Arzobispado de Granada, Manuel Reyes, por su asesoramiento.

A Carmen Vaquero Serrano- amiga de tan lejos- que me ayudó a descifrar algunas claves de la nobleza toledana del siglo XV.

A Martha Corbalán que puso a mi disposición una extensa bibliografía sobre el Cardenal Cisneros.

A Sergio Ramos, Miguel Romero, Diego Ballestrini y Diego Varas, por asistirme con el sistema informático.

# PERSONAJES

**Casa Trastámara**

Juan II, Rey de Castilla: abuelo materno de Juana.

Isabel de Portugal: abuela materna de Juana y esposa de Juan II de Castilla.

Juan II, Rey de Aragón: abuelo paterno de Juana.

Juana Enríquez: abuela paterna de Juana y esposa de Juan II de Aragón.

Enrique IV: hermanastro de Isabel I e hijo de Juan II de Castilla y María de Aragón.

Isabel I, Reina de Castilla: madre de Juana y esposa de Fernando II de Aragón.

Fernando II de Aragón: padre de Juana y esposo de Isabel I.

Isabel, Infanta de España: hermana de Juana, esposa del príncipe Alfonso de Portugal y luego de Manuel I de Portugal.

Juan, Príncipe de Asturias: hermano de Juana y esposo de Margarita de Austria.

Juana I de Castilla: hija de Isabel I de Castilla y de Fernando II de Aragón, esposa de Felipe de Habsburgo.

María, Infanta de España: hermana de Juana y segunda esposa de Manuel I de Portugal.

Catalina, Infanta de España: hermana de Juana, esposa del príncipe Arturo de Inglaterra y luego del rey Enrique VIII de Inglaterra.

**Casa Habsburgo**

Maximiliano I: Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, esposo de María de Borgoña y padre de Felipe el Hermoso.

María, duquesa de Borgoña: hija de Carlos el Temerario, esposa de Maximiliano y madre de Felipe de Habsburgo.

Felipe de Habsburgo: Archiduque de Austria y esposo de Juana I de Castilla.

Margarita de Austria: hermana de Felipe y esposa de Juan de Aragón.

Leonor, Carlos, Isabel, Fernando, María y Catalina de Habsburgo: hijos de Juana I de Castilla y Felipe de Habsburgo.

Felipe II: hijo de Carlos V de Alemania y I de España y nieto de Juana y Felipe.

**Casa de Borgoña**

Carlos el Temerario: duque de Borgoña, padre de María y abuelo materno de Felipe.

Isabel de Borbón: primera esposa de Carlos el Temerario, madre de María y abuela de Felipe.

María de Borgoña: hija de Carlos el Temerario e Isabel de Borbón, esposa de Maximiliano I y madre de Felipe.

Margarita de York: segunda esposa de Carlos el Temerario.

**Otros:**

Príncipe Carlos de Viana: hermanastro de Fernando II de Aragón, hijo de Juan II de Aragón y Blanca I de Navarra.

Hernando de Talavera: confesor de la Reina Isabel I de Castilla.

Tomás de Torquemada: inquisidor general del Reino.

María de Santiesteban: nodriza de la Infanta Juana.

Teresa de Manrique: aya de la Infanta Juana.

Fray Andrés de la Miranda: preceptor de la infanta Juana.

Alexandro Geraldini: preceptor de las infantas María y Catalina

Beatriz Galindo, La Latina: consejera de Isabel I y preceptora de Juana.

Beatriz de Bobadilla: Dama de honor de Isabel I.

Don Diego de Deza: confesor de Fernando II de Aragón, preceptor del príncipe Juan y Obispo de Salamanca.

Don Diego Ramírez de Villaescusa: confesor de Juana y Obispo de Málaga.

Pedro González de Mendoza: Cardenal y Arzobispo de Toledo.

Boabdil: último rey moro de Granada.

Don Fadrique Enríquez: Gran Almirante de la Armada española.

Don Martín de Moxica: Tesorero de la Corte de España en Flandes.

Príncipe de Chimay: Caballero de honor de Juana en Flandes.

Fray Tomás de Matienzo: Consejero y confesor de Juana en Flandes.

Gutierre Gómez de Fuensalida: Embajador español en Flandes.

Francisco de Buxleiden: Arzobispo de Besançon, Consejero de Felipe.

Don Juan Rodríguez de Fonseca: Obispo de Córdoba, Capellán de los Reyes Católicos y director espiritual de Juana.

Príncipe Leopoldo Graf von Hohenstaufen: noble del Sacro Imperio Romano Germánico.

Luis XII: Rey de Francia y esposo de Ana de Bretaña.

Ana de Bretaña: viuda de rey Carlos VIII de Francia, esposa del rey Luis XII y Reina de Francia.

Don Lorenzo Galíndez de Carvajal: Consejero y Asesor de Juana.

Antoine Laclaing, Señor de Montigny: Consejero de Felipe.

Hughes de Melun, vizconde de Gante: Caballero de honor de Juana.

Don Diego Hurtado de Mendoza: Cardenal de España.

Don Francisco Ximénez de Cisneros: confesor de la reina Isabel, Arzobispo Primado de Toledo, Cardenal Primado y Regente de España.

Don Pedro Hernández de Velasco: Duque de Frías y Condestable de Castilla.

Juana de Aragón: hija bastarda de Fernando II de Aragón, duquesa de Frías y esposa de don Pedro Hernández de Velazco.

Don Juan López de Lezárraga: secretario privado de la reina Isabel.

Don Juan Manuel, Señor de Belmonte: representante de Felipe en España.

Luis de Ferrer, Hernán Duque de Estrada, Bernardo y Luis de Sandoval y Rojas: carceleros de la reina Juana en Tordesillas.

Germaine de Foix: segunda esposa de Fernado II de Aragón.

# PRÓLOGO

La alienación de Juana I de Castilla ha mantenido y mantiene todavía serios interrogantes que se desarrollan en las páginas de este libro.

Queda aún la duda respecto de si tal alienación fue la causa de su encierro o si el encierro fue la causa de aquella.

A pesar de haber transcurrido más de cinco siglos desde que sucedieron estos acontecimientos históricos, creo que no existe un corazón humano que no llegue a conmoverse por los setenta y seis años que estoicamente vivió Juana en este mundo.

Los hechos que a continuación relato muestran las luces y sombras que han iluminado, pero también opacado, como un reflejo, las conductas de aquellos personajes, que fueron principales protagonistas de un tiempo histórico trascendente para España y para la historia del mundo.

La luminosa estela de los magníficos reinados de Isabel y Fernando, los Reyes Católicos, proyectan un cono de sombra sobre el destino de aquella hija, heredera de todos sus reinos, quien, si embargo, se vió obligada a padecer cuarenta y seis años de forzado encierro, desde 1509 hasta su muerte, acaecida en 1555.

Esos interrogantes, que aún se manifiestan en el imaginario de la gente, han despertado, desde muchos años atrás, mi interés por investigar la vida de Juana I de Castilla, cuya historia he plasmando en esta novela.

La autora.
SALTA-ARGENTINA,
a los 450 años de la muerte de Juana I de Castilla.

# I

# NACIMIENTO DE LA INFANTA

Dio vuelta la página del salterio y observó el calendario de mayúsculas iluminadas. Buscó con ansiedad aquel punto púrpura, apenas perceptible, que había marcado nueve meses atrás con sangre de su cilicio y se sorprendió. El día marcado estaba llegando a su fin y señalaba viernes, 5 de noviembre del año del Señor de 1479. La festividad religiosa celebraba a Santa Isabel, madre de San Juan Bautista: su onomástico. Pero en aquel trajinar nadie lo había advertido. Solo su confesor se lo había recordado en la misa del alba. Hacía dos días que habían llegado al castillo del Conde de Cifuentes, en su marcha itinerante, para proclamar al pequeño Infante Juanito, de un año y medio de edad, Príncipe de Asturias. Tan digno título había sido otorgado por las cortes perpetuas del Reino, en el año 1388, al hijo o hija mayor que además fuera heredero de la corona de Castilla. Su Castilla. La legendaria Asturias recibía ese honor por haber sido el primer Reino cristiano de la Península Ibérica entre los años 718 y 910.

En ese instante, un trueno retumbó ensordecedor y la tormenta, que parecía subir por el río Tajo, continuó por un buen rato anunciando su llegada. Cuando las campanas llamaron a completas la noche se había instalado definitivamente, depositando su espeso y oscuro manto sobre la noble e imperial Toledo que, erguida hacia los cielos castellanos y envuelta entre resplandores violáceos, se agrupaba sobre un enorme peñasco desafiando el tiempo y el espacio. Con sus altas

torres mudéjares, con sus cúpulas y sus espadañas, aparecía ante su vista, sorpresiva, cambiante y al mismo tiempo inmutable, sintetizando en una mezcla fuerte de sarraceno y gótico la verdadera reliquia de la que otrora fuera la magnífica joya de la dominación musulmana.

La luz instantánea de un rayo destacó su contorno sobre el fondo, tanto como el perfil de los cerros más cercanos y de los montes y sierras más alejados que la circundaban.

Sus imponentes murallas, aquellas que circunscribían el refugio de los toledanos, donde encerraban lo que poseían como el tesoro más precioso y donde se recluían tras el toque de queda, habían cerrado sus puertas. Una a una, cada tarde, las entradas de la ciudad se iban clausurando mientras oscurecía. La del Sol, de estilo mudéjar, llamada así porque estaba orientada a la primera y última luz del sol; la de Bi-Al Mardon, la más antigua de la ciudad; la de Hierro; la de la Sangre; la de San Martín, de estilo gótico; la Puerta de los Doce Cantos o de Alcántara, junto a la Puerta Vieja de la Bisagra o de Alfonso VI, por la que un lejano y glorioso 5 de mayo del año 1085 entrara el monarca como nuevo Señor de la ciudad y del Reino, junto al Cid Campeador, se volvían impenetrables antes de dar las vísperas, resguardando, cual un magnífico tesoro, los sueños, dominios y vigilias.

Las nubes parecían desplomarse sobre la tierra reseca y la lluvia comenzaba a caer en abundancia. Pero, a pesar de los buenos designios que el agua traía, la intranquilidad y el desasosiego la habían vuelto a invadir.

A través de los pequeños cristales circulares de la ventana, miró la inmensidad de aquella lejanía y el Torreón de la Cava le pareció un espectro gigantesco y sombrío. El firmamento se quebraba en mil fragmentos enceguecedores y únicos, mientras un estruendo atronador convertía aquel momento fugaz en un cataclismo similar al inicio de los tiempos. Cielo y tierra parecían fundirse en un torbellino inagotable de viento y de agua, donde una vez más volvía a repetirse el mágico ritual de la lluvia.

Todo vibró —hasta su cuerpo— y la criatura que llevaba dentro se agitó en su vientre cuando una ráfaga de aire helado penetró fugitiva por la angosta ventana mal cerrada, intentando apagar el fuego de los candeleros.

Las hambrientas nubes de borrascas continuaron devorando a su paso, una tras otra, las frágiles constelaciones, prosiguiendo sin prisa

y sin pausa su marcha amenazadora, buscando otros suelos igual de sedientos que los de la silenciosa llanura castellana. La oscuridad se había vuelto más profunda y el contraste de los relámpagos más intenso. Por fracciones de segundos su blanca luz iluminaba las siluetas, como al acecho, de enormes masas de rocas y violentas pendientes, apareciendo entre el ramaje de álamos, almendros y olivos las blancas, conventuales y rústicas construcciones de los cigarrales toledanos que tan exactamente se identificaban con la tierra y el paisaje.

Un tropel de caballos aterrados, desbocados, enloquecidos de temor ante la magnitud de la tormenta, se perdió entre las sombras detrás del Alcázar, y los búhos, aleteando nerviosos, buscaban cobijo bajo los aleros del torreón. El Arco de la Sangre y la Puerta de Hierro se divisaban borrosos y sintió la sensación que la ciudad amurallada iba a desintegrarse sumergida en aquel vendaval.

Volvió la mirada hacia el río que, impetuoso, abrazaba la ciudad, trazando una curva tan cerrada que parecía sujetar los muros anclados en la historia y observó, en el foso circular que formaba el Tajo, una masa informe de espuma, de barro y de furia que se estrellaba contra las piedras de los puentes de Alcántara y de San Martín. Un mal presagio cruzó por su mente. Sentía deseos de poder volar y buscar un refugio muy lejos de allí. Quería olvidar, debía hacerlo. Pero la idea volvía una y otra vez a su mente. Tenía que olvidar que había marcado con sangre la fecha de aquel nacimiento.

Con un gesto cansado cerró el libro y lo dejó caer sobre la mesa. Sintió su cuerpo destemplado y se cubrió los hombros con su capa de piel. Un suspiro profundo escapó de su boca, aliviando en algo la tensión que aquella idea obsesiva le provocaba.

Isabel I, Reina de Castilla, de León, Toledo, Valencia, Galicia, Murcia, Extremadura, Sevilla, Jaén, Córdoba, Algeciras, los Algarves, Málaga, Mallorca, Gibraltar, Asturias, Aragón, Cataluña, Condesa de Barcelona, Señora de Vizcaya y de Molina, Duquesa de Atenas y de Neopatria, Condesa de Rosellón y de Cerdeña, Córcega, Sicilia e Islas Baleares, Marquesa de Oristán y de Gociano, era una reina hermosa, con una historia personal tan sorprendente como apasionante. Pero más allá de su apariencia exterior, poseía, además, cierto atractivo inexplicable que trascendía su belleza convencional. No era muy alta, pero su cuerpo era flexible como un junco y resistente como un

mimbre, sorprendentemente bien formado a pesar de los nueve meses de gravidez que le pesaban en el vientre.

El tercer vástago de los Reyes de Castilla y Aragón estaba a punto de nacer y esto hacía que Isabel, la Reina guerrera, aquella que iba a las batallas vestida con su armadura y dispuesta a cortar cabezas, atravesar corazones y matar con fiereza, enarbolando en su mano derecha la espada de la justicia y la victoria, mientras dejaba escapar de su garganta el grito de guerra de Castilla: "¡Santiago y San Lázaro!", perdiese esa presencia algo varonil y un tanto intimidatoria que la caracterizaba, para transformarse, después de nueve lunas, en una mujer atractiva, dulce y maternal.

Su rostro de finos rasgos gozaba a todas luces de los más hermosos ojos que se hayan visto en una Reina. Profundos y mansos cual el agua de un estanque, podían volverse de repente, ante la más mínima contradicción, en un mar embravecido de esmeraldas fundidas. Aquellos bellos ojos, severos o vivaces según las circunstancias, estaban rodeados por cobrizas pestañas algo más oscuras que sus largos cabellos color miel, a los cuales recogía prolijamente debajo de un velo blanco. Su boca sensual y orgullosa revelaba la impetuosa sangre trastámara que corría por sus venas, haciendo de ella una mujer fascinante en todos los aspectos.

Así le pareció a la única persona que en aquellas horas la observaba en silencio. Sentado junto al fuego de la chimenea, jugando con una pequeña copa de aguardiente entre sus dedos, Fernando II de Aragón la contemplaba sin poder quitarle sus ojos de encima.

Seguro de su lejanía, y no pudiendo reprimir el impulso, se levantó sin hacer el menor ruido y se acercó despacio, abrazándola por la espalda. El sobresalto de la Reina fue mayúsculo, pero el Rey la tranquilizó hablándole con dulzura al oído.

—Celebro volver a estrecharos entre mis brazos.

Isabel se dio vuelta y le miró a los ojos.

—Sí, lo celebro —prosiguió Fernando—. Tanto como esta lluvia bendita. Este será un año de buenas cosechas y abundantes recaudaciones. Sin embargo, vuestros ojos reflejan angustias y desconozco los motivos que puedan provocar tanto pesar.

Aquellas palabras sacudieron el corazón de la Reina.

—Hubiera deseado que los motivos que me confunden en estos instantes fueran traslúcidos y mansos como el agua de una fuente.

Pero mis temores son profundos, esposo mío. Tan profundos como la esfera celestial y tan oscuros como un océano, porque presiento que este hijo que se agita dentro de mis entrañas está llegando en un momento poco propicio —respondió con tristeza Isabel.

—¿Cuáles son vuestros miedos, reina mía, si siempre habéis confiado en el Altísimo?

—Tal vez un mal alumbramiento. Un futuro incierto. Un hijo enfermo. No lo sé, Fernando, no lo sé. Solo sé que si me abrazáis tendré el valor suficiente para enfrentarlos.

—No temáis, señora mía, y confiad en Dios que está en los cielos de Castilla. Cielos que no son solo su paisaje sino el sustento de esta tierra que hoy está de parabienes. La lluvia es una bendición y una señal de abundancia.

—En Él confío. Pero no puedo apartar de mis oídos la risa extraviada de mi madre. Ella trajo desde Portugal la semilla de la insania y mucho me temo que germine en la sangre de alguno de nuestros hijos.

—Confiad en nuestra buena estrella, Isabel, porque su luz nos ayudará a concertar una adecuada y conveniente política matrimonial para nuestros Infantes. Alianzas dinásticas que beneficiarán a España. No temáis, que yo os amo.

Fernando la miró a los ojos y la Reina se sintió conmovida.

Con sus veintisiete años, el Rey poseía un linaje destacado. Había nacido el 10 de marzo de 1452 (un año después que Isabel), en un pueblo aragonés llamado Sos. Desde muy temprana edad, su padre le había adiestrado en las obligaciones reales y a los trece años tenía bajo su mando a las fuerzas militares de Aragón. Sus condiciones de inteligencia y sentido práctico habían hecho de él un estadista, un gobernante tenaz de diplomática paciencia y un oportunista político. Sin embargo, todas estas virtudes se veían disminuidas, en parte, por su atractiva figura, pero sobre todo por su carácter apasionado y su notable encanto en el trato.

Hijo de Juan II de Aragón y de Juana Enríquez, poseía una religiosidad menos obvia que la de Isabel, aunque era piadoso, de modo tal que, junto a los rasgos de político sagaz y calculador, coexistían en él las virtudes de un cruzado en potencia. Pero no todo eran rosas en su vida. Desde su cuna, Fernando había sentido que el rencor, las intrigas y la muerte le rondaban. En noches inter-

minables, cuando se desvelaba preocupado por los problemas de inestabilidad en el Reino, la imagen de su madre moribunda lo perseguía. La veía aterrorizada y temerosa, como queriendo escapar del fantasma del Príncipe de Navarra, Carlos de Viana, su hijastro y treinta años mayor que Fernando. Aquel Príncipe, quien fuera también hijo de Juan II de Aragón, con su primera esposa, Blanca I, Reina de Navarra, heredó al morir su madre aquel Reino, pero la influencia de Juana Enríquez sobre el Rey de Aragón, y el odio que sentía por su hijastro, provocaron las discordias entre padre e hijo y la división de Navarra en dos bandos. Los agramonteses, partidarios del Rey Juan II de Aragón y I de Navarra y los beaumonteses, partidarios del Príncipe Carlos de Viana, quien se vio forzado a defender la herencia de su madre, enfrentando a su padre y a la nueva esposa de este.

Juana Enríquez fue la mujer a quien Juan II de Aragón amó más que a nadie en este mundo y por la cual mandó asesinar, el 21 septiembre de 1461, a su primogénito Carlos.

«...Manuscrito he leído en que lo confesó la Reyna al tiempo de morir el Rey Don Juan su marido, que avía dado veneno al Príncipe Don Carlos...»

Quince días después de la muerte del Príncipe de Viana, el 6 de octubre, Fernando fue jurado como heredero del Reino de Aragón ante las Cortes de Calatayud. Con los años (en 1512), Navarra pasaría a manos de Fernando (y luego, en 1515, formaría parte de la corona de Castilla), pero aquella corona heredada quedaría por siempre manchada con sangre de los Trastámara.

Fernando de Aragón había recibido, en 1468, el trono de Sicilia y, en 1479, el de Aragón.

—¿En qué pensáis, esposo mío?

—En mi madre. Con cada parto temía perder la vida.

—Y yo, con cada parto, temo perder un hijo.

—Todos tememos a la incertidumbre. Es algo natural a la condición humana el ensombrecernos ante el peligro.

—También el cansancio ensombrece mi ánimo. Pediré a mis doncellas que entibien los aposentos para retirarme a descansar y no tomaré ningún alimento, pues tengo el presentimiento de que el alumbramiento se producirá en unas pocas horas.

—Aguardad, Isabel, no os marchéis todavía.

La volvió a abrazar y besó su boca aún joven y plena de deseo. Ella respondió dócil y enamorada, voluntariamente entregada a los fuertes brazos de su amante y apuesto Rey.

Aquel amor había fructificado en los pequeños Infantes, Isabel y Juan, que alegraban con sus vidas la vida de los monarcas y, arropados por las ilusiones dinásticas de sus progenitores, dormían serenamente en las habitaciones cercanas. Un tercer hijo estaba por llegar y ampliaría con su nacimiento las aspiraciones y los dominios de la corona española, deseosa de contrarrestar el creciente poderío francés.

—Os amo más que a nadie en este mundo —le susurró el Rey al oído— y en eso me parezco a mi padre, que amó a mi madre incondicionalmente. Pero os amo, no solo porque sois mi esposa y la madre de mis hijos, sino porque sois la magnífica Reina de Castilla que gobierna con firmeza necesaria todos los Reinos heredados por legítimos derechos. Os admiro. Por eso nuestra divisa «tanto monta, monta tanto...» es el resumen del poder que un día no muy lejano nuestro cetro ejercerá sobre toda la Península Ibérica.

La Reina guardó silencio. «Tanto monta...» era la divisa de Fernando, aquella que inventara Nebrija en recuerdo de Alejandro Magno. Sin embargo, ahora también era la suya.

Vigorosa y enérgica cual una verdadera amazona, Isabel gustaba de la caza tanto como de la guerra, poseyendo, entre sus muchas virtudes, un destacado sentido del deber. Extremadamente piadosa, desde muy niña había jurado consagrarse a la causa de establecer la religión católica dentro de todos sus Reinos, aunque fuese a costa de cualquier sacrificio, siendo además la poderosa administradora de una no menos importante y vasta región de España, a la que se había propuesto dedicar sus actos de gobierno y todos sus pensamientos. Un solo fin guiaba siempre su mente. Y ese era el bien de su Reino.

Encandilaba verla sentada, majestuosa, en su trono impartiendo justicia o empuñando la espada de las batallas. Con su notable inteligencia sabía disimular muy bien el dominio que ejercía sobre los demás, a través del sabio proceder de pedir consejos a sus asesores y a su confesor Hernando de Talavera. De aquel modo tan sutil hacía parecer que sus ideas provenían de otras personas, sin aparentar ser autoritaria.

—Sois en verdad una mujer extraordinaria, Señora —continuó Fernando—. Hermosa, inteligente, voluntariosa y austera. Una combinación de virtudes que se han dado en vuestra persona para mi

propia bendición. Me siento un Rey muy afortunado. ¡Y quiera Dios que la buena estrella que por tantos años alumbró con benevolencia la Casa Trastámara, lo siga haciendo como hasta hoy!

Isabel le buscó con la mirada «...la Casa Trastámara...» y a su mente acudieron como un torbellino las imágenes de su padre Juan II de Castilla y de León, tan lejanamente muerto pero tan cercano a su corazón. Había sido el cuarto Rey de la dinastía Trastámara, iniciada en 1369 por Enrique II (un hijo bastardo de Alfonso XI). Isabel tenía solo tres años de edad cuando su madre, Isabel de Portugal, la llamó para darle la infausta noticia de su muerte. En ese año la Reina portuguesa comenzó a padecer los primeros síntomas de enajenación mental, los que ya no la abandonarían hasta el día de su muerte.

Isabel había nacido el 22 de abril de 1451, en Madrigal de las Altas Torres. Un pueblo de nombre hermoso para una reina inigualable. A los tres años de edad, en 1454, moría su padre y era proclamado Rey de Castilla su hermanastro, Enrique IV (hijo de Juan II de Castilla y de su primera esposa, María de Aragón, muerta en 1445). Desde el momento de su ascenso al trono, Enrique IV demostró endeblez e indecisión, defectos que le impidieron ejercer su autoridad y hacer frente a una nobleza dominante. Con el tiempo, dejó el gobierno en manos de sus favoritos mientras los nobles se agrupaban para hacer valer sus influencias políticas. Su prestigio decayó por completo cuando, presionado por ellos, convirtió en heredero de Castilla a su hermanastro Alfonso.

Al cumplir Isabel los doce años, Enrique IV la mandó llamar a su lado, junto a su hermano Alfonso, y allí permanecieron en la Corte castellana bajo su custodia. Pero los tres hermanos estaban destinados a no vivir en paz y en armonía y la relación se fue tornando, con el paso del tiempo, cada vez más difícil.

En el año l465 una facción de la nobleza, encabezada por el Marqués de Villena, depuso a Enrique IV y nombró al príncipe Alfonso, Rey de Ávila. Alfonso era el único hermano que tenía Isabel —por parte de padre y de madre— y ella le quería con todo su corazón. Fue su inseparable compañero y aquel con quien pudo compartir los solitarios y despojados años de su infancia castellana. Por desgracia, murió envenenado un amargo 13 de julio de l468, cuando solo tenía dieciséis años. El trágico acontecimiento sumió a Isabel en un total desconsuelo. Íntimamente había sentido una especial predilec-

ción por él, pero, aceptando la voluntad divina, se recluyó en el dolor de una adolescencia despojada de afectos, la cual le marcaría su alma para siempre. La muerte de su hermano Alfonso puso fin a la guerra civil y Enrique IV volvió a ocupar el trono de Castilla y apartó a Isabel de la Corte. A partir de entonces, la Princesa no volvió a gozar en plenitud de la compañía de su madre y, aunque debió acompañarla durante su voluntaria reclusión en el desolado castillo de Arévalo, la amó sin condiciones hasta el día de su muerte. De su inestimable educación se ocuparon: su madre; Gonzalo Chacón, comendador de Montiel; y Beatriz Galindo, «La Latina». Sus buenas influencias hicieron que Isabel destacara en retórica, filosofía e historia.

Creció en la soledad y en el anonimato detrás de los anchos muros de aquella fortaleza, rodeada de un ambiente austero, rayando con lo monacal, con la sola compañía de su madre enferma, a quien con el tiempo debió dejar para casarse. Sin duda, aquella niñez moldearía un carácter sobrio y sensato que la distinguiría, después, como una de las reinas más singulares de la historia, no ya de España sino del mundo.

Una fuerte ráfaga de viento la rescató de aquellos tristes recuerdos. Entonces se dirigió a su esposo.

—Todo nacimiento exige servicios al Reino y una política real de definiciones concretas y precisas. ¿Acaso habéis olvidado los motivos que condujeron a nuestro matrimonio hace diez años? Recuerdo que Aragón había sufrido una formidable rebelión en Cataluña y en Navarra. Los rebeldes habían ofrecido la corona de Navarra a mi hermanastro Enrique IV, entonces vuestro padre solicitó apoyo a Luis XI de Francia mediante la cesión de los Condados de Rosellón y Cerdeña y, así, pudo paralizar el movimiento. Pero para mí lo más importante era la necesidad que sentía como Princesa de tener un esposo de sangre real que me ayudase a reforzar mi causa en Castilla. De aquella unión, doblemente convenida, surgió este amor profundo. Un amor igual al nuestro es lo que más deseo para cada uno de nuestros hijos.

—También yo lo deseo, Reina mía. Nuestra hija mayor, Isabel, ha sido prometida al Príncipe Alfonso de Portugal. Algún día llegará a ser su Reina y nuestra divisa flameará en el país vecino. Para nuestro hijo primogénito, Juan, planificaremos una red de poder indestructible en Europa y luego buscaremos la mejor alianza política para este otro hijo que está por llegar.

De pronto los Reyes guardaron silencio. Un silencio roto solo por el repicar de las gotas de lluvia sobre los cristales de las ventanas. Y aquel ruido familiar y lejano les transportó a los años de infancia, donde las ilusiones todavía estaban intactas y los sueños rondaban por sus mentes iluminando un futuro que podría ser glorioso. Luego llegaron los años de la adolescencia y los compromisos asumidos, más tarde, la juventud, donde parecía que todo lo soñado poco a poco iba a hacerse realidad. Bisnietos de Juan I de Castilla y primos entre ellos, Isabel y Fernando habían vivido sin conocerse, ella en Segovia, él en Zaragoza, hasta que fueron prometidos para casarse. Fernando había sido elegido, entre todos los demás, como su esposo, cuando la Infanta era aún una desdichada Princesa en la Corte de su hermanastro Enrique IV. A los dieciséis años, demostrando una gran inteligencia y perspicacia política, había preferido a Fernando de Aragón antes que al Duque de Guyena, posible heredero al trono de Francia, o al Rey de Portugal, Alfonso V (cuñado y favorito de Enrique IV, por ser hermano de Juana de Portugal, esposa del Rey castellano), que también aspiraban a su mano.

No había sido una decisión apresurada sino, por el contrario, muy meditada. Impulsada por su natural curiosidad femenina, solicitó informes, deseando saber, además de la elegancia, sobre los aspectos de la personalidad de cada uno de sus pretendientes. Alguien en la Corte le había comentado que el Duque de Guyena era débil y enfermizo. Al Rey Alfonso V lo conocía, pero era mucho mayor que ella y se hablaba de los sospechosos intereses que este monarca tenía sobre el Reino de Castilla. Isabel rechazó a ambos declarándose contraria a aceptarlos como futuros esposos y recurrió a la ayuda de las Cortes castellanas para eludir aquellos compromisos.

Después de muchas noches de insomnio, Isabel aceptó el desafío realizando una acertada elección. Decidió desposar al Príncipe Fernando de Aragón. En su mente se sentía como una futura reina, aunque su hermanastro todavía viviera y reinara. El matrimonio de Isabel y de Fernando se hizo realidad en las Capitulaciones de Cervera, el 7 de enero de 1469.

Isabel había meditado mucho sobre la situación pues con el Duque de Guyena, hermano del poderoso rey francés Luis XI, o con el monarca lusitano, Castilla, su Castilla, nunca podría mantener la preponderancia política en la península. Y a Aragón, debilitado por

las luchas internas, no le interesaba demasiado gravitar, pero, unido a Castilla, podrían convertirse en una verdadera amenaza para Francia.

Intuyendo las condiciones de inteligencia, el sentido político de Fernando, y previendo su futuro papel, la heredera de Castilla vio en aquel joven príncipe las condiciones de un verdadero rey para los tiempos que se aproximaban. Fernando era un buen estadista y un magnífico diplomático pero, más allá de todo, tenía un temperamento ardiente. Y aquello terminó por decidirla.

Confiaba en que Enrique IV no la forzaría a aceptar a Alfonso V (el cual se había apresurado a enviar embajadores ante Isabel para conseguir el sí), pero se equivocó, porque cuando el Rey se dio cuenta de que era imposible convencerla, amenazó con enviarla a prisión.

Los acontecimientos se precipitaron y la Princesa rompió manifiestamente con su hermano, escapando a Valladolid en los primeros días de octubre de 1469. Descubriendo el juego peligroso que había iniciado Enrique IV, depositó todas sus esperanzas en el Príncipe Fernando, que no la defraudó en aquellos momentos cruciales.

Con un grupo de fieles servidores, el temperamental aragonés se disfrazó y emprendió el viaje del encuentro. En su primera jornada pernoctó cerca de Burgo de Osma y, fingiéndose criado de unos mercaderes, cuidó las mulas y sirvió la cena. Cuando aquella hubo concluido, en lugar de retirarse a dormir, salió con sus hombres de la aldea en plena noche.

El 9 de octubre de 1469 entraba Fernando en la población de Dueñas, desde donde envió una carta a Isabel, que se hallaba cerca de Valladolid, y el 14 de octubre, cinco días después, los futuros esposos se veían por primera vez en la vida.

Uno de los enviados de la Princesa, Gutierre de Cárdenas, fue quien le mostró a su prometido desde lejos. —Aquel es... —le dijo, señalando al apuesto Príncipe, e Isabel, al verle, se enamoró de él.

A la histórica entrevista entre los futuros Reyes, que duró más de dos horas, asistieron también cuatro caballeros aragoneses y dos damas de honor de la Princesa. Aquel conocimiento mutuo alentó el éxito de la acertada elección.

Con la mayor celeridad posible fueron dispuestas las ceremonias de los desposorios, que comenzaron el día de San Lucas, miércoles 18 de octubre de 1469, en el palacio Vivero de Valladolid. En presen-

cia del nuncio papal, Antonio Veneris, el Arzobispo Carrillo y miembros de la Corte de Isabel, entre ellos el Almirante Fadrique Enríquez, los Manrique y otros grandes de España, intercambiaron votos y firmaron documentos que los unían como esposa y esposo. Esa noche, Fernando durmió en casa del Arzobispo. La ceremonia religiosa se llevó a cabo al día siguiente, el 19 de octubre, en el mismo palacio de Vivero, donde además asistieron dos mil observadores que compartieron la misa nupcial en la que los esposos intercambiaron los votos matrimoniales. Después de la ceremonia hubo festejos, bailes y justas hasta que, al anochecer, los esposos se retiraron a la cámara real. Todo fue celebrado muy pobremente, pues Fernando llegó sin dinero e Isabel carecía de él. La madre del Príncipe, Juana Enríquez (de la familia de los Almirantes de Castilla), no pudo asistir a la boda de su amado hijo porque había muerto en 1468, tras una dolorosa agonía producida por un cáncer de pecho.

La boda se celebró sin que los contrayentes obtuvieran la correspondiente dispensa pontificia de su parentesco por consanguinidad y se hizo correr el rumor de que ya la habían obtenido (aunque esta no llegó hasta agosto de 1472, cuando le fue entregada en mano a Fernando por el Legado Rodrigo de Borgia, el que luego ascendería al trono de San Pedro, en el año 1492, con el nombre de Alejandro VI).

Los jóvenes Príncipes eran entre sí muy distintos, por no decir opuestos. Isabel era activa, impulsiva, visionaria y poseía un auténtico fervor religioso. Celosa fuera de toda medida, andaba siempre atenta para ver si Fernando amaba a otras mujeres (y si sentía que miraba a alguna dama o doncella de su Corte con señal de amores, buscaba con mucha prudencia los medios y maneras para deshacerse de ella). Decidida al extremo, una vez que tomaba una resolución toda persuasión resultaba inútil. Llorar para ella era un signo de debilidad que jamás se permitía y si alguna vez una lágrima escapaba de sus ojos verdes, lo hacía en soledad, encerrada bajo doble llave en el silencio de sus aposentos.

Los celos de la Reina no impidieron que Fernando, acaso como una reacción natural y humana, tuviera no pocos devaneos con otras mujeres. A los diecisiete años, y antes de desposarse con ella, ya tenía dos hijos bastardos (Alfonso y Juana). El más ilustre de todos fue Alfonso de Aragón, a quien le fue otorgado el arzobispado de Zaragoza a la escasa edad de seis años, con todas las rentas correspon-

dientes (convirtiéndose en una de las personas más ricas del Reino). Había sido el fruto de sus amoríos con Aldonza Roig d´Iborra —más tarde Vizcondesa de Éboli—. La lujuria fue, sin duda, el pecado más grave del Rey Fernando, aunque la envidia, el egoísmo y la avaricia también llegarían con los años a corromper su corazón.

Observador, prefería las obras a las palabras. Práctico y poco escrupuloso no se interesaba demasiado en guardar las formas cuando estas no se acomodaban a su vida y a sus necesidades.

Intuitiva, Isabel había estudiado con minuciosidad las capitulaciones matrimoniales, con el fin de tener plena garantía de poder cuando muriese su hermanastro Enrique IV. Su propósito era reinar en Castilla, no solo de nombre sino también de hecho (dejándole a Fernando el título de Rey, aunque este solo fuera puramente honorífico).

Las dificultades no tardaron en llegar. Desde un primer momento, Fernando de Aragón se enfrentó con Carrillo, Arzobispo de Toledo y Primado de España, quien, por haber sido el principal autor de la boda, se jactaba de ser el auténtico dueño de la Península Ibérica. Como el Príncipe aragonés no se dejó dominar, el Arzobispo comenzó a odiar a los monarcas de tal manera que no ahorró esfuerzos en luchar en contra de ellos.

En 1473, el Papa Sixto IV ordenó Cardenal al sucesor de Carrillo, Pedro González de Mendoza, cuarto hijo del marqués de Santillana y hermano del primer Duque del Infantado, a quien todos llamaban en Castilla el tercer Rey, por el poder que ostentaba, llevando una vida más apegada a los placeres terrenales que a los celestiales.

Al enterarse de su nombramiento, el Arzobispo Carrillo se retiró despechado a Alcalá de Henares y se dedicó a la práctica de la alquimia, jurando que si algún día el destino hacía entrar a la Reina Isabel por una puerta de su casa, él saldría por la otra sin mirarla.

El lunes 12 de diciembre de 1474 murió el Rey Enrique IV, a los cincuenta años de edad. Fue sepultado en el monasterio de Santa María de Guadalupe, sin la pompa usualmente acordada para la muerte de los Reyes. Fernando de Aragón se encontraba en Zaragoza y pudo comprobar, entonces, la malquerencia de la Corte castellana. La camarilla cortesana que rodeaba a su esposa retrasó la noticia del fallecimiento, pero en cambio se apresuró a proclamar a Isabel como Reina de Castilla. Notificado por sus asesores, Fernando inició el

camino hacia Segovia, residencia de Isabel, pero al llegar a Turégano recibió órdenes de detenerse hasta que se levantara la sesión de las Cortes, el día 19 de diciembre, y porque la Reina deseaba primero ser Reina completa y propietaria absoluta de su Reino. Así se había autoproclamado, el martes 13 de diciembre de 1474, como soberana de Castilla y León, en la iglesia San Martín de Segovia.

Fernando quedó sorprendido y cuando, al cabo de algunos días, pudo llegar a Segovia, convencido de que los nobles castellanos que rodeaban a Isabel le eran hostiles y amargado porque la Reina seguía los consejos de aquellos interesados cortesanos de conducta inicua, hizo todo lo posible por lograr imponer algunos puntos de vista en lo que a la política de Castilla se refería.

Fernando, fiel al régimen peculiar de sus Reinos, dominados por una política tradicionalmente autonómica y pactista, y acosados por la crisis, pretendió ofrecer a todos los pueblos peninsulares idénticas oportunidades en el plano político y económico. Una nueva ordenación hispánica alboreaba en su mente.

Por su parte, Isabel, mantenía el sentimiento integracionista de la monarquía castellana, como cuando sujetó en los comienzos de su reinado a las comarcas galaicas.

Enrique IV dejó al morir una hija de doce años llamada Juana, conocida vulgarmente como «la Beltraneja». Se sospechaba que su padre era el Duque de Alburquerque, Beltrán de la Cueva, y favorito de la Reina Juana de Portugal, esposa del Rey castellano fallecido.

Los rumores de que Enrique había sido sexualmente impotente (ya que se había divorciado con anterioridad de Blanca II de Navarra sin dejar descendencia), y de que su hija Juana era ilegítima, nunca pudieron comprobarse, pero su mujer y la pequeña Infanta fueron desterradas en 1468 al castillo de Alarcón. Y aunque al morir el Rey de Castilla, en 1474, Juana de Portugal sostuvo los derechos de su hija por el trono castellano, murió en 1475 sin poder lograr su cometido.

Por el Pacto de los Toros de Guisando, realizado en Ávila en 1468 (y no porque declarase espuria a Juana, sino por evitar a toda costa una sangrienta guerra civil), Enrique IV había proclamado a Isabel como legítima heredera de sus Reinos, accediendo, el 19 de septiembre de 1469, a reconocerla como su legítima sucesora en perjuicio de su propia hija.

«...La muy ilustre Princesa Doña Isabel, mi muy cara y muy amada hermana, se vino a ver conmigo cerca de la Villa de Cadahalso donde yo estaba aposentado... e la dicha hermana me reconoció por su Rey e Señor natural, e yo movido por el bien de la dicha paz e por evitar toda materia de escándalos e división...determiné de la recibir e tomar por Princesa e primera heredera e sucesora destos mis dichos Reynos...»

Este fue el origen de la legitimidad de la sucesión de Isabel I de Castilla, quien tuvo el recato de no exigir a su hermano una declaración expresa reconociendo que Juana era hija adulterina.

A pesar de todo, no pudo evitarse la guerra civil. Guerra más deplorable y vergonzosa, por enfrentar a Isabel (quien, contando apenas once años de edad, había sostenido entre sus brazos, ante la blanca pila bautismal, a Juana, su sobrina recién nacida) con su propia sangre. La misma contra la que guerreó después, sin respeto alguno de parentesco, ya fuera este carnal o simplemente sacramental.

Esta guerra de sucesión planteó, además del problema jurídico de los derechos respectivos de Juana e Isabel, uno más trascendente: el de la rivalidad por la hegemonía peninsular entre las dos Casas reinantes, la castellana de los Trastámara y la lusitana de los Avis.

Para contrarrestar los negativos efectos internacionales, una dinámica política de alianzas se fue gestando entre los Reinos de occidente en torno a estas dos mujeres, pretendientes al trono de Castilla. Así, Portugal y Francia apoyaron a Juana, La Beltraneja, mientras que Aragón y sus aliados (Nápoles, Borgoña e Inglaterra) se declararon partidarios de Isabel.

Al principio, la situación militar fue desfavorable, aunque el pueblo apoyaba con fervor la causa isabelina. Una parte de los nobles se pasaron al bando de Juana, entre ellos, el Marqués de Villena, el Duque de Arévalo y el turbulento Arzobispo Alfonso Carrillo, quien llegó a decir publicamente: «...Yo he sacado a Isabel de hilar y la enviaré nuevamente a coger la rueca...» Por su parte, el anciano Rey, Juan II de Aragón, arriesgó cuantos recursos pudo para ayudar a Isabel y sus esfuerzos dieron valiosos resultados.

Isabel pudo reinar gracias a la sentencia arbitral de Segovia de 1475, que permitía reinar a las mujeres.

En 1476, dos años después de la muerte del Rey Enrique IV, Isabel venció definitivamente al bando de Juana, el cual estaba

apoyado por Alfonso V de Portugal, tío de «la Beltraneja», con quien Juana llegó a comprometerse en matrimonio para destronar a Isabel.

Por el Tratado de Alcaçobas se puso fin a la guerra, reconociendo a Isabel como la Reina legítima de Castilla y delimitándose, además, el área de expansión castellana en la costa atlántica africana.

La idea de una España unida había triunfado y se preparaba el camino hacia la monarquía unificada. Pero existía algo que preocupaba por sobre todas las cosas a Isabel I de Castilla: para que España lograra la unidad y la cohesión interior definitiva, debía afirmarse con habilidad una monarquía fuerte.

El 19 de enero de 1479 dejaba de existir, en Barcelona, Juan II de Aragón, a los ochenta y un años de edad, y el Reino castellano se unía definitivamente al Reino aragonés. Fernando era el único heredero al trono de su padre y, junto a Isabel, gobernarían en forma conjunta, tanto en las escrituras como en los sellos y en la administración de justicia; pero las armas reales castellanas precederían siempre a las aragonesas, reservándose la Reina el manejo de las rentas y las designaciones de los prelados. El escudo de los Reyes encerró desde entonces las armas alternadas de Castilla, León, Aragón y Sicilia bajo el águila de San Juan.

El pacto establecido entre la autoridad real y el derecho a los nombramientos estaba estrechamente vinculado a la reforma espiritual, basada en el rigor y el celo religioso de Isabel, que estaba decidida a promover, no solo prelados ejemplares sino, además, a todos aquellos que mejorasen con su conducta y espiritualidad la vida religiosa. Los reformistas más entusiastas de la iglesia española apoyaron la autoridad real sin titubeos.

La unión de las dos coronas preparó el camino para la reconquista de Granada, el descubrimiento de América y la adquisición de Navarra.

Aquella alianza matrimonial y dinástica se transformó en la conjunción perfecta. Lo mejor de todo era que funcionaba con sorprendente armonía y, aunque Fernando ostentaba la categoría de Rey y disfrutaba de prerrogativas que llegaban incluso a las funciones de gobierno, era Isabel la que recibía vasallaje como gobernante directo y disponía de todo el poder para asignar fondos y nombrar funcionarios.

Cuántas cosas habían pasado desde entonces... Un torbellino de recuerdos se agolpaban en sus mentes. Fernado miró a Isabel y ella le sonrió con complicidad.

La tormenta se iba alejando, escondida entre las sombras, y la Reina volvió de sus ausencias cuando Fernando con voz firme rompió el silencio.

—Estoy convencido que un designio divino rige nuestras vidas.

Isabel le miró entre sorprendida e incrédula.

—Toda España nos pertenece, esposo mío. Menos el deseado Reino moro de Granada. Pero sé que algún día estará bajo nuestras coronas y aquel fruto tan ansiado será agregado a nuestro escudo. Pero no debemos olvidar que nada en esta vida es para siempre. Así como un glorioso día llegaron hasta nosotros estas coronas, en otro día aciago volverán a perderse, pasarán a otras manos, a otras dinastías. Solo ruego a Dios que sea cuando el último de nuestros descendientes se haya marchado de este mundo.

—El tiempo no se detiene, Isabel. Jamás espera. Por eso, nuestras alianzas deberán tender a lograr la hegemonía europea con una monarquía prominente, superior en autoridad a todas las demás.

—Es un asunto que siempre me ha preocupado —respondió la Reina.

—Pero debéis marchar a vuestro reposo, querida mía. Estáis pálida y cansada.

—Mi corazón os agradece la deferencia.

—Después del alumbramiento volveremos a tratar este tema que me desvela.

—Me importará discutirlo contigo. Solo que hoy me siento más agotada que nunca y el vientre me pesa demasiado. Creo que el parto está muy próximo, lo presiento, y necesito reponer mis fuerzas para afrontarlo con entereza. Que tengáis unas buenas noches, mi Señor.

—Y que mejor sean las vuestras, Reina mía —pero al inclinarse para besar sus mejillas, Fernando notó que estaban demasiado frías.

—Isabel...

—¿Sí?

—No olvidéis que os amo con todo mi corazón.

—Eso es bueno —respondió la Reina, y sonriendo con dulzura se alejó envuelta entre las negras sombras de la noche. Una noche borrascosa que presagiaba regir hasta los últimos días de su vida.

Fernando se volvió una vez más para mirar cómo se marchaba. La sombría silueta de Isabel se iba desdibujando sobre el gris pasadizo de piedras hasta que desapareció tras una puerta.

El monarca se sentó nuevamente junto al fuego de la chimenea y permaneció pensativo y en silencio. Una ráfaga de viento golpeó una ventana y se filtró por la sala, mientras, el Rey volvió a beber un trago de aguardiante.

—...Os recordarán siempre, Isabel. Mientras esté a vuestro lado nadie podrá vencernos... —y llevándose nuevamente la copa a los labios, bebió el último sorbo...

De todos los proyectos que llevarían a cabo los Reyes Católicos, ninguno sería más tortuoso para el Reino que aquel de las alianzas matrimoniales que, planificadamente, irían concertando para todos sus hijos. El deseo de aislar a Francia (vieja y beneficiosa aliada de Aragón) influyó para formar una alianza con Borgoña; y, junto a la búsqueda de la unificación de los estados peninsulares, fueron los dos motivos más importantes que llevaron a los Reyes de España a forjar esas uniones. En 1477 el Ducado de Borgoña se había aliado con los Reinos de Castilla y Aragón para luchar en contra de Francia. Era conveniente que toda alianza, para que tuviera mayor validez, fuera reafirmada con un pacto matrimonial que sellara los destinos de la Península Ibérica, definitivamente.

En tal sentido, Isabel y Fernando no hicieron otra cosa que seguir las costumbres de la época. Los matrimonios dinásticos eran una práctica tan antigua como las relaciones internacionales y, por lo tanto, el establecerlos lo más temprano posible era un hábito dentro de las Casas reinantes —incansables, todas, en la ampliación de sus fronteras.

Con cada hijo que llegaba al mundo los Reyes se entregaban, por vocación y razón social, al gran juego del poder y la dominación. La corona era un bien de familia que se transmitía por concepción y por sangre, y era repartido en cada sucesión entre consanguíneos (intereses de estado ante los cuales, Isabel y Fernando, no vacilaron en usar a sus hijos como señuelos). Y dadas las ventajas que suponía la unión política de Portugal con el resto de la península, concertaron el matrimonio de su hija mayor, Isabel, con Alfonso, hijo del Rey Juan II, de la Casa lusitana.

Isabel estaba temerosa como nunca por aquel inminente alumbramiento, pues parecía no traer consigo buenos augurios. El astró-

logo real le había pronosticado que la conjunción de los astros que los cielos mostraban en esas fechas podría influir negativamente sobre la pequeña criatura por nacer.

El efecto de aquellas palabras había sido demoledor y, a pesar de que Isabel jamás se dejaba llevar por las predicciones de los magos, presentía que aquel parto no sería igual a los anteriores. Entre atemorizada e incrédula escuchó en silencio sus designios y los guardó en secreto dentro de su corazón, pero el fantasma de la duda no dejaba de perseguirla.

El conocimiento procedente de las estrellas preparaba a los hombres para afrontar con garantías de éxito el futuro, pero ante el cúmulo de interrogantes que le planteaba aquel complejo sistema de conocimiento, mezcla de saber matemático y de adivinación, la Reina enfrentó, preguntó e inquirió al sabio con desasosiego y angustiante incertidumbre.

—Contestadme con precisión. ¿Qué ocurrirá? ¿qué designios regirán su vida?

—Majestad, debéis estar serena. Vuestro niño nacerá bajo la constelación del Escorpión. El agua será su elemento, aquel que le transmitirá sus características particulares y que influirá en su carácter dubitativo y por momentos inflexible.

—¿El agua? ¡Pero si el agua es bendita! ¿Acaso no pedimos la lluvia para nuestros campos o no deseamos el agua fresca para calmar la sed?

—El agua, Majestad. Desde el agua mansa y bendita de vuestro vientre hasta el agua oscura de un océano desconocido. Desde las gotas dulces de la lluvia hasta las gotas saladas de las lágrimas. El agua es uno de los cuatro elementos y sin la cual nadie podría vivir...

La Reina intuyó un futuro incierto, mas no pudo descubrir bajo aquellas palabras, dichas en clave por el viejo sabio, ninguna trama secreta.

El dolor de la contradicción y la agonía de la incertidumbre quebraron su corazón de madre. Solo una luz de esperanza parecía querer encenderse desde el rescoldo de su alma, reavivando con su tibieza sus cristianas devociones. Entonces quiso olvidar con plegarias aquel incierto destino y comenzó a rezar en todas las horas del día implorando por un buen alumbramiento.

Impregnada de un auténtico fervor religioso, pensó que la energía de la gracia sería más fuerte que la caprichosa predestinación de una historia individual con sabor a desgracia y a tragedia. Lejos estaba de imaginar la Reina lo que los grandes pensadores de la época aspiraban a construir: un sistema universal que revelara las correspondencias existentes entre el macrocosmo celeste y el microcosmo humano, ambos, obras de un solo Creador.

El día marcado en el salterio con sangre de su cilicio había llegado a su fin. La Reina de Castilla presentía que el plazo estaba cumplido.

El sábado 6 de noviembre amaneció frío y lluvioso, sorprendiendo a Isabel con los dolores de parto y un temor intensificado dentro de todo su ser.

Reinaba en aquellas horas en el castillo un profundo silencio, interrumpido solo por las lejanas voces de las dueñas, de los guardias que velaban la vida de los Reyes y por los gemidos del viento, que hacía girar las veletas de las torres y se filtraba aullando entre las retorcidas callejuelas que lo rodeaban. La gran tormenta desatada en las vísperas anunciaba la llegada prematura de un invierno envuelto en nieblas. Nieblas densas que ocultaban por completo, bajo su blancura espectral y mortecina, las murallas de Toledo (aquellas murallas árabes que ni su propia Reina podía traspasar sin antes hacer los votos por los cuales prometía que, un día no muy lejano, arrancaría a los moros de los Reinos españoles).

Desde lo alto del alcázar —al que se llegaba por un estrecho sendero que subía serpenteando— se había perdido por completo la vista de la tenebrosa roca toledana, desde donde se arrojaban, según la tradición y la leyenda, a los supuestos criminales y traidores del Reino.

Cuando las campanas llamaron a primas el nacimiento se tornó inminente. Acostada sobre la inmensa cama, Isabel pidió a sus doncellas que le frotaran las piernas y el vientre para aliviar los calambres y las fuertes contracciones que habían comenzado con regularidad. Ordenó que llamaran de urgencia a la partera real y, cerrando los ojos, esperó el momento tan ansiado y tan temido, entre fuertes dolores que le cortaban el aliento.

Isabel jadeaba, con la respiración dificultada por la presión que aquel nuevo heredero ejercía sobre todo su cuerpo, cuando la vieja

comadrona llegó de prisa. Después de revisarla, controló que estuvieran listas las vasijas con agua caliente, los paños blancos y las filosas tijeras, anunciándole serenamente:

—¡Vuestro hijo, mi Señora, está a punto de nacer!

El resplandor del fuego de la chimenea iluminó el rostro dolorido de la Reina y un profundo suspiro escapó de su boca acompañando a un fuerte pujo.

—Los hijos son bendiciones... como el agua a la tierra... ¡Bienvenido sea! —respondió jadeante Isabel.

Un nuevo heredero de sus Majestades llegaba a la vida y una nueva alianza volvería a tejerse, buscando solo el beneficio de los Reinos.

La Reina continuó con su trabajo de parto y, antes de que las campanas llamaran a tercia, dejó escapar un fuerte grito de dolor que, traspasando las gruesas paredes de los aposentos, retumbó en el patio empedrado del castillo rompiendo la quietud de la mañana. Sobre las blancas sábanas manchadas de sangre, Isabel había arrojado una niña sanísima, regordeta y rubia (herencia de su bisabuela materna, la inglesa Catalina de Lancaster, y a quien pondrían por nombre Juana) que comenzaba a llorar.

Sí, Juana. Juana como San Juan el Evangelista. Juana como su antepasado Juana Manuel, esposa de Enrique II de Castilla, que había vivido dos siglos atrás. Juana como su tatarabuelo Juan I de Castilla y esposo de Leonor de Aragón. Juana como su abuelo materno Juan II de Castilla. Juana, como sus abuelos paternos Juan II de Aragón y Juana Enríquez. Juana también como su tía paterna, que junto a Leonor y María eran las tres hermanas de su padre. Juana como su hermano, el heredero de Castilla. Porque Juana era uno de los nombres de la estirpe de los Trastámara y por tal motivo había sido elegido por Isabel y Fernando sin titubeos.

—¡Es una infanta hermosa! —anunció la comadrona, mientras cortaba el cordón que la unía a su madre y limpiaba su cuerpito con los blancos y suaves paños.

—¿Una niña? —preguntó la Reina extenuada, movida por la curiosidad y la incertidumbre.

La Reina sonreía mientras seguía en posición de parto. La vieja mujer extrajo la placenta apretando con fuerza el vientre real y de los labios de Isabel no escapó ningún quejido. Luego la vendó con fuerza

y esperó unos minutos para ver su reacción, pero Isabel era fuerte y aquello solo era una circunstancia pasajera. Sin embargo, la hemorragia era por demás intensa, porque el esfuerzo había sido mayor que en los partos anteriores, pues la criatura había sido más grande que sus dos hermanos ya nacidos.

Entre berridos, las doncellas se llevaron a la pequeña Juana. La bañaron con agua tibia y, después de arroparla y ponerla presentable, se la mostraron a su madre, quien la tomó entre sus brazos.

—Es sana y fuerte ¡toda una futura reina! —dijo Isabel con regocijo y satisfacción al comprobar que el trágico designio no se había cumplido en aquel feliz alumbramiento. Sin embargo se sentía débil y tenía la desagradable sensación de que sus fuerzas la estaban por abandonar.

Con ternura la besó en la frente y le susurró suavemente al oído:

—Hijita mía, habéis llegado al mundo en la magnífica Toledo. ¡Bienvenida a esta tierra que os ha visto nacer!

Volvió a besarla y, entregando la niña a la doncella, pidió que alistaran a la nodriza, María de Santiesteban, la que en adelante se encargaría de dar de mamar a la recién nacida; hizo recomendaciones precisas sobre la vajilla de plata de la pequeña y dio instrucciones tajantes sobre sus ajuares y cobertores de pieles. La infanta Juana, tercera en la línea de sucesión al trono, acababa de llegar en los umbrales de un invierno que se anunciaba demasiado frío.

—Después que llevéis a la Infanta, tirad unas semillas de espliego al fuego. Avisad al Rey que Juana, su tercera hija, acaba de nacer y servidme un vaso de leche tibia con miel y canela. Necesito reponer fuerzas pues creo que estoy al borde del desmayo.

Y diciendo esto, la Reina cerró sus ojos. Con este gesto imperceptible despedía a todas las mujeres que estaban a su alrededor, a excepción de las dos doncellas que lavarían su cuerpo con compresas de agua tibia y perfumada con esencias de nardos y rosas. A su lado también quedaría su amiga de infancia en Arévalo y principal dama de honor, Beatriz de Bobadilla, hija del Alcalde de aquel castillo y esposa de Andrés de Cabrera, su tesorero.

En brazos de su flamante doncella y envuelta entre las tibias mantillas de lana manchega, la nueva Infanta de España, Juana de Castilla y Aragón, abrió la boca para llorar. El Rey llegó de prisa a conocer a su hija recién nacida y quedó sorprendido del gran pare-

cido con su madre, Juana Enríquez. Luego se acercó hasta la cama donde se encontraba la Reina adormilada y, besándola en la frente, le acarició los cabellos. Isabel le tomó las manos entre las suyas y le sonrió con dulzura.

Rumbo a las habitaciones de la Infanta, la joven doncella trataba de calmar a la niña, que seguía llorando, y apresuró su paso en dirección a los aposentos destinados en aquella ocasión para la niña, donde la estaba esperando su ama de leche, María de Santiesteban. La nueva nodriza que amamantaría a la pequeña era robusta, pero aquella mañana temblaba como una hoja pues estaba medio muerta de frío, ya que solo llevaba encima una camisa blanca de hilado de algodón. La habían escogido a toda prisa entre las mujeres al servicio del alcázar y obligado a bañar y frotar sus pechos para estimular la leche tibia que no dejaba de fluir por sus oscuros pezones. Había parido un niño veinte días atrás y la Reina, enterada apenas llegada a Toledo, la había elegido entre otras cinco mujeres bajo las mismas circunstancias. Las órdenes de Isabel habían sido terminantes:

—¡Buscad una nodriza, pero tened en cuenta que sea aseada, prolija y cumplida; que tenga buen aliento en su boca y abundante leche en sus pechos, pero por sobre todo, que tenga buen carácter, pues a través de la leche se lo puede transmitir al niño o a la niña por nacer!

La nueva adquisición de las coronas de Castilla y Aragón no se hizo rogar y con desesperación abrió su boquita, pero esta vez vio calmada su ansiedad por el tibio y abundante alimento.

—¡Qué bien mama la niña! —dijo la nodriza a la doncella, que miraba embelesada a la inocente criatura.

—Tal vez nació con hambre —respondió la doncella.

—Sin embargo —prosiguió la nodriza—, siento que la pobrecilla, ajena a su naturaleza real, tiene las mismas necesidades de alimento y de abrigo que el más pobre y desvalido de los siervos de este Reino.

—¿Pero no tiene, acaso, mejor suerte que vuestro hijo recién nacido?

—La Infanta tiene un futuro incierto. En cambio mi pobre niño tiene un destino preciso. Nació siendo un súbdito y así vivirá y morirá. Mas ella es una Princesa de España, nacida para ser Reina en algún país lejano.

—Tal vez esta Princesita española nunca llegue a ser feliz en el país donde le toque reinar, pues siempre será considerada una extranjera, vaya donde vaya — dijo la doncella.

—¡Virgen del Rocío, Paloma mía! Nunca envidiaré su suerte — se lamentó la nodriza.

La niña continuó mamando y ambas mujeres entrecruzaron una mirada compasiva. Cuando se hubo saciado, la doncella la tomó nuevamente entre sus brazos y, volviéndose hacia la nodriza, le ordenó:

—En cuatro horas volveréis a alimentarla. Pero si la Infanta comienza a llorar de hambre, ¡habré de buscaros antes!

La doncella la apoyó sobre su pecho con ternura para darle un poco de calor y la besó en la frente. Juana dormía plácidamente.

La habitación más iluminada del alcázar había sido destinada a la recién nacida y ya se hallaba dispuesta y entibiada por el fuego de una gran chimenea. La cuna había sido traída por el cortejo dos días antes y colocada en el centro del espacioso recinto. Un rayo de sol se filtró por la ventana iluminando el cabezal de roble y haciendo resaltar el grabado de los escudos de Castilla y Aragón entrelazados. Debajo de los emblemas y pendiendo de un cordón de seda color añil, un ángel de oro velaría los sueños de la Infanta. La pequeña imagen dorada y enternecedora, capaz de aliviar en algo la dureza de aquel destino, era la misma que había custodiado los sueños de infancia de la Reina y de sus dos primeros Infantes, Isabel y Juan.

Su Alteza Real, Juana de Castilla y Aragón, profundamente dormida y ajena a todo lo que acontecía a su lado, fue depositada con suavidad sobre el lecho inmaculado y abrigada con ternura, por su doncella, con los suaves cobertores de piel. Luego la mujer se alejó de prisa por los corredores del castillo, rumbo a las habitaciones que ocupaban los otros dos Infantes.

En Toledo las campanas repicaron anunciando la buena nueva. Las iglesias del Cristo de la Luz, de San Sebastián, de Santa Eulalia, del Cristo de la Vega, de San Vicente, de San Miguel y San Román, de Santo Tomé y de Santa María la Blanca, de Santa Leocadia y San Cipriano, la Iglesia de la Magdalena, la de los Santos Justo y Pastor, la Iglesia de San Lorenzo y el convento de San Clemente, el más antiguo de Toledo, celebraron el feliz acontecimiento. El Rey Fernando cabalgaba eufórico y sonriente, sin poder disimular su alegría, por la

abierta plaza de Zocodover, ostentando con orgullo otra hija recién nacida y la flamante corona del Reino de Aragón. Iba seguido por un cortejo tan exótico como llamativo que incluía al final del mismo un elefante africano. Sus guardias reales enarbolaban a los cuatro vientos los pendones carmesí con los castillos dorados de Castilla, los leones púrpura sobre fondo blanco del Reino de León y las banderas de Aragón, con los cuatro palos rojos sobre un fondo amarillo que ondeaban ruidosos acompasando la marcha de los caballos.

Con el transcurso de los años, la pequeña Juana descubriría, de labios de su hermana Isabel, los detalles de aquella curiosa anécdota sobre su nacimiento. Y mucho tiempo después, al encontrarse aislada y en soledad, volverían a ella las representaciones y las voces antiguas salidas de su fantasía, trayendo a su mente las felices y añoradas imágenes de su perdida infancia.

Durante los ocho días siguientes a aquel nacimiento, la reina Isabel estuvo en cama como dormida. Las fuerzas la habían abandonado esta vez y todo el Reino se preocupó por este alumbramiento que podía costarle la vida. Pero pasado aquel período, Isabel comenzó a recuperarse y a levantarse de a ratos, hasta que se encontró totalmente restablecida con la energía que la caracterizaba.

Unos días más tarde, la pequeña Infanta Juana fue consagrada a los santos, como era la costumbre, recibiendo las aguas bautismales y la unción del santo crisma. El cortejo real salió del palacio de Cifuentes y se encaminó por las sinuosas calles de Toledo que conducían a la iglesia de San Salvador.

(El alcázar aquel había pertenecido a don Enrique de Villena —el Nigromántico—, quien había sido el dueño y señor de aquel solar. Se había casado con doña María de Albornoz, quien, al morir sin dejar descendencia, lo donó a su primo el condestable don Álvaro de Luna —valido de Juan II de Castilla—, quien vino a heredarle a su hijo Juan. Años más tarde, todas sus posesiones fueron tomadas por el rey Enrique IV —hijo de Juan II de Castilla—, y así pasó a formar parte del patrimonio de la corona castellana.)

Atravesó la plaza de Valdecalderos y desembocó frente al convento de Santa Úrsula, lindante con la iglesia de San Salvador donde se realizaría el bautismo, situada al frente del convento de San Miguel de los Ángeles. El lugar estaba repleto de gente que se agolpaba en puertas, balcones y calles para ver pasar a la nueva Infanta de

España. Pajecillos, hombres de armas, niños y mujeres le saludaban al pasar. Las aceras estaban entoldadas para resguardar del sol a la recién nacida. En los portales de la Iglesia, en lo alto de las escalerillas, esperaban la llegada del cortejo real varios prelados, obispos con mitra y báculo, sacerdotes con ricas vestimentas y varios monaguillos que sostenían cruces parroquiales de rica orfebrería con vistosas mangas bordadas. Escoltas reales enarbolaban los pendones carmesí con banda y dragantes dorados de sus Católicas Majestades, palcos adornados con tapices heráldicos y recubiertos por el dosel de escudos de las Casas Reales acogían a numerosos nobles. Los pajes de los Reyes encabezaban la procesión. El primero portaba una espada y otros dos llevaban, uno, el orbe y, el otro, un copón. Tras ellos una serie de nobles y, siguiendo al grupo, iba el aya de la pequeña Infanta que sería cristianizada, Teresa de Manrique, llevándola en los brazos. Otro paje portaba un cojín con la corona y, detrás, los Reyes, junto al Cardenal Mendoza, marchaban a caballo. A la derecha de la comitiva, un grupo de niños tocaba unos instrumentos musicales.

Un intenso aroma a mirra, incienso y canela flotaba en el aire de la iglesia de San Salvador. Don García Álvarez de Toledo, primer Duque de Alba, y su esposa, María Enríquez, iban a oficiar de padrinos de Juana, junto al nuncio de Su Santidad Sixto IV y el Conde de Cifuentes. Los Duques de Alba eran devotísimos de los monarcas y estaban emparentados con Fernando de Aragón por Doña María Enríquez. Los Reyes, vestidos de terciopelo y oro, llegaron a los portales del atrio en medio de una fastuosa procesión. Les seguían los embajadores de Portugal, Francia, el Sacro Imperio Romano Germánico y el Vaticano; los nobles del Reino y los oficiales del ejército español, quienes ocuparían los lugares respectivos fijados por el protocolo.

El sol brillaba con intensidad haciendo resaltar las púrpuras de los prelados. Juana, envuelta en sus blancos cobertores, fue llevada dentro del recinto sagrado bajo palio por el confesor de la Reina (aquel que sería, años más tarde, Arzobispo de Granada), perteneciente a la Orden de los Jerónimos: Hernando de Talavera. Celoso defensor de la fe, tanto como lo había sido su antecesor y confesor de la adolescencia de Isabel, el dominico Tomás de Torquemada.

Dentro del recinto sagrado, la Infanta fue depositada en los brazos de Don García Álvarez de Toledo, quien avanzó ceremonioso, junto a su esposa, hasta la pila bautismal de estilo visigodo adornada

con relieves. Al resplandor titilante de mil velas, la Infanta fue ungida con los santos óleos y lavada su frente con agua bendita por el Primado de España, el Cardenal Mendoza.

La luz de los cirios destelló con sus dorados reflejos en los ojos de la pequeña, que no pudo contener el llanto, asustada por tanto ajetreo. Cuando la ceremonia hubo concluido las campanas echaron a vuelo, mientras cientos de palomas y cigüeñas revoloteaban asustadas sobre las altas cúpulas de Toledo.

Desde el día de su nacimiento, Juana de Castilla había pasado, sin saberlo, a desempeñar su papel en el ajedrez de la política internacional. Esta situación la llevaría, con los años, a transitar por caminos empedrados por casilleros negros, cada vez más sombríos, donde su figura terminaría por confundirse con la misma oscuridad.

La conducción de la política exterior española había sido siempre una de las principales preocupaciones de Fernando de Aragón. Experimentado y sutil, albergaba el propósito de reedificar y, de ser posible, extender más aún el radio de influencia español en el Mediterráneo occidental y en la Europa central. Incansable en la ampliación de sus Reinos, esta forma de llevar la política le provocaría la confrontación con otros estados cristianos.

De todas las batallas que desde adolescente había tenido que librar, la que más le entusiasmaba era la que desarrollaba en su mente y concretaba sobre el tablero de ajedrez. Los dos ejércitos saltaban al campo con los mismos efectivos e idénticos objetivos: capturar al rey enemigo. El resultado dependía siempre de la estrategia, la paciencia, la astucia, la capacidad de previsión y el dominio de la técnica de cada uno de los participantes. Como en la vida real. Y eso le agradaba.

Después de aquel nacimiento, una inmensa misión aguardaba a los Reyes de España: despojar al Reino de todos los infieles. Para eso se necesitaba mano dura y ansias de grandeza, cualidades que ambos soberanos poseían en abundancia.

Apenas habían transcurrido las primeras semanas de vida de la Infanta cuando su padre desplegó el mapa de Europa y lo depositó sobre el tablero de ajedrez. Idearía su mejor jugada, porque las oportunidades estaban en el futuro y, a veces, la más mínima circunstancia podía ser causa de grandes acontecimientos. Al Rey Fernando le complacía jugar al ajedrez, dejando en calculado abandono a las piezas de su juego, para luego burlarse del incauto que se decidiera

tomarlas creyendo que eran descuidos, cuando en realidad eran astutos engaños. El cálculo exacto y las definiciones precisas serían el rumbo de aquella partida, porque el menor error lo pagaría muy caro. Debía definir el destino de sus hijos, por lo que el tema no admitía dudas ni dilaciones. ¿Acaso la verdadera realeza no se apoyaba sobre la estructura de un linaje firme y no improvisado? ¿Y las virtudes de los antepasados no irrigaban la sangre de sus descendientes homónimos?

La doble puerta de la sala se abrió y en el umbral brilló majestuosa Isabel de Castilla. Su vestido color azul, bordado en finas hebras de oro, hacía resaltar su imagen sobre las piedras grises. Fernando se alegró de verla y caminó a su encuentro jubiloso. La tomó de las manos, la besó en la boca y, abrazándola por la cintura, la acercó hasta la mesa que sostenía el mapa y el tablero con los sesenta y cuatro escaques blancos y negros.

—Hoy es una fecha muy especial. Consolidaremos las alianzas ambicionadas para nuestros hijos, pues nada vale más que unos buenos esponsales para sellar los pactos políticos con otros Reinos.

—No lo dudo —respondió la Reina.

—Deberemos expandir nuestra divisa en Europa central, también en Portugal.

—Esa tendrá que ser nuestra estrategia —acotó Isabel.

Ambos se miraron y se sonrieron. ¿Por qué les nacía de repente aquel desesperado afán por lograr una alianza indestructible?

—No nos retiraremos de la partida hasta haber logrado una definición que nos satisfaga a ambos, pues solo existen dos maneras de lograr la unión con otros Reinos: con el acero de las espadas o con el oro de las alianzas —expresó serenamente la Reina.

—Os complaceré —respondió el Rey, mientras abría la caja de madera y comenzaba a sacar cuidadosamente, una por una, las treinta y dos piezas de ébano y marfil.

Isabel eligió las de color blanco y planificó mentalmente los pasos a seguir. Fernando hizo sus cálculos y elaboró sus tácticas. La estrategia ya estaba en marcha y nadie los podría detener. Y en el silencio de aquella sala, roto solo por el crepitar del fuego en la chimenea y el movimiento imperceptible de las jugadas, España intuyó un futuro de grandeza y avanzó sobre Europa en forma de pinza, abriéndose en dos.

—¡Jaque al rey! —exclamó Fernando, y colocó sobre Austria su reina negra.

—¡Magnífico! —respondió Isabel, y se alegró tanto como su esposo, aligerada del terrible peso que aquel proyecto ejercía sobre sus sentimientos—. Es el mejor avance que podíais haber hecho.

Iluminado por el resplandor del fuego, el rostro de la Reina reflejaba su hermosura. Buscó con los ojos, sobre la cartografía, el espacio minuciosamente calculado en su mente y planificó los pasos a seguir. Solo que guardaría el secreto dentro de su corazón, pues aún no era tiempo para anunciar nada.

—¿Queréis continuar? —le interrogó el Rey, y observó que, mientras le miraba enamorado, Isabel capturaba la reina con un movimiento sorpresivo de su caballo atacante.

—Sois tan astuta como prudente, y una experta tanto del juego como de la política.

—Tanto en la política como en el ajedrez se deben esperar las oportunidades. Para lograr los mejores avances, no debéis dejar que os sorprendan. Siendo niña, mis preceptores me daban clases de conducción sobre un tablero de ajedrez y me contaban la historia de este juego que, según se cree, se le atribuyó al griego Palamedes. Lo inventó durante el sitio de Troya para distraer a los guerreros durante los días de inacción. Los chinos o los persas lo dieron a conocer a los árabes y llegó a Europa después de las Cruzadas. Pero lo más atractivo de esta historia es que a su inventor, habiéndolo propuesto a su soberano, este, encantado, le ofreció la recompensa que deseara. Pidió un grano de trigo para el primer escaque, dos para el segundo, cuatro para el tercero y así sucesivamente, fue duplicando siempre el número, hasta la sexagesimocuarta casilla. El monarca ordenó a su ministro que cumpliera aquella petición tan modesta, pero hecho el cálculo, descubrió que todos los graneros del reino no bastaban para contener la cantidad de trigo pedida, equivalente a un cubo de más de mil metros de lado. ¡Cuánto deseo que así de inmensos sean los Reinos para nuestros hijos!

Fernando la escuchaba con atención y cuando terminó, mirándola a los ojos, se acercó y le dijo al oído:

—Así serán, Isabel, pues cuando uno desea algo fervientemente con el corazón, siempre lo consigue.

La jugada de Isabel había sido brillante y su proyecto dinástico vislumbraba ser de igual magnitud al de Fernando. Pero, inevitablemente, tendrían que contar con la colaboración de sus Infantes. En su política de cerco contra Francia entrelazarían con los años una doble alianza con la Corte imperial de Austria, inclinada a este mismo sistema de bodas regias, tal como rezaba su propio lema: *Bella gerant fortes, tu, felix Austria, nube* («Deja que los fuertes hagan la guerra, tú, feliz Austria, cásate»).

El futuro les ofrecía una oportunidad histórica propicia. Penetrarían a través de un matrimonio concertado en pleno corazón de Europa, en una de las Cortes más codiciadas y de refinado buen gusto por el arte, como era la del Sacro Imperio Romano Germánico.

El 22 de julio de 1478 había nacido, en Brujas, Felipe de Habsburgo, futuro duque de Borgoña, de Luxemburgo, de Brabante, de Güeldres y de Limburgo, Rey de los Países Bajos y Conde de Tirol, Artois y Flandes. Unico hijo varón de Maximiliano I de Alemania y de María de Borgoña (María era hija y heredera de Carlos el Temerario y de Isabel de Borbón). El pequeño príncipe flamenco representaba, ante los ojos de España, el consorte ideal para la Infanta española que acababa de nacer.

El castillo de Habichtsburg («burgo del halcón») había dado nombre a la Casa de Habsburgo a la que pertenecía Maximiliano I de Alemania. Castilla y Aragón soñaban con una alianza matrimonial que aumentara sus dominios e influencias en la Europa que se extendía más allá de los Pirineos. Incansables en la ampliación de sus fronteras, buscarían por todos los medios, trece años más tarde, la posibilidad de forjar un plan que estableciera una segunda alianza entre su hijo Juan, Príncipe de Asturias, y Margarita de Austria, de la Casa Habsburgo y hermana de Felipe. Margarita había nacido en 1480, dos años después que su hermano, y aunque en 1483 surgiría un grave impedimento, pues la Princesa flamenca sería comprometida en matrimonio a Carlos, Delfín de Francia (el mismo que subiría al trono en ese año con el nombre de Carlos VIII), y obligaría a Margarita a trasladarse a dicho país (pues Francia estaba acostumbrada a educar a sus futuras Reinas desde pequeñas), Isabel y Fernando albergaron siempre la secreta esperanza de que finalmente todo saldría como ellos lo habían soñado. El tiempo les dio la razón y, para beneplácito de los Reyes Católicos, el compromiso lograría romperse y, en

el año 1491, el Rey Carlos VIII rechazaría a la Princesa de Austria y tomaría por esposa a Ana de Bretaña, quien había estado comprometida, a su vez, con Maximiliano I, padre de Margarita. España no se haría esperar y ofrecería a su heredero, estableciendo de este modo una estrategia de alianzas matrimoniales que ayudaría al pacífico mantenimiento de una política exterior peninsular de caracter expansionista.

Con el transcurso de los años, el poder y la diplomacia de los Reyes españoles manejarían aquellas concertaciones y, con no pocos esfuerzos, España se aliaría con Portugal, los Países Bajos, Austria y también con Inglaterra. Alianzas, bodas, conspiraciones, amigos y enemigos, todos tenían un lugar preciso en aquellos cerebros calculadores y realistas.

Isabel y Fernando, dispuestos a no mostrar debilidad para evitar ser vulnerables ante las potencias enemigas y frente a una nobleza rebelde y ambiciosa que les rodeaba, se propusieron luchar más allá de cualquier interés adverso y hacerse de una vez y para siempre con la victoria final, llevando la divisa española detrás de los Pirineos. Esta situación les obligó a adelantarse en ideas y tiempo al resto de los monarcas europeos. La política internacional se transformó en algo más que un juego, donde ya no se utilizaban piezas de ébano y marfil, sino personas de carne y hueso, destinadas, a través de los acuerdos concertados de antemano y con varios años de anticipación, a reinar sobre tierras lejanas y desconocidas. Siempre, en el nombre de España, constituyéndose de facto en la primera unificación europea.

La política de alianzas matrimoniales tenía en el Reino peninsular suficientes antecedentes, pues había conducido, bajo distintas circunstancias históricas, a la unión sucesiva de los Reinos de Aragón y Cataluña en 1137; de Castilla y León en 1230; y de Castilla y Aragón en 1479. Para poder pedir una mano y ofrecer otra, había que demostrar poder y riqueza y disponer, además, de fuerzas militares. Durante l480, Fernando de Aragón consiguió que todo el poder y las riquezas de las grandes Órdenes Militares Religiosas (verdadera amenaza para la Corona) fueran a parar al erario, instituyéndose en el Gran Maestre de todas ellas. Cada una de las Órdenes estaba gobernada por un Gran Maestre, sometido directamente a la orden del Papa. La de Santiago, la de Calatrava y la de Alcántara aportaban

anualmente trescientos mil ducados. Así evitó que los grandes señores feudales dispusieran de aquellas rentas y concentraran gran parte del poder político.

La Iglesia y la monarquía habían creado las Órdenes Militares, de carácter mixto religioso y militar, con el propósito de defender la fe cristiana y, en el caso de España, reconquistar la península de mano de los infieles. Eran Órdenes donde no había soldados, sino monjes que empuñaban las espadas en nombre de la religión católica.

Estas legendarias Órdenes tenían su historia. La de Santiago había sido fundada en 1161 por el Rey Fernando II de León para protección de los peregrinos a Santiago y era, después de la corona, la que mayor cantidad de tierras poseía; la de Calatrava había surgido en 1158 creada por San Raimundo Serrat, abad de Fitero, para defenderse de los moros; y la de Alcántara había sido iniciada en 1156 por Suero Fernández de Barrientos, a imitación de los Templarios, para combatir a los moros. Esto hizo que el Rey Fernando II de Aragón se hallara asistido por un consejo sometido directamente a la autoridad del Papa.

La Península Ibérica, cuya mitad meridional estaba ocupada por los musulmanes, conoció el florecimiento de estas tres Órdenes que tuvieron un papel relevante en el avance de las armas cristianas hacia el sur. Sus actividades guerreras proporcionaron al Reino grandes posesiones territoriales y también muchas riquezas, convirtiéndose en una magnífica fuerza de combate.

Competidoras potenciales del poder, provocaron miedos, recelos y envidias en quienes lo detentaban, y Fernando de Aragón no permaneció ajeno a este sentimiento. Deseoso de fortalecer el suyo, se hizo nombrar su Gran Maestre, incorporándolas a la corona.

El uso que el monarca hacía de la diplomacia era, sin duda, el más eficaz. El Reino compartido con Isabel se consolidaba cada día más. Habían logrando establecer un equipo regular de embajadores, agentes y espías, implementando el primer servicio diplomático regular de toda Europa.

Estas acciones le hicieron sentir que la tierra se volvía más segura bajo sus pies y lo dispuso a no claudicar al trono de sus conveniencias. Así, Castilla y Aragón, unidas desde las raíces, jamás podrían ser separadas, aunque esto implicara luchar en contra de su propia sangre.

# II

# INFANCIA EN SEGOVIA

Los primeros doce meses de vida de la Infanta Juana transcurrieron serenamente, como los de cualquier criatura de su edad y condición real y, por lo tanto, alejada de su madre, a la que ni siquiera conocía. La Reina Isabel se hallaba dedicada por completo a la expansión de su Reino, anexando el archipiélago de las Canarias (labor que completaría en 1493) y enarbolando el gran ideal de la reconquista. La caída de Constantinopla en aquel año del Señor de 1480 había sido el acicate fundamental para continuarla, pues tanto Isabel como Fernando, temerosos de que el empuje turco llegase al sur de la península, aceleraron la reconquista. El sentido de unidad territorial, cuyo máximo objetivo significaba que todos los Reinos españoles se vieran libres de los infieles, se había convertido para ella en una obsesión. Y aquella idea ocupó, con dedicación exclusiva, su tiempo y su mente. Había dejado de pertenecerse a sí misma para volcar todo su valor y energía en conseguir para España lo que ningún otro monarca había logrado en su historia. Bajo la presión de obligaciones estrictas, aquel duro oficio de ser Reina le exigía una salud de hierro y un carácter muy templado. Cualquier otra mujer hubiera visto en él una intolerable esclavitud, sin embargo para ella se había convertido en una pasión que movilizaba todos los actos de su vida.

El año 1480 fue crucial para Castilla. Se reunieron las Cortes en Toledo para reestructurar la organización del Reino. Las instituciones se vieron fortalecidas a través del Consejo Real, el cual incrementó el

control sobre la justicia, la hacienda y las órdenes religioso-militares, que desde aquel año se encontraban bajo el mando del Rey Fernando.

Había llegado el momento crucial de terminar con los privilegios de la nobleza tan celosamente mantenidos. La justicia estaría solo en manos de la Reina y España entera sería un Reino unificado. El Reino cristiano más grande del mundo logrado por el sacrificio y la fama de sus glorias. Ese era su sueño. Por tal motivo no era bueno mantener sus tierras enajenadas, porque implicaba no recaudar los suficientes impuestos para ser amados y perder el poder para ser temidos. Por eso no había tiempo que perder.

Isabel les había hablado duramente: «Podéis seguir en la Corte o retiraros a vuestras posesiones, como gustéis, pero mientras Dios me conserve en el puesto a que he sido llamada, cuidaré de no imitar el ejemplo de Enrique IV y no seré un juguete de mi nobleza».

Tal vez, el gran sacrificio de dedicar la vida entera por una noble causa le valiera algún día una grandeza inesperada.

Los Reyes estaban deseosos de conquistar el Reino nazarí de Granada, aquella ínfima porción musulmana del magnífico Imperio árabe (que en otros tiempos llegara hasta los Pirineos) conservada al sur de la península. De ese modo, España, afianzando dominios e influencias, se tornaría impenetrable para las apetencias francesas, pues no solo estaría unificada sino además aliada mediante contratos matrimoniales —operaciones políticas— con Portugal, Alemania, Austria, los Países Bajos y, posteriormente, con Inglaterra.

Sin embargo, el camino hacia la unificación no era fácil ni sencillo, y la prioridad española tuvo que esperar un tiempo más porque Italia pedía ayuda para socorrer a Nápoles del acoso de los turcos. Los Reyes Católicos enviaron una flota al mando de Enrique Enríquez en 1481. Aprovechando el conflicto, Muley Hacén tomó Zahara en la península y comenzó de este modo la guerra por Granada (un conflicto que duraría diez años).

Pero Fernando e Isabel no dejaron nada librado al azar. Entablaron contactos epistolares con Maximiliano I de Alemania. En ellos, los Reyes solicitaban que su tercera hija en la línea de sucesión al trono, Juana de Castilla y Aragón, al llegar a la adolescencia fuera prometida en matrimonio a Felipe de Habsburgo, el primogénito de la corona de Austria.

El pedido despertó optimismo dentro de la Corte austríaca pero hizo resurgir ambiciones dormidas e intereses olvidados. Aquella concertación permitiría ampliar para ambos Reinos sus zonas de influencias.

Maximiliano I convocó a su Consejo y, aunque la respuesta se hizo esperar, una vez obtenido el consentimiento y la certeza de que aquello era lo más conveniente para cada Reino, comunicó su beneplácito al compromiso matrimonial. Desde su infancia, Juana de Castilla y Aragón y Felipe de Austria habían quedado prometidos en matrimonio e indisolublemente unidos para toda la eternidad. Mas ellos dos, por aquellos días, lo ignoraban.

Bajo ocultas conveniencias que cada Reino conservó en el más estricto de los secretos, se fueron manejando los hilos de sus destinos. Cuando en 1482 murió María de Borgoña, madre del pequeño Príncipe Felipe, de cuatro años de edad, el niño heredó repentinamente todas las posesiones borgoñonas de su madre en los Países Bajos, convirtiéndose en el Duque de Flandes y Borgoña más joven de la historia. Su padre se instituyó a partir de esa triste fecha en su regente, gobernando dichos territorios hasta que Felipe alcanzara la mayoría de edad.

Por aquellos años, la Corte de Isabel y de Fernando era itinerante, y sus Reyes, dos peregrinos incansables, dos nobles andariegos. Los distintos alcázares y palacios de los nobles eran en cada momento, o por temporadas, su hogar y su reposo. Uno de aquellos alcázares reales se hallaba en la antigua ciudad de Segovia. Encerrada entre altas murallas y encaramada sobre una meseta, se levantaba altiva y majestuosa entre los valles de los ríos Eresma y Clamores.

En el solar central de la ciudad se alzaba la catedral donde había sido coronada, en 1474, Isabel I como Reina de Castilla y, en el otro extremo, dominando la confluencia de los ríos, erguía sus altas torres, desafiante, la más antigua y hermosa de las moradas reales castellanas.

Lo más extraordinario de aquella construcción era su carácter austero. Un plan global abarcaba todos los aposentos que conformaban la fortaleza evitando que fuesen alcanzados por los ataques exteriores. Un laberinto de pasadizos, sótanos, celdas, fosos, habitaciones, salas, galerías y patios, constituían los eslabones de unión entre los aposentos de los Reyes y el resto del castillo. Dentro de esta intrin-

cada construcción, el ala del levante había sido destinada a los pequeños Infantes de Castilla. Los aposentos eran espaciosos, desprovistos de muebles y habían pertenecido en tiempos pasados al Rey Enrique IV. Los Príncipes habían pasado a disponer de ellos después de una orden dada por su madre, la Reina. De aquel modo, permanecían dentro de los límites controlables sin fastidiar al resto de la Corte adulta.

La hija mayor de los Reyes de España, la Infanta Isabel, había cumplido sus doce años en aquel año del Señor de 1482. Prometida en matrimonio con el Príncipe Alfonso, futuro Rey de Portugal, tenía, a partir de aquel cumpleaños, derecho a sus propias habitaciones. Sus dos hermanos, Juan y Juana, aún compartían los mismos aposentos, dado que con cuatro y tres años de edad, respectivamente, no podían gozar de aquellos privilegios.

Para aquel trío de niños reales, alegres y vocingleros, nada era más divertido que escapar corriendo al gran patio del castillo. Sobre una de sus altas paredes de piedra se levantaban varios jaulones de aves que se paseaban nerviosas cuando les veían aparecer. Batiendo sus alas contra las mallas que los tenían aprisionados, mansos faisanes, perdices veloces y amenazadores halcones hacían las delicias de los pequeños.

Desde las almenas del castillo, cientos de tórtolas descendían volando con rapidez cuando Juan y Juana aparecían corriendo y sacando de sus bolsillos puñados de pan y de trigo que iban esparciendo por el patio para darles de comer. Saciadas, las aves levantaban vuelo batiendo las alas sobre sus rubias cabezas, para después dirigirse con rumbo al Poniente. Y, cuando al atardecer el sol se ocultaba, volvía a escucharse en el aire el aleteo constante de las bandadas de palomas que retornaban a sus palomares. Los niños se sentían felices rodeados de aquellas aves, pero lo que más alegraba sus corazones era alimentar a los conejos. Con una canasta repleta de diminutos repollos y zanahorias, sus nodrizas les seguían hasta las madrigueras. A Juana le encantaba levantar entre sus brazos a los más pequeños, por la suavidad y la ternura que aquellos animalitos le prodigaban, y así se quedaba por horas jugando con ellos.

En el otro extremo del patio había un laberinto de madroños, retamas y naranjos que conducía hasta una gran fuente de piedras grises y musgosas. En las calurosas tardes de verano, los Infantes

caminaban a hurtadillas hasta ella para mojarse, no solo las manos y las mejillas, sino también los cabellos y los vestidos. Cuando eran sorprendidos por sus doncellas escapaban corriendo para ir a esconderse debajo de alguna cama y evitar, así, la consabida reprimenda.

Aquel jardín era el sitio preferido de la Reina. En las noches de estío le deleitaba caminar bajo el cielo estrellado observando las constelaciones y aspirando el intenso perfume de las flores. Y cuando el silencio se tornaba más profundo, se sentaba en un banco de piedras y meditaba en soledad sobre los futuros pasos a seguir para la buena conducción de sus Reinos.

El año de 1483 transcurrió sin sobresaltos. Con un otoño agradable y seco llegó noviembre esparciendo sus colores ocres por toda la naturaleza y, con él, el cuarto cumpleaños de la Infanta Juana. Aquella tarde del 6 de noviembre, los Reyes de Castilla y Aragón se mostraban distendidos y cariñosos, dispuestos a festejar en el alcázar de Segovia el onomástico de su tercera hija.

Un año había transcurrido desde que la corona española se lanzara a la conquista de Granada, sin la sospecha ni el temor de que alguien o algo pudiera impedírselo. Con aquella actitud decidida distraían el ánimo de los nobles que, embarcados en aquella guerra, no soñaban con intentar nuevas aventuras políticas.

El nuevo orden se consolidaba sin pausa. La Santa Hermandad restablecía lentamente la pacificación en las llanuras, poblados y caminos del reino castellano, constituyéndose en el brazo derecho de la corona, mientras un ejército de hombres, alcaldes y cuadrilleros, elegidos anualmente, ejercían los poderes de policía, erigiéndose en los tribunales de justicia. Sin respetar feudos ni privilegios llegaban a las cárceles por igual, nobles o bandidos, siendo sometidos a rápidos sumarios que les condenaban a la prisión o a la muerte. Eran tiempos de grandes contrastes. Los hombres se estremecían ante la inminencia del castigo divino pero mostraban un temple de acero en los campos de batalla.

Aquel día de noviembre, como por encanto, todas las preocupaciones habían quedado atrás. La reina Isabel vigilaba la disposición de los cuencos y disfrutaba aspirando los suaves aromas de las infusiones y de los panecillos recién horneados. El aya de los Infantes, Teresa de Manrique, caminó en dirección a sus aposentos. Avanzó por la galería inferior del castillo que se orientaba hacia el río Eresma,

después dobló hacia la derecha y entró por el patio del laberinto. Caminó sobre el ala oriental y levantó sus ojos hacia las angostas ventanas del primer piso. Las tres caritas de los príncipes de Castilla y Aragón se reflejaron apretadas contra los pequeños vidrios circulares.

—¡Esperad, ya bajamos! —se escuchó una vocecita, mientras con sus manitos saludaban alegremente.

Una ráfaga de aire helado sacudió las ramas de los árboles y las hojas cayeron a puñados sobre el camino de piedras. El viento las arremolinó sobre un rincón y con un silbido sacudió la falda de la doncella.

La mujer se sujetó el tocado y mirando hacia arriba les sonrió, mientras proseguía su camino hasta el gran arco ojival sin detenerse, pero la puerta se abrió antes de que ella llegara y los tres infantes aparecieron sonrientes y nerviosos. Los tres tenían ciertos rasgos distintivos que permitían adivinar que eran hermanos. Los mismos ojos verdes de la Reina y la nariz recta del Rey. Pero de los tres, Juana era sin duda la más bella. Sus cabellos rubios como el trigo maduro enmarcaban unos ojos que parecían haber absorbido todo el verde de los olivares de Castilla. En su rostro, la nariz era más delgada y elegante, un tanto sensual y un buen atributo para su boca pequeña y carnosa.

—Mis pequeños príncipes ¿estáis preparados para visitar a vuestros reales padres? —preguntó la doncella con una amplia sonrisa.

—Sí, lo estamos —respondieron a coro los pequeños.

—Pero yo, siento algo de miedo —agregó Juana con timidez.

—¿A qué le tenéis miedo, mi princesa?

—Tengo miedo de que no me reconozcan. Hace mucho tiempo que no vienen a vernos.

—No debéis temer, mi niña. Vuestras Majestades os harán sentir muy feliz pues hoy han pedido estar con vosotros. Debéis comprender que los asuntos del Reino les obligan a permanecer demasiado tiempo ausentes. Pero siempre os recuerdan y os aman con todo el corazón.

—Sin embargo, yo siento que vos sois nuestra madre. A ella no la recuerdo —volvió a insistir la pequeña Juana.

—Alteza, solo deseo que estéis tranquila y sonriente. Será un grato cumpleaños donde todos vosotros lo pasaréis muy bien.

—Si nos aburrimos, prometednos que vendréis a buscarnos —rogó el pequeño Juanito tiritando de frío, a pesar de ir bien envuelto en su capita de pieles.

—Solo lo haré si vuestra real madre lo ordena. Pero no os preocupéis, que voy a contaros un secreto —dijo la doncella bajando la voz, como para que solo ellos tres pudieran oírla—. No os aburriréis. Vuestras Majestades han dispuesto para vosotros una mesa repleta de dulces y confituras.

—¡Bravo! —exclamaron a duo los más pequeños.

—¿Os quedaréis con nosotros todo el tiempo? —preguntó Isabel con timidez.

—Permaneceré en la antesala, no muy lejos de vosotros. ¡Pero no penséis más en ello y apresuraos que llegaréis tarde!

A pesar de los consejos de la doncella, los niños se mostraron poco decididos y de no haber sido por las apetecidas golosinas prometidas, algo escasas en la Corte castellana de aquellos años, de buen agrado hubiesen dado media vuelta y salido corriendo en sentido contrario.

Tomados de la mano de su aya, los tres pequeños príncipes se detuvieron en la entrada. Sentados en sus altos y oscuros sillones de madera, los Reyes esperaban ansiosos la llegada de sus amados hijos y al verles de pronto, parados en el umbral de la puerta gótica, les sonrieron con ganas y les tendieron los brazos.

—Vosotros sois los tres infantes más hermosos de Castilla —exclamó el Rey con ternura.

—De toda España —agregó la Reina—. Pero daos prisa, mis tres amores, que quiero besar vuestras sonrosadas mejillas.

Los tres niños, que ya se habían quedado solos, se fueron acercando tímidamente. La primera en saludar con un beso fue Isabel, mientras Juan y Juana, entre temerosos y sonrientes, esperaban, con sus dedos en la boca, ser levantados por aquellos brazos reales. Así lo hicieron sus progenitores para luego sentarlos sobre sus regazos. La Reina sonrió feliz y Juana apretó su rubia cabecita sobre aquel pecho materno hasta entonces distante y desconocido. Después miró a su madre como implorando ayuda.

—¡Qué maravilloso es volver a veros y compartir con vosotros el cuarto cumpleaños de Juana, «mi suegrita»! ¿Y sabéis por qué llamo así a vuestra hermana? —interrogó la Reina a su hija mayor—. Pues

ella es idéntica a vuestra abuela paterna, Juana Enríquez. ¿Y sabéis por qué llamo "mi angel» a Juanito? —preguntó la Reina a los más pequeños—. Porque él es el único niño de la casa—. Los tres Infantes se miraron entre sí con asombro y luego se pusieron a reír por las ocurrencias de su madre.

—¿Y cómo creen que llamo yo a Juana? —preguntó el Rey con una amplia sonrisa.

—«Madre» —contestaron entre risas los tres Infantes a coro.

—Muy bien, habéis acertado. La llamo «madre», pues como ha dicho la Reina, ella se parece mucho a mi madre. Ahora bien, como veréis, solo ha faltado a esta fiesta de cumpleaños vuestra pequeña hermana, la infanta María —dijo el Rey enternecido.

—¿Por qué no ha venido? —interrogó Juana con tristeza.

—Porque vuestra hermana menor aún no ha cumplido los ocho meses de edad y lo único que un niño desea en su primer año de vida es leche tibia, ropa limpia y sueños tranquilos.

—Y unos papás que le besen y le sonrían —agregó Juana.

El Rey rió sonoramente ante la ocurrencia de aquella hija. Juana era muy receptiva de todas las manifestaciones de afecto y eso debería ser tenido en cuenta, si alcazaba el tiempo. Ese tiempo que se escurría como el agua entre las manos y a la velocidad de un rayo, entre la reconquista planificada y la unificación anhelada.

Los Reyes ocuparon la cabecera de la mesa y, después de pronunciar las oraciones para bendecir los alimentos, autorizaron a los pequeños para que iniciaran el banquete. El rey Fernando guiñó un ojo a Juana y la Infanta le miró entre embelesada y sorprendida. Sin embargo, aquella feliz coincidencia, donde padres e hijos se encontraban juntos por primera vez en ese año, terminó abruptamente.

Alguien entró de prisa a la sala y les habló al oído a los Reyes. Ellos se levantaron y fueron hasta la puerta que se había vuelto a abrir. Allí esperaron. Las voces de los que se acercaban por uno de los pasillos resonaron en medio del silencio en el que se habían sumido los Infantes. Había llegado al castillo un monje de nombre Torquemada. El religioso traía noticias urgentes para la corona y había que tomar decisiones de inmediato. Juan y Juana se sobresaltaron cuando el monje, al llegar, lo primero que hizo fue clavar sus ojos penetrantes en los suyos. Aquella figura vestida de negro habló con voz grave y gesticuló con sus largas manos cual si fuese un ave que estaba por

levantar vuelo. Luego de departir unos instantes con los Reyes, partió raudo por los pasillos del castillo, llevándose consigo a los monarcas y dejando solos a los tres pequeños. —¿Torquemada? ¿Acaso alguna persona moriría quemada en el fuego de la hoguera? —se interrogó Juana, y un escalofrío le recorrió la espalda, como si los ojos de aquel monje continuaran clavados en los suyos.

Ante aquel torbellino de miradas, pasos apresurados, voces disonantes, los niños, entristecidos, tomaron en silencio sus tazas de leche caliente con miel y comieron las confituras, pero de sus boquitas enmieladas se les había borrado, tal vez para siempre, la sonrisa de la infancia. De los ojos claros de Juana cayeron dos lágrimas hasta su boca que la niña secó con sus manos.

Aquel año de 1483 habíase creado el Consejo de la Suprema y General Inquisición para defensa de la religión cristiana. En un principio cumplía con la finalidad de Sus Majestades, deseosas de consolidar la unidad religiosa y política y reprimir a los falsos judíos conversos (llamados "marranos») que conformaban una poderosa burguesía urbana. Pero después se la utilizó con fines oscuros orientados a imponer la voluntad de los monarcas de manera tortuosa, cuando era ineficaz o imposible recurrir a la justicia ordinaria. Cinco años antes, en el año del Señor de 1478, Isabel había solicitado al Papa Sixto IV la bula de autorización para el establecimiento de dicho tribunal dentro de sus Reinos. La institución permanecería bajo su directa intervención y los bienes de los condenados pasarían siempre a la corona. El Papa autorizó a los Reyes Católicos la constitución de la Inquisición, mediante la bula *Exigit sincerae devocionis*. En septiembre de 1480 había sido implantada por orden real y en 1482 el propio Pontífice había nombrado ocho inquisidores para el Reino de Castilla.

Como Inquisidor General había sido designado durante 1483, el fraile dominico Tomás de Torquemada, cargo al que le confirió sus rasgos de extrema dureza en defensa de la ortodoxia religiosa. Severo y cruel se transformó en el representante de la intolerancia y del fanatismo. Alma del rigor antisemita, comenzaba a distinguirse dictando reglamentos y ordenanzas de cárceles, con tanta severidad que se constituyeron con el tiempo en un modelo de crueldad. (Mientras ejerció el cargo logró enviar a la hoguera a más de tres mil personas. Paradójicamente, su verdadero nombre era judío: Thomás de Turrecrematha Baccalaureus).

Los tribunales de la Inquisición se multiplicaban por toda la geografía del Reino al igual que los Autos de Fe, actos donde el garrote vil y la hoguera iban a acabar con el derecho a la vida de miles de almas, tras ser sometidas a tormentos terribles en busca de acusaciones a terceros o de autoinculpaciones. Declaraciones que, en numerosos casos, aún siendo falsas, eran un modo de evitar la hoguera, o entregarse a la muerte por no padecer más sufrimientos.

Montados a caballo o en mulas, los hombres de la Inquisición llegaban a todas las ciudades, pueblos y aldeas. Los negros jinetes del miedo y del espanto llevaban consigo un verdadero arsenal de instrumentos de torturas. No solo implantaban el terror a través del sometimiento físico, sino que también lo hacían mediante la tortura psíquica.

La Inquisición española se tornó inflexible en lo que a normas de seguridad se refería, permitiendo el empleo de los tormentos cada vez que alguno de los acusados se negaba a confesar. Por su parte, Torquemada, hombre austero y de arraigadas convicciones, contaba con el consentimiento de la corona para limpiar de herejes el suelo español.

Este monje autoritario había sido confesor de la Reina siendo ella una adolescente, en la Corte de Enrique IV. En cada confesión le recordaba: «Sea cual sea el rango, lo primero es el deber». Este mandato caló muy hondo en el corazón de Isabel y se tornó en su prioridad por el resto de sus días.

Con el transcurso del tiempo, Fernando se convirtió en el Gran Maestre e Isabel en la ideóloga de aquel plan: la Guerra Santa. La única guerra que podía unificar una España dividida entre cristianos e infieles. (Después vendría la expansión del Imperio, forjado con grandes dificultades, y la corona española, imponiéndose sobre todas las de Europa).

Los monarcas, convertidos en hábiles artífices, fueron enlazando los acontecimientos de tal manera y con tanta rapidez que la nobleza española no tuvo tiempo ni forma para someter a juicio las decisiones de aquella alianza indestructible que conformaban Castilla y Aragón.

Penitencias y ayunos, procesiones y flagelaciones, plegarias y muertes pasaron a formar parte del ritual cotidiano durante la primera infancia de Juana. La Infanta fue creciendo entre la represión

de los cuerpos y la tortura de las almas en su más rígida y cruel expresión, envuelta en una atmósfera de misticismo cristiano militante que alimentaba un acendrado odio por el Islam.

En 1485 la corona aragonesa de Fernando recuperó de manos francesas el Reino de Nápoles y, deseosa con Castilla de aislar a Francia, sellaba con los Habsburgo el pacto matrimonial de sus hijos, Juana y Felipe. Definitivamente.

Durante los años que siguieron la vida en el castillo no fue fácil para nadie y, mucho menos, para los hijos de los Reyes Católicos. Pero, a pesar del clima en que se vivía, era necesario y estricto que los Infantes continuaran educándose en un ambiente, dentro de lo que el sistema castellano permitía, lo más confortable posible.

Siguiendo con las arraigadas costumbres, existían grandes diferencias entre la educación que se prodigaba a cada uno de los sexos. Si bien el Príncipe como sus hermanas estaba formando y moldeando su caracter a gusto de los monarcas, el niño poseía un libro de gramática latina, no muy usada, junto a una Biblia y un pequeño libro de salmos.

En cuanto a Juana, si bien estaba recibiendo una esmerada educación gramatical, se le exigía además que aprendiera a coser, bordar, hilar, cantar y tocar el clavicordio, a la vez que se le enseñaba a tener siempre una expresión serena en el rostro, mirar en línea recta al frente, sin fruncir el ceño y a no reír demasiado. Su carácter se perfilaba fuerte pero sensible. Dos buenas virtudes para una futura Reina consorte. Sin embargo, había algo que ella no alcanzaba a comprender y eso eran las ambivalencias del mundo familiar que la rodeaba (por un lado, las astucias políticas con que se manejaban determinados asuntos del Reino y, por el otro, los marcados y rígidos principios religiosos y morales a los que la Reina se aferraba).

Debido a su carácter y a la indiferencia materna, Juana volcó todos sus afectos en su hermano Juan y, dada la escasa diferencia de edad, se convirtieron en compañeros inseparables.

Durante los inviernos pasaban largas horas junto al fuego, absortos y pensativos, frente a un tablero de ajedrez.

Así se encontraban aquel día del año del Señor de 1488, mientras sus doncellas, sentadas en un rincón de la sala, bordaban un mantel para el altar de la capilla real. Ambas mujeres se hallaban entretenidas en una no menos curiosa conversación.

—¿Creéis que se logrará la unificación definitiva de España a través de una guerra por Granada?

—Pues claro que lo creo —respondió una de las doncellas casi en secreto—. Lo sé, y os diré como lo he sabido.

—Pues dímelo, no me hagáis morir de la curiosidad.

—Escuchad lo que voy a deciros. Es un secreto y, como tal, debéis guardarlo dentro de vuestro corazón. He heredado de mi madre unos viejos naipes de tarot. Me los dejó antes de morir, hace más de diez años, bajo la más estricta de las confidencias. Temía ser acusada de hechicera y morir quemada en la hoguera. Tanto, como lo temo yo. Esos naipes me han descifrado que el triunfo será para la corona castellana.

Las dos mujeres guardaron silencio. La doncella del príncipe Juan poseía uno de esos juegos de naipes que habían llegado a Europa a principios del siglo XIII, importados por los nómades del oeste del Himalaya y de la India y que la Iglesia católica había prohibido. Con el tiempo, al igual que su madre, se había convertido en una experta en el arte de tirar las cartas. Y como si aquellas fueran el tesoro más preciado, las llevaba consigo dentro de una pequeña bolsa de paño negro. Si alguien por casualidad le preguntaba por el contenido, respondía que allí guardaba las llaves de las habitaciones de los Infantes. Y eso también era verdad.

La mujer colocó los naipes sobre la mesa, cubierta en gran parte por el extenso mantel que ambas bordaban.

—¡Qué raros símbolos! —exclamó la doncella de Juana, y tomando una de las barajas entre sus manos la examinó detenidamente. La extraña figura le hizo contener el aliento, causándole cierta aprehensión. Era la representación de la muerte, con una gran hoz entre sus manos.

—¿Qué significa?

—Significa la muerte. Es, por cierto, una carta muy temible. Representa la transformación. Simboliza el movimiento, el pasaje de un plano de existencia a otro desconocido.

La doncella de la Infanta se tornó pensativa, luego miró hacia donde estaba Juana, de nueve años de edad, jugando una partida de ajedrez junto a su hermano Juan, un año mayor que ella y, sin poder apartar la mirada de la niña, exclamó:

—¡Ojalá estas cartas pudieran descifrarme lo que será de ella!

—Intentadlo. Solo debéis pensar en lo que realmente os preocupa de su destino mientras mezcláis los naipes. Luego, separad las veintidós cartas de los arcanos mayores del resto del mazo; mezclad de nuevo las cartas; y colocadlas sobre la mesa con las figuras hacia abajo. Pensad luego en una pregunta y cortad tres veces con la mano izquierda hacia el mismo lado. Volved a juntar las cartas encimando los tres montoncitos en el sentido inverso. Extended el mazo con las imágenes del revés y retirad tres cartas al azar conservándolas en la mano, en el mismo orden en que las habéis sacado. Luego, colocad la carta que habéis extraído primero en el lado izquierdo y las otras dos a continuación. La primera carta os representará el amor, la segunda la vida y la tercera su relación con el poder del Reino.

—¿Podrías decirme algo?

—Lo intentaré.

La curiosidad pudo más que la prudencia y con toda rapidez la doncella mezcló y separó los naipes en tres grupos, mientras pensaba: «¿A qué país y a qué Rey destinarán a mi pequeña princesa?».

La primera carta que apareció fue el carro, la segunda la muerte y la última el diablo.

—El amor, el dolor y la codicia de personas muy cercanas a Juana dominarán su vida.

—¿Qué queréis decir?

—El carro representa el amor. Su misión es unir lo terrenal con lo celestial, descubriendo la chispa divina que subyace en el corazón de la persona amada. Es esa luz interior que es capaz de producir en el ser amado actos ligados con el profundo sentimiento del amor. Su amor será eterno y tan intenso y profundo que ni la muerte podrá jamás con él. La posición de frente del personaje señala que su accionar será directo y las cabezas de los caballos, inclinadas hacia la izquierda, indican una gran intuición. El carro simboliza también lo que hay que vencer, las pasiones e instintos que existen en cada persona y que conviven con la luz. El personaje es un rey que tiene como meta el corazón de la Infanta. Apuesto y de refinado buen gusto por el arte, atraído por la buena vida de una corte elegante, los placeres y las bellas damas. Tal vez resulte ser demasiado alegre, si lo veis con ojos castellanos.

—Y decidme entonces, ¿qué significa esta carta con la figura de la muerte?

—Es un terrible designio. El llanto y el dolor dominarán su vida por sobre todo otro sentimiento. Esta figura, con su ausencia de vestimenta e incluso de carne, muestra el abandono de todas las atribuciones terrenales, conservando solo el armazón necesario para una nueva envoltura, ya que sin transformación el hombre permanecería detenido en el tiempo. La muerte está segando en un espacio negro, trabajando contra oscuras pasiones humanas, así como también esforzándose en el camino de su evolución. El perfil, enteramente a la derecha, indica cambios. Cambios en el estado de conciencia, cambios en la vida, cambios que acompañan el paso de un tiempo cumplido y la entrada a otro tiempo diferente.

—Y el diablo, ¿a quién representa?

—Es un naipe que conozco muy bien y representa la traición. Anuncia una gran evolución, que si bien es, por una parte, el símbolo del mal, es también la del triunfo, constituyendo una suerte de puente entre el bien y el mal. Representa al hombre actuando en el pecado sin apoyo espiritual, con la permanente tentación de transgredir las leyes de Dios y ceder a sus instintos. La traición vendrá de alguien que detenta un gran poder, no importa si es legítimo o no.

—¿Y quién será el traidor? —preguntó con amargura la doncella.

—No puedo decir su nombre. Podría morir en la hoguera si lo delato. Siempre se ha de sentir lo que se dice, pero nunca se ha de decir lo que se siente. Solo puedo deciros que estas cartas presagian un trágico destino. Todo cuanto rodea el destino de la Infanta está sumergido en un oscuro laberinto plagado de intrigas, traiciones y poderes mezquinos.

—Desdichada aquella que, por un accidente de su nacimiento, jamás podrá vivir la vida que hubiese elegido. Solo le pido a Dios que no sea mi pequeña Juana la traicionada.

—No olvidéis que la Infanta llegó a este mundo un día seis de Escorpio y desamparo, un sábado de hojas muertas, niebla y frío, para habitar en un tiempo mutilado, aquel que hoy ocupa su existencia.

—No comprendo de qué habláis —respondió la doncella de la Infanta tristemente confundida.

Aquellas cartas simbolizaban un verdadero jeroglífico. Más exactamente el emblema de un enigma y, escondida dentro de todas ellas, la propia Juana, como centro de aquel misterio hecho de símbolos y entretejido de alusiones poco auspiciosas, invisibles pero presentes,

como los misteriosos sueños premonitorios que moverían más tarde su conciencia.

Ambas mujeres guardaron silencio y miraron en dirección al tablero. Los pequeños Príncipes continuaban jugando una entretenida partida de ajedrez.

—¡Jaque Mate! —exclamó Juana, mientras reía en la penumbra de la sala abovedada.

—¡Eres mala! —replicó Juan—. ¡Jamás puedo hacer contigo una buena jugada!

—¡Silencio, niños! —intervino la doncella de Juana—. ¡No debéis reñir, es solo un juego para que os entretengáis!

—La jugada se ha dado como la había planeado —respondió, por lo bajo, Juana—. Jamás debéis pelear por un juego —continuó la doncella—. La vida es demasiado corta para desperdiciarla en rencillas. Y ahora id terminando, pues iremos a comer junto a vuestras hermanas más pequeñas, las infantas María y Catalina, que os aguardan impacientes.

Y, tomándolos de las manos, las doncellas les hicieron abandonar la mesa y la sala, mientras dos criados les seguían por detrás apagando el fuego de los candeleros.

Los niños caminaron disgustados por los oscuros pasillos sin hablarse y precedidos por las fieles mujeres. En el salón iluminado, ubicado sobre el ala oriental del alcázar, les aguardaban María y Catalina, de seis y tres años respectivamente. La cena les fue servida de inmediato. Tomaron sopa de gallina, comieron guiso de lentejas y se regocijaron con las natillas rociadas con miel. Los Infantes permanecieron en silencio. Luego se retiraron a sus aposentos sin mirarse ni hablar y, antes de que las campanas tocaran las vísperas, todos dormían plácidamente.

Durante la primavera de 1491 la vida de los Infantes castellanos transcurría sin sobresaltos, mientras los reinos de Castilla y Aragón continuaban la guerra por la definitiva reconquista de las tierras de Granada.

La Santa Hermandad proseguía restableciendo, con mano de hierro, la seguridad y el orden, controlando la prepotencia de los señores feudales. Y la Inquisición (existente en Europa desde 1231, al crearla Gregorio IX, y convertida en España, por obra y gracia de los Reyes, en una jurisdicción del Reino en materia religiosa) surcaba la

Península de norte a sur sentenciando con dureza a los sospechosos de herejías doctrinales, prácticas de brujerías y otras supersticiones.

Juana había presenciado más de una vez, escondida detrás del arco de alguna angosta ventana del castillo, entre el asombro y el miedo, aquellas tortuosas procesiones encabezadas por el Santo Oficio. Veía marchar lentamente, entre fúnebres cánticos, a los inquisidores del Reino, vestidos con sus túnicas color crudo y sus caperuzas negras, enarbolando en lo alto una cruz blanca envuelta en crespones negros.

Con ellos caminaban los alguaciles que los asistían en su trabajo y los frailes dominicos con sus recios hábitos y los pies desnudos. Después de los monjes, cuya expresión en sus rostros revelaba un fanatismo extremo, seguían los alabarderos, vigilando a los presos torturados con sus carnes desgarradas y sangrantes por las pinzas al rojo vivo. Descalzos, indefensos, encadenados y envueltos con los horrorosos sambenitos amarillos, llevaban sobre sí la marca de los tormentos. Sus rostros demacrados, su mirada perdida, dejaban translucir los terribles suplicios. Eran los pecadores, los que habían osado profanar a la Santa Iglesia, y para aquel sacrilegio no había otro fin, más que arder por toda la eternidad en los fuegos del infierno.

Detrás de aquel escalofriante cortejo, marchando al paso, una multitud de mendigos, prostitutas, niños y gitanos le seguía en silencio. Aquellos prisioneros de guerra, moros, judíos o presuntos herejes eran sacados para morir de las oscuras y húmedas mazmorras de los castillos del Reino. Aquellos castillos donde la Corte itinerante de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón pasaba ciertas temporadas.

Sobre la llanura reseca, lejos de la ciudad, se levantaban las piras y hacia allí se dirigía la lúgubre procesión. Cada condenado era atado a un palo con los ojos vendados y con las piras de leña humedecidas bajo sus pies. El verdugo encendía el fuego con una tea ardiente y en un instante las llamas comenzaban a devorar lentamente aquellos cuerpos flacos, mientras el eco agónico de sus gritos aturdía los oídos de Juana y el olor a carne quemada penetraba por su nariz, hasta descomponerle el estómago. Entonces, al borde del desmayo, se dejaba caer al piso de rodillas, implorando por aquellas almas desdichadas, pero sobre todo, por el peso de aquellas muertes sobre el alma de su madre.

—No permitáis, Dios mío, que en Castilla se cometan muertes tan atroces. Perdonad a mi madre. ¡Perdonadla!

Su madre cuando la oía implorar de aquel modo, le respondía:

—El Santo Oficio es el Tribunal de Dios que castiga a quienes no aceptan los dogmas de la fe cristiana. Y yo, como Reina de Castilla, estoy decidida a hacer de este Reino, no solo un solar regido por la ley y la justicia, sino, por sobre todo, un solar cristiano.

Juana no terminaba de escuchar las palabras justificadoras de su madre, pues siempre concluía tapándose sus oídos con las manos, actitud que exasperaba a la Reina.

Con los años, aquellas visiones de horror fueron marcando a fuego el alma sensible de Juana, que no cesaba de implorar a Dios por la protección para su progenitora.

Todos los bienes de los condenados por la Inquisición eran confiscados pasando a las vacías arcas reales, ávidas de recaudar riquezas para preparar el golpe final sobre el reino infiel de Granada.

Desde el púlpito de cada iglesia los frailes dominicos predicaban contra la herejía dictando los Autos de Fe. Era deber de todos los súbditos observar a sus vecinos e informar con toda celeridad a los inquisidores o a sus sirvientes si descubrían algún comportamiento sospechoso y, aquel que no lo hacía, también era considerado culpable. Todo sospechoso de la más leve falta debía ser delatado y llevado ante los tribunales del Santo Oficio para ser torturado hasta confesar sus culpas y las de su prójimo, aunque estas no fueran ciertas. Muchos llegaban a mentir para dejar de ser torturados, y otros eran castigados inocentemente por estar falsamente acusados. Los monjes llegaron a instalarse sobre los tejados de sus conventos para observar, durante el sábado judío, las chimeneas de la ciudad. Aquel que no encendía fuego era sospechoso. Aquel de cuya chimenea no salía humo era llevado ante el tribunal. A aquel que no confesaba se le torturaba en la parrilla, en el potro o en el agua, o se le dislocaban sus miembros en la rueda. Así la víctima, bajo aquellas circunstancias, estaba dispuesta, no solo a reconocer sus propias faltas sino también las de sus vecinos y, si estas no existían, llegaba hasta a inventarlas.

La Inquisición se había convertido en un poderoso resorte político y social para salvaguardar la unidad de la fe y el absolutismo regio, eliminando toda disidencia. En realidad, la idea de «hereje»

iba vinculada a la de «rebelde» en la mentalidad de las gentes del tribunal del Santo Oficio.

Lograr que los hijos de Sus Majestades permanecieran tranquilos, en tan trágicas y terribles circunstancias, se había convertido en el desvelo cotidiano de sus buenas doncellas. Los niños se aferraban patéticamente unos a otros en torno a estas mujeres, a quienes consideraban como sus segundas madres, pues el temor a ser separados y a quedar solos se hacía en ellos cada vez más profundo.

—Temo más a la soledad que a la propia muerte —le manifestaba Juana a su doncella—. El estar aislada y sola es algo que no podría soportar jamás. Creo que antes me volvería loca.

—Mi niña ¿por qué habláis así? Eres una infanta hermosa, con un gran futuro. No quiero veros triste —respondía la mujer para consolarla y le buscaba de inmediato algún entretenimiento para hacerla sonreír.

Juana sentía, en lo más profundo de su ser, el culpable deseo de ser amada y tenida en cuenta por su madre. Pero la Reina, lejos de conocer las necesidades afectivas de su hija, continuaba guerreando para consolidar la unión de todos sus Reinos. Aquel sentimiento solo conseguía entristecer su noble corazón, al comprender que exigía demasiado, pues bien sabía al estudiar la vida de los santos que el verdadero amor es aquel que no pide nada a cambio. Pero ella no era una santa, aunque se empeñara por llegar a serlo.

La no correspondencia de aquel amor filial le llevó hacia sus más extremas y rigurosas consecuencias. Juana se sintió cada vez más indigna pues, por la necesidad de ser querida, comenzó a sentir en ella una verdadera carencia provocada por una falta, por una imperfección del alma. Entonces, el natural deseo de ser amada se convirtió en culpa, la culpa en castigo y el castigo en dolor.

—Madre, quiero llegar a ser santa. Sé que no es fácil, que soy imperfecta, porque siento que no me basta solo con amaros, sino que a la vez necesito que me correspondáis. Muy pocos son los que trascienden esta limitación y esos pocos son los santos; y en el caso de los amores humanos, solo los heroicos y puros. Quiero ser heroica, pura, y aprender a amar, aunque no sea correspondida —imploró Juana.

Su voz resonó con fuerza en aquel atardecer de abril, cuando el aire cargado de aromas campesinos se volcaba sobre el jardín caste-

llano de Segovia. Era uno de aquellos escasos momentos durante el transcurso de su infancia que compartía con la Reina, su madre.

—Juana, mi hija muy amada, debéis saber que el amor es una actividad solitaria y un proceso de purificación de nuestra natural imperfección. Si os habéis propuesto seguir el camino de la santidad, debo deciros que os felicito y que me siento orgullosa. Pero también tengo el deber de aconsejaros, y advertiros, que habéis elegido el camino más difícil de una existencia humana. La imagen perseguida y siempre esquiva de la santidad, recién cobrará forma en vuestra alma cuando logréis comprender el misticismo del amor santificado por la no correspondencia. Más tarde, con las piezas de este rompecabezas, que estoy segura os hará ganar el cielo apetecido, iréis formando a costa de sacrificios y resignaciones las figuras de la soledad, de la autosuficiencia y, por último, la de la libertad de tu espíritu. Estas son las tres etapas del duro camino hacia la realización íntima del alma. En cuanto al amor que me reclamas, debéis saber, hija mía, que todo cuanto vuestro padre y yo estamos haciendo es solo por vosotros. Por lo tanto os pido seáis más justa y comprensiva respecto al escaso tiempo que ambas podemos compartir, y aunque mi deseo es estar la mayor parte de las horas con vosotros, mi deber es dedicarlas a la dirección del Reino.

Juana guardó silencio. Sentía que su madre era como una muralla de piedras, contra la que nada se podía.

A la madrugada siguiente la Reina partió hacia Toledo.

El tiempo continuó su curso inexorablemente y Juana volvió a sentir dentro de su alma que se quedaba sola. Como siempre.

Durante el año transcurrido entre 1490 y 1491 los sueños dinásticos de Isabel y Fernando parecían haberse hecho realidad. Estaban a punto de concluir aquella partida de ajedrez imaginaria que habían iniciado en 1479, al nacer Juana, con un jaque mate al futuro Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Aquel año se concretaba la alianza matrimonial entre Margarita de Austria (la única hija mujer de Maximiliano I) y el príncipe Juan (el único hijo varón de Fernando e Isabel). La Princesa había sido desposada con Carlos VIII de Francia, pero el matrimonio nunca llegó a consumarse, porque el Rey de Francia abandonó el compromiso desposándose con la duquesa Ana de Bretaña, viuda del rey Luis XI. Los Reyes de España, enterados de la ruptura de aquel compromiso, no se hicieron esperar

y, ese mismo año, solicitaron la mano de la hermosa Princesa austríaca, despreciada por el monarca francés y esperada por el Príncipe de Asturias.

Los finales del año 1491 trajeron para la vida de Juana, y de España, cambios difíciles y notables. La Infanta había cumplido doce años y con aquel cumpleaños se terminaban, también, la infancia y la libertad de las que había gozado y compartido, hasta entonces, con sus hermanos menores. En aquel cumpleaños, Beatriz Galindo, La Latina, le había obsequiado un libro que se titulaba: *Visión deleitable de la filosofía y las artes liberales*. Juana ya estaba madurando y era hora que comenzara a leer aquellas obras que le abrirían el espíritu y el alma hacia una visión más amplia de la vida. Con aquel cumpleaños, la niñez de la Infanta llegaba a su fin. De allí en más, recordaría siempre sus juegos y sus aventuras que solo vivirían en su memoria y recuerdos, como aquella vez, cuando tenía diez años, y al cruzar el río Tajo con su cortejo, su mula resbaló y Juana cayó al agua helada. Había desaparecido de la superficie y todos gritaban temiendo por su vida, pero cuando su nodriza y sus doncellas se habían tirado al río para buscarla, Juana emergió del agua tomada de las orejas del animal, entre el miedo, los gritos y el asombro de sus doncellas. Nunca más volvería a corretear por los corredores de los castillos escondiéndose por sorpresa detrás de las columnas que sostenían los anchos arcos ojivales de sus galerías. Extrañaría no volver a vendarse los ojos con un paño negro para jugar a la gallina ciega entre los naranjos y limoneros del patio. Tampoco podría entretenerse, durante los largos inviernos, horas enteras frente al tablero de ajedrez, ni podría volver a cabalgar libremente seguida de sus pequeños pajes, por las mesetas de Segovia o de Toledo, mientras el viento juguetón le arrancaba antojadizamente sus tocados dejando sus largos cabellos en libertad. No volvería a lanzar la flecha de su ballesta, a la que siempre acertaba en el blanco, ni podría disponer del tiempo sin tiempo para mojar sus manos o sus pies en la vieja fuente de piedras del jardín de la Reina. No volvería a atrapar las mariposas dentro de su tocado en los frescos y espesos bosques de encinas y se terminarían para siempre los cuentos de brujas y de hadas que su nodriza le contaba y que le producían una impresión deliciosa de terror. Jamás le estaría permitido volver a dar los paseos en aquellas mañanas calurosas de verano junto a sus hermanos, cuando bajo los castaños de apretada sombra

entretejían guirnaldas con las que adornaban sus cabezas. Todo terminaría de repente. Abrupta y dolorosamente.

De ahora en más, al convertirse en mujercita, sería recluida dentro del castillo donde tendría sus propios aposentos, de conformidad con la costumbre de rigor en Castilla. Los Reyes redoblarían sobre ella la vigilancia y la educación, intensificando el estudio, la lectura y las labores, prohibiéndosele las charlas acostumbradas con sus hermanos, capaces de banales distracciones.

Piedad, pudor y honor eran las tres palabras claves que resumían el comportamiento ideal para una Infanta de España, nacida para reinar sobre algún confín de la tierra. Las angostas y altas ventanas de los castillos constituirían de ahora en más la gran diversión y también la gran tentación para una Juana ávida de conocer más allá de los gruesos muros y los profundos fosos de las fortalezas reales. La Iglesia se convertiría en un espacio privilegiado cuando llegara la Cuaresma, o la celebración de Corpus Christi, donde sacaban el Santísimo en procesión y desfilaban las hermandades de caballeros y las cofradías, o la festividad de la Asunción, o las Ferias de Agosto en Honor de la Virgen del Sagrario, o las festividades de San Isidro, donde la familia real concurría en pleno. Permanentemente, las Infantas eran escudriñadas por doncellas y pajes a los efectos de que no tuvieran ocasiones de arriesgar o cruzar una mirada con algún joven noble desconocido, o guardarse de sonreír en exceso. Tanto educadores como confesores impartían por aquellos días una estricta disciplina basada, primeramente, en el control de la mirada.

—Volved vuestros ojos a Dios, abridlos al cielo y a los bosques, a las flores y a todas las maravillas de la creación; pero en cambio bajadlos en todos aquellos lugares en que exista ocasión de pecado —le aconsejaban sus preceptores.

—Una verdadera infanta debe apartar los ojos de todo lo que pueda perturbarla, comenzando por las pinturas. Debéis tener cuidado también con los ojos de los demás, porque vuestra curiosidad puede resultar corruptora para vuestras buenas obras y para vos misma. Guardad cuidadosamente vuestra lengua para no ofender a Dios y reprended con toda energía el pecado de hablar en exceso y las palabras ociosas. En cuanto a las mismas palabras honestas, no usaréis de ellas sino con discreción. Controlar las propias palabras quiere decir también controlar la risa, los gestos y los juegos, cuyo exceso es pecado.

—El camino de la perfección que la Iglesia propone tiene como finalidad esencial la profundización, en soledad, de vuestra devoción interior a Dios y a la Santísima Virgen. Una vez amordazados todos los sentidos, la soledad interior aparece siempre en vuestras habitaciones, en los salones, en los paseos. La verdadera devoción os alejará del mundo y os acercará a Dios.

Controlar la mirada, la palabra y la sonrisa y, por sobre todo, guardar silencio, era el mandato para ser una buena Infanta de España. Una Princesa atenta escuchaba aquellos consejos y los aceptaba con docilidad. Sin embargo, en las calurosas tardes del verano castellano, en el silencio letal de la siesta, y burlando la vigilancia de su soñolienta doncella, Juana escapaba sigilosa, envuelta en su fresco sayal, corriendo descalza y en puntillas por los silenciosos claustros del alcázar. Escaleras arriba subía hasta el salón de las lecturas encerrándose en él. Aquel lugar le atraía demasiado, pues solo la biblioteca personal de su madre estaba compuesta de doscientos un volúmenes, a los que se le sumaban los libros que pertenecían a la biblioteca del castillo. Sentada en la cómoda poltrona de la Reina, y envuelta en aquella agradable penumbra, se deleitaba en esa recomendada soledad con las lecturas épicas o con aquellos libros religiosos de imágenes pintadas en oro, púrpura y añil. Miraba asombrada las escenas de los *Evangelios del Monje Ottfried*, impresos en hojas tan finas como los pétalos de un lirio. Releía más de una vez la anónima *Epopeya Heliand*, sobre la vida del Salvador y la vida de Santa María Egipcíaca; el *Libro de los Tres Reyes de Oriente*; el *Libro de Apolonio*; o la *Crónica de los Emperadores*. La lectura le apasionaba, pero, entre todos aquellos tesoros literarios prolijamente alistados en los inmensos estantes, había uno que la desvelaba de sus siestas, y ese era el *Libro de Gudrun*. Sus centenares de páginas elogiaban la firmeza de su heroína, con la que se sentía totalmente identificada, pues aquella doncella era raptada por el valiente y apuesto Hartmut de Normandía. Entonces, Juana soñaba con un príncipe igual de heroico, arrogante y apuesto. Y, cuando se acercaba la hora en que el castillo volvía a despertar, marcaba la página con una rosa (la que con el tiempo había llegado a marchitarse, perfumando intensamente las finas hojas del libro) y corría nuevamente a encerrarse en sus aposentos.

# III

# LA RENDICIÓN DE GRANADA

Al concluir 1491, Boabdil, el último de los reyes moros, llamado también el Desventuradillo o el *Zogoibi* («el pobrecito infeliz»), había sido capturado por los ejércitos reales españoles y, sin esperanzas de auxilio y acosado por el hambre, había capitulado, siendo forzado a arrodillarse ante el rey Fernando II de Aragón y V de Castilla.

En el Salón de los Embajadores de la magnífica Alhambra (que debía su nombre al color de sus muros, Al Hamra, La Roja), negoció su rendición: treinta mil piezas de oro y un principado en las Alpujarras, que sería un protectorado de la corona de Castilla en la costa sur de España, a cambio del Reino de Granada.

El último territorio ocupado por los moros no era muy grande en verdad, pero sí muy rico y poderoso. De clima suave, fértiles campos, vinos deliciosos y frutos y especies en abundancia que se vendían a buen precio en los puertos del Mediterráneo. En estas comarcas afortunadas, la antigua y noble civilización musulmana había conservado su prestigio y un elevado nivel cultural, superior a Castilla y Aragón. La tradición reconquistadora, la necesidad de dar cauce a las energías de la nobleza y ganar las tierras a los mahometanos, que amenazaban con convertir el Mediterráneo en un lago privado, y el completar una obra de siglos para la unificación, habían impulsado a Isabel y a Fernando a tan heroica hazaña. A tal efecto, les sirvió de pretexto para reiniciar la guerra la negativa de los soberanos

granadinos a pagar los tributos a los Reyes castellanos (que desde el reinado de Enrique IV habían dejado de hacer) y la toma por sorpresa de la plaza de Zahara, en 1481, por parte de los musulmanes, rompiendo una tregua establecida entre ambos bandos. En realidad, dicha tregua había sido violada antes por los propios cristianos en las cercanías de Ronda.

—...Decid a la Reina y al Rey de Castilla que en Granada no batimos oro, sino acero... que los Reyes de Granada que pagaban tributo han muerto y que en este Reino no se fabrican ya para los cristianos más que hierros y hojas de cimatarra contra nuestros enemigos —había sentenciado el rey Abulhasán (Muley Hacén), padre de Boabdil, a Don Juan de Vera, embajador del rey Fernando, que había sido enviado a Granada.

—Uno a uno he de sacar los granos a esa Granada —respondió el Rey— y... recogeremos esta Granada, semilla por semilla —había acotado la Reina.

El asedio a la deseada Granada, una ciudad cercana a los cincuenta mil habitantes, había comenzado en abril de 1490. Poco a poco, el cerco se había ido cerrando sobre aquella dulce fruta apetecida y un año más tarde, el 25 de abril de 1491, se levantaba altivo el campamento de los ejércitos de sus reales majestades a las órdenes de Don Rodrigo Ponce de León. De un trazado perfecto, con calles perpendiculares que lo recorrían de norte a sur, agrupaba, por orden, una región de pabellones amplios a cuyo alrededor se levantaban los cobertizos y chozas. Un poco más alejadas de todas las fortificaciones se habían construido las defensas, los fosos profundos, las empalizadas, cordones de piedras y mampostería, retenes de agua y todo cuanto pudiera servir para forzar la desesperada acción de los ejércitos moros. En el centro, como un bastión glorioso, la torre de guardia, hecha en madera, se erguía majestuosa como un paradigma de la gloria venidera.

Durante la primera quincena de julio de 1491, la reina Isabel y sus hijos se habían instalado en el campamento granadino. Juana miraba asombrada a los ejércitos reales, que iban y venían con sus vistosos estandartes, campanillas de plata y cintas de colores y deseaba con toda su alma que su madre pudiera recuperar cuanto antes aquella fruta perdida. Pero el destino de Granada no era fácil y estaba marcado a fuego. Mediaba el mes de julio cuando la noche entera se transformó

en una inmensa hoguera. El resplandor era tan intenso que a lo lejos parecía el sol asomando sobre el oriente. Era el día 14 de julio y, mientras los Infantes dormían y la Reina rezaba las horas canónicas bajo la luz de las velas en su tienda de campaña, el fuego se adueñó del campamento cristiano. Nunca se supo a ciencia cierta si fueron las velas de los candeleros de la Reina, el descuido de alguna de sus doncellas, o si fue (como dice la leyenda) una mora enamorada de un cristiano que apareció muerto en una situación sospechosa y, para vengar la muerte de su enamorado, le prendió fuego al campamento. Lo cierto es que Isabel y sus hijos se salvaron por milagro. La Reina, advertida de la tragedia, lo primero que hizo fue despertar a sus hijos, que se encontraban en la tienda contigua, y se los llevó de prisa, en medio de las llamas y el humo, que se esparcía con la velocidad del viento a lo alto de una colina. Juana, aferrada a su madre, lloraba por no poder respirar, mientras Isabel, presurosa, la ponía a resguardo y la consolaba. Desde aquella altura, la vega parecía un volcán refulgente. Las lenguas de fuego se elevaban varios metros sobre las cabezas de los acampados transformando aquel solar en un verdadero infierno. Todos corrían para poder salvarse y defender sus posiciones, pues esta situación era propicia para que se produjeran los ataques enemigos. Todos los sacrificios y el tiempo dedicado a levantar aquel campamento habían desaparecido en pocos minutos, consumidos por las llamas, envueltos en columnas de humo y de cenizas. Juana jamás pudo olvidar aquella noche horrible, cuando veía correr como teas ardientes a los soldados, para luego caer calcinados a la vera del río.

Apagado el fuego y enterrados los muertos, la Reina no se dio por vencida, ni aún vencida, y ordenó la construcción de una ciudad fortaleza (Santa Fe) situada a mil metros más al oeste del campamento desaparecido. Dos ejércitos trabajaron en ella: el ejército de las armas y el de la construcción. Santa Fe se transformó en la fortificación para el acoso y la conquista definitiva de Granada. Su fruta soñada.

El 25 de noviembre, Boabdil se vio obligado a pactar y entregar la ciudad. En las Capitulaciones de Granada, el Rey moro había acordado con los Reyes Católicos entregar la ciudad el 6 de enero de 1492, día de Epifanía.

Apenas iniciado el mes de enero de 1492 había sucedido lo mejor. La guerra civil, animada por los propios Reyes y promovida

por las rivalidades entre los Reyes nazaríes Abulhasán, su hijo Boabdil y el tío de este, Abdallah, el Zagal, llamado el Valiente, había concluido. Los tres soberanos aspiraban al poder en el reino granadino y sus discordias promovieron que este quedara finalmente en las manos de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.

Como todos esperaban, los Reyes culminaron la unificación de sus reinos con la conquista de estas tierras. La romántica Granada, coronada por las rojizas torres de su magnífica fortaleza y encerrada entre las mil treinta torres y los siete portales de sus inexpugnables murallas, les pertenecía.

Aquellos muros de piedras guardaban celosamente todo el esplendor oriental de un paraíso terrenal en el que había reinado, durante siete siglos, el último baluarte árabe.

En la confluencia del Darro y el Genil, se levantó desafiante y orgullosa la recién fundada ciudad de Santa Fe. La ciudad de la Reina. Dueños absolutos de Granada, los monarcas sentían un gran aprecio por aquella ciudad de especial encanto, ganada con su propio esfuerzo. Hasta allí había llegado Juana, nuevamente, acompañada de sus dos hermanos mayores.

—Madre —le había suplicado— dejadme ir con vosotros. No quiero permanecer al margen de esta magnífica historia que inauguráis con la unificación.

La Reina se había rehusado pero, ante las reiteradas súplicas de Juana, aceptó que los acompañara. Así, la que nunca se dejaba vencer, había sido vencida por cansancio.

Cuando los últimos rayos de sol del primer día del mes de enero se fueron apagando, cientos de antorchas resinosas fueron encendidas en medio de la oscuridad. El resplandor del fuego realzaba la magnificencia sin igual de las blancas tiendas de campaña y por la Puerta de Elvira, una de las más históricas de la Granada árabe, los soldados de la guardia real iban y venían sin cesar. Por los empedrados callejones las sombras de las casas fueron borrando la luz del sol mucho antes de que anocheciera y el frío viento serpenteaba por aquellos estrechos laberintos intensificando su rigor. Todos los habitantes se aprestaban a celebrar, en las primeras horas del día siguiente, uno de los actos más trascendentes de la historia española, cerrándose así una puerta abierta setecientos años atrás, desde la costa africana del Mediterráneo. La ceremonia de rendición había

sido adelantada para ese día por petición del rey Boabdil, pues los musulmanes que rechazaban el acuerdo habían creado tumultos y confusión. El Rey nazarí temió por la vida de los quinientos rehenes que había entregado y, aunque las condiciones estipuladas contemplaban el perdón de todos los mulsumanes, el respeto a sus propiedades y leyes, la libertad de culto y el uso de la lengua, pensó que ningún pacto era seguro, porque podía no cumplirse o romperse con gran facilidad.

La mañana del 2 de enero amaneció fría, pero con un sol que se insinuaba esplendoroso, el cual, apenas se levantara, comenzaría a entibiar el aire. A lo lejos, presidiendo el paisaje, Sierra Nevada coronaba con sus imponentes penachos blancos aquel espectáculo sin igual.

Al alba, en la ciudad en cruz de Isabel, Santa Fe, la alegría reinaba por doquier. El cardenal Mendoza, rodeado de las tropas cristianas, fue el primero en entrar a la ciudad de Granada para ir a ocupar la Alhambra y comenzar así con los preparativos de la llegada de los soberanos.

Desde temprano se fueron aprestando caballos y jinetes y, cuando las campanas llamaron a tercia, los soldados del ejército real salieron de sus tiendas, vistosos y ricamente ataviados. Llevaban cintas rojas atadas a los escudos y estandartes cruzados, mientras el tintinear de pequeñas campanillas de plata resonaba en la límpida atmósfera. Encabezaban la marcha las ondulantes banderas de todos los reinos españoles, mientras a lo lejos se oían resonar las trompetas de la caballería.

La reina Isabel cabalgaba feliz y serena sobre un caballo blanco, que lucía la insignia de Castilla en la testera protectora, mientras la gualdrapa parecía barrer el suelo al avanzar majestuosa. La bandera real de los reinos unificados, color carmesí con una banda de oro, rematada por cabezas de serpientes, flameaba en la mano de su escudero, que la seguía a pocos pasos. Ataviada con un vestido de terciopelo genovés color celeste pálido, adornado con mil perlas, llevaba sobre su espalda una larga capa azul bordada con guardas de oro y una sobrecapa de pieles blancas que solo le cubría los hombros. Sus cabellos iban recogidos bajo un velo de muselina blanco, al que sujetaba la sólida corona de oro del Reino de Castilla. A su lado, en un brioso alazán, cabalgaba el rey Fernando, ataviado con un jubón de

lama de oro, manto carmesí y medias al tono, luciendo sobre su cabeza la sobria corona de oro de Rey aragonés. Detrás de los soberanos cabalgaba Juan de Aragón, Príncipe de Asturias, de tan solo trece años, vestido de caballero, título que le había sido conferido en la primavera de 1491.

Detrás del heredero venían sus dos hermanas, Isabel de Aragón, pálida y rubia, ataviada con un vestido color bordó y, a su lado, Juana de Castilla, tercera Infanta de España.

Con sus escasos doce años, Juana tenía el porte de una bellísima princesa. Su vestido azul oscuro, tan oscuro como la noche granadina, hacía resaltar el trenzado de sus cabellos realizado con delgados hilos de oro. Un cuello de encaje inmaculadamente blanco destacaba su rostro de finos rasgos.

Con la mirada siempre puesta sobre la hermosa ciudad morisca que se levantaba frente a ellos, Juana se dirigió a su padre:

—Decidme, padre mío, si lo que estoy viviendo en este día es real o es solo obra de mi imaginación. Siento como si estuviera dentro de uno de esos cuentos con final feliz que cuando niña solía contarme mi nodriza.

Fernando detuvo su corcel y, mirando a Juana, le sonrió y le dijo:

—Escuchad, hija, Granada aparece ante nosotros como una fantasía, una ilusión, aquella que por diez largos años vuestra madre y yo acariciamos. Pero es tan real y tan palpable como nosotros mismos. Esta ciudad que veis, maravillosa y altiva, representó antiguamente, no un Imperio dominador y poderoso como lo fue el de Córdoba, sino un Reino reducido e impotente, tributario del de Castilla desde su misma fundación. Un Reino plantado a orillas de un glorioso pasado, que consciente de su propia indigencia, buscó apoyo en la amistad con sus enemigos y refugio y consuelo en el arte y la poesía. Pero, por sobre todo, y a pesar nuestro, quiero que sepáis, Juana, que fue un Reino que supo construir historia. Una historia que seguirá latiendo por siempre en el corazón de este pueblo. Por todo esto es que hoy Granada os parece irreal.

—Así la siento padre. La siento como si fuera un sueño. Es como si en estos instantes la historia se hubiera detenido, pero a la vez siguiera viva y palpitante. Es una sensación rara y a la vez maravillosa.

La Reina Isabel les estaba mirando. Ella nunca había demostrado una especial predilección por un hijo sobre los demás, pero estaba

casi convencida que Fernando prefería a Juana por sobre todos los otros. Simplemente porque Juana se parecía extraordinariamente a su madre, la Reina de Aragón y de Navarra, Juana Enríquez. Y al verles cabalgar juntos, no le quedaban dudas. Mientras Fernando y Juana avanzaban ágiles por el camino, tras ellos marchaba el ejército castellano con sus pesadas armaduras, moviéndose con gran lentitud, obstaculizados por las vistosas gualdrapas y enarbolando en lo alto su bandera carmesí cuartelada con los blasones de los Reinos.

La mañana que recién comenzaba era una campanada de gloria también para el clero, porque anunciaba el total restablecimiento de la civilización cristiana en aquellos reinos, tan largamente dominados por los infieles.

Pero no era el deseo de vengar el tiempo de dominación musulmana lo que la Reina llevaba aquel día en su mente, sino algo mucho más honorable. Isabel amaba el poder y lo deseaba para Castilla. Pero lo que más anhelaba era apretar entre sus manos la llave de aquella ciudad por la que tanta sangre había corrido. Aquella por la que había sacrificado sus mejores años de juventud, resignando hijos y comodidades, dejando de pertenecerse a sí misma para entregarse sin condiciones al servicio de su Reino.

Desde el inicio de la reconquista había tenido siempre presente la enorme responsabilidad de convertir a España en el reino más grande y glorioso que haya conocido la humanidad. Por vencedora, y por ser dueña absoluta de sus dominios, un solo pensamiento parecía guiarla en ese día: que aquella ruina humana llamada Boabdil, otrora el poderoso Rey nazarí, que resistiera con valentía negándose a morir, desapareciera cuanto antes de su vista.

La Reina cabalgaba absorta en estos pensamientos cuando llegaron ante las puertas de la Alhambra. Una larga fila de alabarderos escoltaba su marcha al mismo momento en que resonaba un floreo de trompetas y dos ujieres con varas blancas caminaban seguidos a caballo por el último rey de los moros. Sobre un corcel negro, ricamente ataviado en colores dorados y esmeraldas, rodeado de cincuenta nobles moriscos, Boabdil portaba entre sus manos un almohadón carmesí, donde se hallaba depositada la ansiada llave de oro de Granada, su paraíso perdido. El *haik* blanco flotaba sobre sus hombros al trotar, mientras sus ojos, con tristeza infinita, parecían mirar sin ver absolutamente nada.

Al llegar frente a los soberanos españoles dirigió hacia ellos una mirada de melancolía, mezclada con el rencor y la nostalgia de quien siente todos sus sueños truncados, y se quiso apear del caballo para besar la mano del Rey, pero Fernando de Aragón no le consintió que desmontara ni que le besara la mano, entonces el Rey moro le besó en el brazo y le dijo: «Tomad, Señor, las llaves del que es vuestro Reino, que yo y todos los que estamos dentro somos vuestros. Que Dios os haga en él más venturoso que a mí».

El rey Fernando recibió las llaves y se las entregó a la Reina, la Reina las pasó a manos del príncipe Juan, quien a su vez se las alcanzó a don Iñigo López de Mendoza, Conde de Tendilla, el cual, con el Duque de Escalona, el Marqués de Villena y otros caballeros, con tres mil caballos y dos mil soldados reales, enviaron entrar en la Alhambra. Con el orgullo inocultable de ser los vencedores, se apoderaron de la fortaleza e izaron en sus almenas el estandarte de la cruz y los pendones de Santiago y de Castilla.

Boabdil miró por última vez a la Reina y, como queriendo cumplir con ella hasta en su último deseo, espoleó su corcel negro e indicó a quienes le acompañaban que lo siguieran. Su caballo partió raudo, sin detenerse, hasta llegar a la cima de la Colina de Padul, desde donde observó por última vez Granada. No pudiendo contener la emoción que lo embargaba, lloró lastimosamente. Viéndole así, su madre, la sultana Aixa, la primera esposa del sultán Muley Abul Hassan, que iba en la comitiva, le consoló con ironía:

—Hacéis bien en llorar como mujer lo que como hombre no supisteis defender.

El Rey moro enjugó sus lágrimas y se abrazó a su madre, quien le acarició los cabellos. Y no pudiendo contener tanta tristeza rompió a llorar desconsoladamente. Así dejó aquellas tierras, sin verlas más que borrosas a través de sus lágrimas.

Desde muy temprano, todos los caminos que conducían a Granada, y muy especialmente los que llevaban a la Alhambra, fueron rociados con agua bendita para ser purificados de la contaminación musulmana. El sol parecía una bola de fuego suspendida en el cenit. Sus destellos dorados y rojos semejaban el color de las granadas maduras y un cielo transparente, festoneado de nubes blancas, enmarcó el momento sublime de la entrada triunfal de los Reyes. A

partir de aquel día, la Alhambra se transformaría en su residencia temporal.

El palacio árabe medieval más impresionante y magnífico que jamás haya existido se levantaba altivo sobre la colina, esperando a sus nuevos moradores.

El séquito real apresuró su marcha hasta llegar al frondoso bosque que envolvía, como en un halo de misterio, la fortaleza y traspasó la Puerta de la Justicia. Aquel portal había sido construido por Yusuf I, de la dinastía nazarí, entre los años 1333 y 1353, y tenía una especial magnificencia. Su entrada estaba formada por dos arcos en herradura en cuyas claves aparecían una mano y una llave. La mano, especie de talismán árabe, era el símbolo de la consagración de la ciudad a Alá y de la aceptación de los cincos preceptos del Corán; y la llave representaba la entrada del Paraíso que Alá concedió a Mahoma. Sobre uno de los arcos, los Reyes se detuvieron para hacer colocar una imagen de la Virgen y el Niño.

La marcha prosiguió hasta la Alcazaba, la parte más antigua de la Alhambra, defendida por altas torres de gran valor estratégico y sobre la Torre de la Vela hicieron izar las banderas de Castilla y Aragón.

Juana, absorta, contemplaba las Torres Bermejas y parte de la ciudad que se extendía más abajo.

Lentamente, y como queriendo gozar de cada instante único e irrepetible, prosiguieron hasta llegar al Palacio de Comares, donde sería celebrada la fiesta de la reconquista. Sin duda era el más suntuoso de la Alhambra. Con una riqueza indescriptible en su fachada, estaba coronado por un alero de mayor valor ornamental, abriéndose en el centro el patio de los Arrayanes, con su extenso y bello estanque dominado por la Torre de Comares. Aquel lujo oriental no solo se exhibía dentro de los salones, sino también en los jardines de flores y frutos perpetuos que perfumaban el aire y en las fuentes cantarinas que refrescaban y mostraban un total y perfecto manejo del agua.

«La vista confunde lo líquido y lo sólido, el agua y el mármol, y no sabemos cuál de los dos es el que se desliza», habían sido las palabras del poeta nazarí del siglo XIV, Ibn Zamrak, al definir la esencia misma de la Alhambra.

Aquella decoración hipnótica había deslumbrado a Juana e impactado sus sentidos. Alfombras, doseles, estrados, tapices, armas y

perfumes formaban una conjunción suntuosa, junto a toda la nobleza española envuelta en los más exquisitos trajes. El salón lucía majestuoso. Cuando los soberanos se hubieron sentado en la mesa principal, las damas y caballeros de la Corte se fueron ubicando frente a las largas mesas y, cuando las trompetas sonaron imponentes, comenzaron los festejos por la reconquista de la corona española.

Los Reyes, felices, anunciaron: «(para que) nos dé ocasión para poner en obra muy prestamente lo que teníamos en pensamiento hacer...» entre los aplausos de júbilo y, unos minutos después, el gran senescal apareció en el umbral del luminoso pórtico. Haciendo una señal abrió el paso a una interminable fila de sirvientes que entró de inmediato portando sobre sus hombros inmensas fuentes repletas de tiernos y dorados corderos manchegos, sabrosas truchas del Tormes y apetitosos pavos asados. El vino desbordó las copas y después de las bendiciones se inició el banquete.

Al llegar a los postres, montañas de turrones de miel, yemas y almendras invadieron las mesas, acompañados por un buen jerez de Sanlúcar de Barrameda, mientras todos reían y participaban animadamente de la fiesta de la reconquista. Sobre la media tarde se dio inicio a uno de aquellos pintorescos espectáculos de entretenimientos. Llegaron los juglares con su música y, con ellos, dos nobles vestidos de árabes, con sus largos ropajes brillantes y las cabezas cubiertas por turbantes de terciopelo carmesí, rodeados de grandes rollos dorados. Un poco después les siguieron otros dos, con los rostros pintados de negro, a la usanza morisca, y largas batas de raso amarillo. Después del teatro, comenzó el baile.

Juana se hallaba sentada entre su padre y su hermano contemplando extasiada el deslumbrante colorido. Aquel espectáculo resultaba para ella algo demasiado atractivo y sus ojos, acostumbrados a los trajes austeros de una rígida corte castellana, no dejaban de mirar con asombro.

Los festejos concluyeron al dar las vísperas. Cansada, por el día tan agotador como alegre, fue conducida por su doncella hacia los nuevos aposentos que le habían destinado en el Palacio de los Leones. Atravesó el patio en silencio mientras contemplaba uno de los lugares más deliciosos de la Alhambra. Sus ciento veinticuatro columnas, con sus correspondientes arcos, semejaban un nutrido bosque de palmeras en cuyo centro, como en un oasis, se levantaba imponente una

fuente con doce leones. Aplacados los acordes de la fiesta, solo llegaba hasta sus oídos el rumor del agua que parecía rimar con la esbeltez de las columnas, con el verde fresco de los limoneros y con la postura hierática de los felinos. Aquel sonido suave pero monótono le acompañó hasta la intimidad de sus habitaciones y, con aquel murmullo que parecía acunarla, se durmió enseguida.

A pesar del cansancio, sobre la medianoche se sintió sacudida de su pesado sueño. Entreabriendo los ojos en medio de la penumbra que la rodeaba, permaneció inmóvil, tratando de recordar dónde se hallaba. La tenue luz de la luna se filtraba suavemente a través de las celosías, bañando todo con ese tono propio de total recogimiento.

Agudizó aún más su vista y fue entonces cuando resaltaron las inscripciones de las paredes con sus adornos vegetales. De pronto recordó todo. Encendió una vela y observó más claramente aquellas escrituras árabes, cúfica y *nesjí*, de una elegancia especial y de rasgos voluptuosos e indescifrables. Aquellos jeroglíficos eran inscripciones embellecidas por el dorado y el color. La bóveda del techo había sido labrada íntegramente en infinidad de hojas copiadas de los follajes de los jardines y elaboradas, según la tradición, con una mezcla muy trabajada de yeso, cáscaras de huevos, aceites y almendras.

De pronto, una sensación extraña invadió su cuerpo. Aquella fortaleza tan extraordinariamente grande, capaz de albergar hasta un ejército de cuarenta mil hombres, parecía hallarse presa de un secreto sortilegio. Sortilegio del cual no lograría desprenderse jamás, permaneciendo en el tiempo como una posesión fantasmal y perpetua de los reyes moros.

Decir Alhambra significaría decir por siempre: presencia árabe. Un enclave musulmán en una tierra fanáticamente cristiana, que valiente y dignamente habían conquistado y por la que habían luchado y muerto, defendiendo su gran ideal.

Las sombras de aquellos seguirían rondando eternamente dentro de esos muros, cual prisioneras del inagotable deseo de permanecer allí como dueñas absolutas.

—Qué extraño —se dijo Juana en voz muy baja—, cada vez que pienso en alguien o en algo, aparece en mi mente la idea obsesiva de la eternidad. De ese tiempo infinito sin principio ni fin. Tal vez porque ella significa la mediación entre dos mundos, el espiritual y el real. Como en los sentimientos, donde existe una atracción magné-

tica que no solo une a los cuerpos con las almas, sino con nuestros propios espíritus. ¡Qué extraño!

Quizá fue aquella búsqueda inconsciente y obsesiva dentro de su mente lo que le hizo estremecer.

Se levantó de la cama y sin hacer ruido se acercó a la puerta de la habitación contigua. La abrió suavemente y vio que su doncella dormía con total placidez. Entonces, colocándose una capa de lana sobre su largo camisón, se calzó unas gruesas medias para que nadie escuchara sus pasos y, tomando una vela, se encaminó hacia la puerta. Conteniendo la respiración para no ser oída, observó si algún guardia rondaba por las espaciosas galerías del palacio. Todos dormían vencidos por el cansancio. Presurosa cruzó frente a la puerta de la Sala de los Abencerrajes; entonces, sobre su espalda sintió la sensación del aliento helado de aquellas almas, trágicamente decapitadas, por sospechas de traición, en manos del rey Abulhasán. Se estremeció. ¿Acaso la muerte le estaba siguiendo?

Aceleró sus pasos, pero, al pasar frente a la fuente, la tenue luz de la vela iluminó pobremente el fondo y el agua hizo resaltar unas macabras manchas rojas.

Sintió miedo. Una fuerza magnética la atraía. Miró hacia el otro extremo del patio, donde se levantaba la Sala de los Reyes, y escuchó unos pasos que se acercaban. Apagó la vela y corrió a refugiarse tras el marco de una puerta. El centinela de guardia continuó su ronda y Juana, abriendo la puerta con cuidado, se escondió dentro de la Sala de Dos Hermanas. La blanca luz de la luna reflejó la imponente cúpula de mocárabes, produciéndole una sensación de especial encanto.

En puntillas, y tal como había llegado, se dirigió hacia el fondo del salón desde donde se abría el Mirador de Lindaraja.

El Palacio de los Leones se eregiría en el palacio de la intimidad y de los aposentos y vida familiar de los Reyes. Carecía de toda proyección al exterior y aquel era su único mirador. Juana se acercó sigilosa. Desde allí se abría una bella perspectiva del Albaicín y del Sacro Monte. Absorta, contempló la única vista de Granada que podía divisarse desde el palacio.

Algo relucía más que la propia luna, y le llamó la atención. Sobre uno de los minaretes brillaba una inmensa cruz de plata. Se persignó y comenzó a rezar en silencio, pero al volver la vista la cruz había desaparecido.

Entre sorprendida e incrédula dirigió su mirada hacia el Sacro Monte y allí vio plantadas otras cuatro cruces iguales a la anterior. Se refregó los ojos con desconfianza, pero al mirar nuevamente en la misma dirección todo había desaparecido.

Con el corazón agitado desanduvo el mismo camino y volvió a acostarse sigilosamente.

Debió quedarse dormida con un sueño ligero porque la despertó, hacia el amanecer, el suave canto del mirlo que daba la bienvenida a los primeros rayos del sol. Sentía su cuerpo destemplado y dolorido tras el cansancio de una noche de desvelos, entonces saltó de la cama y se dirigió a su secreter en busca de un pequeño cofre de madera de sándalo. Lo abrió y sacó de él un punzante y viejo cilicio. Desprendiendo su camisón, se lo colocó sobre la tersa piel de su cintura y, para que el dolor fuera más intenso, se acostó sobre las frías baldosas del piso. Los pinchos de hierro traspasaron su carne y, para darse ánimos y no claudicar, comenzó a rezar en voz alta.

Creía necesario prolongar aquella tortura por el bien de su alma, entonces comenzó a dar vueltas sobre sí misma, para que el dolor se tornara más agudo.

Entraba el alba por el horizonte, disolviendo las sombras y derramando fulgores de oro sobre todas las cosas. De pronto la puerta se abrió. La silueta de la Reina se dibujó al trasluz, inquisidora y oscura. Enmarcada en el claro resplandor que provenía de la galería se dirigió a Juana con severidad.

—¡Levantaos Juana, y responded si habéis dormido toda la noche sobre estas frías baldosas!

Observaba Juana asombrada la imagen de su madre sin escuchar su plática.

—Juana, ¿me habéis oído?

—Sí, madre, os he escuchado, y no he dormido en el suelo como tú presientes. Solo hago penitencia al alba, ¡porque anoche he tenido visiones!

—¿Qué visiones habéis tenido para que os torturéis de ese modo?

—He visto cruces cristianas reluciendo sobre las cúpulas y los montes de Granada.

—Debéis haberlo soñado.

—No madre. Algo me despertó y me atrajo hasta el Mirador de Lindaraja. De allí pude ver lo que os estoy relatando.

—Me sorprendéis, hija mía. Al alba he dado las órdenes al ejército para que reemplace las medialunas paganas por la Santa Cruz de Cristo. He dispuesto la fundación de tres iglesias en las principales mezquitas de la ciudad, que serán dedicadas a Santa María de la Encarnación; al apóstol Santiago, patrono de España; y a San Miguel. El cardenal Mendoza será el encargado de consagrarlas y dotarlas de cruces, vasos y ornamentos que yo habré de remitirle, porque los moros son los enemigos de nuestra fe católica y necesito recuperar los siete siglos perdidos de dominación musulmana.

—Tengo miedo, madre mía.

—¿A qué teméis Juana, si vuestras visiones son cristianas?

—No le temo a estas visiones.

—¿Entonces?

—Temo por las que vendrán, porque tal vez me anticipen los dolores de una vida para la cual no estoy preparada. Madre, ¿habéis tenido vos alguna vez una visión?

La Reina intuyó que aquella situación estaba tornándose demasiado complicada. Entonces, sentándose sobre la cama, invitó a Juana a hacer lo mismo.

—Hija querida, a lo largo de mi vida con frecuencia he tenido discernimientos e intuiciones que me han señalado el mejor camino a escoger. En aquellas ocasiones, sentía como la voz del mismo Dios que guiaba mis pasos. Pero visiones de las que vos me habláis, de las que han gozado los santos, no he tenido jamás.

—Es extraño. Lo que vos habéis ordenado hoy, yo lo he visto anoche ejecutado. Y mucho me temo que estas visiones anticipen a mis días dolores irremediables.

—No temáis Juana y escuchad mi consejo: acercaos con frecuencia al confesor y confiad en él vuestras angustias y desvelos. Nadie mejor que él para aconsejaros en nombre de Dios.

La Reina se sintió turbada por aquella conversación y una sombra fugaz cruzó por su mente: ¿por qué le desvelaba tanto aquella hija si era la más sana, la más fuerte? Sin embargo, sentía que era la que más la necesitaba. Juana, que la miraba, le sonrió.

—Madre, ¿en qué dirección vais?

—En dirección a vuestra alma, Juana.

—No, madre. Quiero saber cuál es el itinerario de vuestras actividades.

—Voy al Salón de los Embajadores. Me espera una audiencia con un navegante genovés.

—Dejadme que os acompañe.

—Daos prisa entonces, porque se me hará tarde.

Ayudada por su doncella, la Infanta se vistió con rapidez y partió junto a su madre por la galería del poniente. Después de algunos minutos, ambas mujeres ingresaron a la Sala de la Barca (nombre que provenía de la forma abarquillada de su bóveda), pero que, más bien, debía ser llamada Sala de la Bendición o de la Bienvenida, ya que era la antesala de las audiencias reales.

Isabel I de Castilla avanzó majestuosa, ataviada con un austero vestido color escarlata. Llevaba el acostumbrado velo blanco sobre sus dorados cabellos y un broche de plata ceñía el plisado inmaculado de un gran cuello.

Juana le seguía con pasos ligeros para no quedarse atrás. Su túnica gris oscura hacía resaltar aún más sus profundos ojos verdes.

El Salón de los Embajadores era un recinto amplio y uno de los más ricamente adornados de toda la Alhambra. Allí se encontraba el trono. Este salón había sido mudo testigo de uno de los momentos de mayor grandeza y de mayor desgracia del Reino nazarí. Desde aquellos balcones, dominadores de la ciudad y de la vega, contempló Boabdil el cerco cada vez más estrecho de las tropas cristianas. Desde allí también había visto alzarse, en el corazón mismo de la vega, la ciudad cristiana que fundara la Reina Isabel: Santa Fe, debiendo firmar el acta de capitulación de su reino.

Isabel avanzó iluminada por la clara luz del día y con la secreta esperanza de que aquella no iba a ser una audiencia como las demás. En el salón del trono le aguardaba el rey Fernando. Juana se sentó a los pies de los Reyes y desde allí observó la audiencia con mucha atención.

Fue durante aquella entrevista que Isabel tuvo la impresión, única y definitiva, que bajo el carácter serio y reservado de aquel navegante extranjero se escondía un potencial de grandeza. Tenía ante sus ojos a un hombre plenamente fiable destinado a hacer realidad todas las promesas latentes.

En su primera audiencia con los Reyes Católicos, acaecida en Córdoba en 1486, la proposición de aquel misterioso desconocido

había resultado interesante. Pretendía ir a alta mar, cruzar el océano siguiendo la dirección del poniente y descubrir una nueva ruta que llegara hasta las tierras que Marco Polo describía en sus viajes: Cathay (China), Cipango (Japón) y las Indias, ricas en especias y tesoros. Su demanda era apoyada con un razonamiento inaudito, ya que, al igual que muchas personas cultas de la época, admitía la esfericidad de la Tierra. Y esto fue lo que más deslumbró a la Reina. Según sus propios fundamentos nadie podría realizar aquel descubrimiento. Solo él había sido elegido por Dios para llevarlo adelante y por tal motivo se hallaba dispuesto a entrar al servicio de los Reyes de España.

Oídas sus explicaciones, los monarcas decidieron a su vez pasar aquellos proyectos a una comisión de estudios. De todos modos, por aquellos años nada podían hacer, dado que todos los recursos del Reino estaban destinados a solventar los gastos de la guerra emprendida contra el Reino granadino. Pero, conquistada Granada y resueltos algunos inconvenientes, los Reyes podían dedicar su atención a esta nueva y original empresa de Cristóbal Colón.

La buena estrella guiaba los pasos del Almirante, debido a que la corona de Castilla se hallaba por aquel entonces impregnada de la atmósfera expansiva que siguió a la conquista de Granada (lo que hizo que accediera sin complejos a financiar un proyecto que terminó costando relativamente poco dinero, si se compara con las empresas llevadas a cabo por los portugueses, en los años inmediatamente precedentes).

Casi un mes después, el 31 de enero de 1492, llegó a Roma la noticia de la toma de Granada. El Cardenal y Vicecanciller español del Vaticano, Rodrigo de Borgia, organizó fastuosas celebraciones. Por la noche, con el repique de las campanas y la ciudad iluminada como si fuese de día, aunque bajo una lluvia persistente, cientos de fieles siguieron al Cardenal por la Plaza Navona, con los cirios encendidos, hasta la iglesia española.

A la mañana siguiente las celebraciones continuaron. Los mensajeros venidos desde España hicieron erigir en esa plaza la construcción de una torre de madera en conmemoración de Granada, destinada a una representación para evocar la caída del último bastión musulmán. Las estatuas de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón se hallaban enmarcadas por un arco de triunfo, al pie del cual yacía el Rey Boabdil bajo un montón de trofeos.

El 5 de febrero, el cardenal Borgia brindó a los romanos unas corridas de toros, preparadas en la plaza de Testaccio, lugar predilecto para los festejos cortesanos, donde cinco toros inmensos, traídos desde los Lagos Pontinos, fueron largados al ruedo y muertos casi inmediatamente.

El año 1492 parecía ser el año clave para España. Se había logrado la tan ansiada reconquista, la caída de Granada había marcado el fin de la presencia árabe en la península y, si bien años antes se había permitido que los árabes permanecieran en los territorios reconquistados, el 31 de marzo, los Reyes de España obligaron a los árabes y a los judíos a convertirse o abandonar el territorio español, prohibiéndoseles llevar consigo algún objeto de plata o de oro.

Juana quedó profundamente impresionada. No solo la corona había triunfado sobre los infieles sino que, detentando el máximo poder adquirido, los expulsaba de su territorio. Muy pocos abjuraron y unos trescientos mil se exiliaron en Italia, Portugal y el norte de África. Los Reyes determinaron que quien no quisiera convertirse al catolicismo debía salir de España. Árabes y judíos tuvieron que abandonar la península o convertirse, dando origen en esta ocasión al término «converso».

El 17 de abril de 1492, tras casi tres largos meses, los Reyes llegaron a un acuerdo con Cristóbal Colón, firmaron las Capitulaciones de Santa Fe accediendo a todas sus pretenciones, a la financiación de sus viajes y al reparto de sus descubrimientos. La historia demostraría posteriormente que aquella decisión sería la más importante de todo su reinado. Los Reyes y su Corte se quedaron en Granada hasta los primeros días de junio, en que partieron para la Pascua del Espíritu Santo a Córdoba, que fue, en aquel año del Señor, el 10 de junio.

El 18 de agosto de ese mismo año se publicó la primera gramática de una lengua romance (la de Antonio de Nebrija, importante latinista), fijándose el 19 de agosto (un día después) como fecha límite para que los judíos abandonaran España.

Los Reyes Católicos habían conseguido, en diez años de su reinado, lo que por siglos no se había logrado. La religión católica se imponía sobre las otras y el drama estaba recién por comenzar.

No es aventurado suponer que Colón, al zarpar hacia América aquel 3 de agosto, tuviera en su tripulación varios judíos (conversos o no). La intolerancia de los Reyes al expulsar a los judíos de España

significó el quedar sin financieros y sin grandes hombres de letras (así como, al expulsar a los árabes, se había quedado el Reino sin agricultores). La importancia lingüística de este hecho fue enorme, pues los judíos sefardíes que se establecieron en el norte de África y en los Balcanes llevaron consigo y conservaron la lengua.

El 12 de octubre de 1492 Cristóbal Colón tropezó sin saber con América y España se encontró de pronto con un Imperio de verdad. Un Imperio que no había sido deliberadamente planeado, sino producto de la pura casualidad, y que se presentaba como un nuevo desafío. Un modo de vengar rotundamente las viejas rivalidades militares y religiosas entre la cristiandad y el Islam, cuyos límites estaban claramente trazados y cuya relación normal había sido siempre la guerra.

El nuevo mundo emergía produciendo un cambio en la balanza de las fuerzas, a pesar de que ningún Reino de la Europa occidental tuviera entonces una organización capaz de administrar posesiones lejanas. España podría llevar la fe cristiana, el comercio y las armas a otros confines jamás soñados.

# IV

# LA ALIANZA MATRIMONIAL

Por una bula papal, Isabel tenía la facultad de elegir, entre todas las Órdenes Religiosas, los prelados que estuvieran más capacitados para brindar una buena formación a sus infantes.

Entre los preceptores encargados de la esmerada educación de los jóvenes Príncipes de España se destacaban: Beatriz Galindo, llamada La Latina por ser profesora de tan noble lengua, la cual era, además, esposa de Francisco Ramírez, secretario del rey Fernando. Tenía un profundo conocimiento, además, de todos los clásicos y había sido profesora y camarera de la reina Isabel.

La lista continuaba con el franciscano fray Pedro de Ampudia, quien había dirigido los estudios de la princesa Isabel. El dominico fray Andrés de la Miranda, que era el preceptor de las infantas Juana y María. El preceptor Alessandro Geraldini, un italiano oriundo de la Umbría y devoto de San Francisco de Asís, dirigía los estudios de las infantas María y Catalina y, junto a Pedro Mártir de Anglería y Lucio Marineo Sículo, formaban a los Infantes en las ciencias y los buenos principios. Luis Vives era otro de los preceptores de los jóvenes príncipes y el que seguiría a Catalina cuando partiera hasta Inglaterra. La formación del príncipe Juan recaía principalmente en manos del dominico fray Diego de Deza.

Pero de todos ellos, Geraldini era el preferido de la Reina, por su notoria piedad. En las largas noches invernales animaba las veladas leyéndole a los Infantes *Il Cantico di Frate Sole* o *Laudes Creaturarum*, escri-

tos por San Francisco en 1225, o *I Fioretti di San Francesco*, del año 1390, de autor desconocido. Libros que con el transcurso del tiempo fueron despertando en la fervorosa Juana una profunda devoción.

Siempre cercana al sentimiento de culpa, por no poder ser como ella pensaba que su madre deseaba, y siendo esta la causa de un conflicto interior que la abrumaba, Juana pasaba por algunos períodos de tristeza y rebeldía, sin causa aparente para quienes la rodeaban.

Por momentos, aquel sentimiento de disgusto llegaba a transformarse en sentimiento de odio, dentro de aquel noble corazón adolescente que tanto afecto reclamaba. El examen de conciencia que fray Diego de Deza solía aconsejarle era un aliado de la enemistad que sentía contra sí misma. De la Orden de Santo Domingo, aquel religioso era profesor de teología de la Universidad de Salamanca y confesor del rey Fernando (además de preceptor de Juan, Príncipe de Asturias).

Sin embargo, Juana no le prestaba la más mínima atención, gracias a la facilidad de abstracción que con frecuencia practicaba. Aunque, dentro de sí, sentía un hueco que no llenaba, ni la imagen de Dios, por quien se desvelaba, ni las ideas que entretenían sus desvelos.

En busca de una utópica felicidad dentro de una corte austera como la española, donde aquella palabra no se mencionaba jamás, porque no estaba permitido para el alma disfrutar del placer sino solo del deber, pasaba la Infanta sus días. Había que desconfiar siempre de la felicidad, porque, según diría Tomás de Torquemada: «Es pecado complacerse en cualquier deseo terreno. Es pecado aceptar el placer». Y así fue que Juana, resuelta siempre en soledad y en aborrecimiento de su propia imagen, fue ganando fama de mística. Si bien por momentos era verdad que se amaba a sí misma, también sentía con frecuencia que el amor que se profesaba se iba transformando en disgusto y, a fuerza de conversar con espectros y de estrecharlos entre sus brazos, sentía que ella misma se iba volviendo un fantasma. Su ocupación predilecta pasó a ser, por entonces, la excitación deliciosa que le procuraba la búsqueda de la perfección inalcanzable, cuyo medio consistía en azotarse en secreto.

Y fue al observar todo aquello que la reina Isabel, preocupada por el comportamiento de esta hija, nombró a don Diego Ramírez de Villaescusa capellán y confesor de la Princesa. Con el tiempo, aquel

sacerdote sería el único oído atento que durante el transcurso de los años escucharía con afecto, paciencia y comprensión las angustias que dominaron a Juana.

Al igual que todos los miembros de la Casa Real, el padre Diego había sido elegido con el más escrupuloso cuidado. En adelante sería el responsable de una tarea nada fácil: guiar la conciencia de una de las infantas de España, destinada, al desposarse, a defender los intereses de la corona en algún reino lejano.

En las primeras confesiones Juana no se sintió bien. Presentía que no se trataba de resolver el caso íntimo de su conciencia, sino de un asunto mucho más trascendente que estaba tomando estado público. Por tal motivo, la intervención del aquel sacerdote asumió inmediatamente la forma de un proceso de intimidación moral.

—¡Madre!, ¡todos vosotros me queréis someter, no convencer! —reclamó Juana contrariada. La Reina que la escuchaba en silencio se levantó de su poltrona; disgustada y sin dar explicaciones traspasó el umbral sin saludarla.

¿Qué hacer entonces? Entre lúcida y confundida, Juana terminó por escoger la solución extrema y, como la heroína de su libro, decidió tentar al destino confiándose al padre Diego. Tal vez su madre no se equivocaba y ella necesitaba un guía espiritual para su alma. Esa alma suya que se debatía entre las incertidumbres y los tormentos.

El sacerdote se sintió muy complacido al enterarse del paso dado con mucho esfuerzo por Juana y reflexionó acerca de aquella célebre frase de Aristóteles: «El primer paso es el que cuenta. Los primeros principios son tan pequeños y difíciles de advertir como poderosos en influencias, pero cuando se han hallado, es fácil añadir el resto». Con Juana, tal vez resultara fácil añadir el resto.

Aquello era un buen comienzo. Al sacerdote le agradaba la inteligencia de la Infanta. Sobre ella convergían la astucia y el ingenio de su padre y la fe instintiva, terca y militante de su madre, y aquella conjunción de virtudes se veía coronada por el severísimo sentido del deber y de la corrección.

En el primer encuentro entre el padre Diego y Juana, la Reina les presentó y, para entrar en confianza, el sacerdote solo habló de cosas intrascendentes, mientras Juana permanecía en silencio escuchando atentamente y observando todos sus gestos.

Una semana más tarde, la Infanta acudió a la capilla real dispuesta a confesarse. De rodillas ante el confesionario fue interrogada por el clérigo, también de rodillas ante ella debido a su alcurnia.

—Princesa, ¿cómo marcha vuestra vida interior y qué pecados debéis confesar?

—Os lo diré padre, pero antes deberéis prometerme responder a una inquietud que me desvela la mente y el alma.

—Os lo prometo. Decidme Alteza, ¿qué os aflige?

—Quiero saber si lo que yo os confíe en el confesionario permanecerá solo en el secreto de vuestra conciencia.

—Sí, y para siempre. Ningún sacerdote puede divulgar un secreto que se le ha confiado en el confesionario. Porque no es a él a quien se lo confían, sino al propio Dios a quien está representando.

—Me siento más tranquila y, por lo que acabáis de decirme, voy a confesaros que soy una persona muy rigurosa conmigo misma. A diario realizo un profundo examen de conciencia y la práctica no menos constante de la oración. Pero lo primero pertenece más bien a la conciencia moral y tiene un significado eminentemente práctico; no es una meditación sobre los misterios y verdades espirituales, sino una rigurosa contabilidad moral. El examen de conciencia es un ejercicio para conservar ágil el alma y prepararla para los combates de la vida diaria. La oración a su vez participa del rito y es la parte imprescindible de ese conjunto de prácticas que me unen con el mundo material por un lado y con el sobrenatural por el otro. Castigo mi cuerpo, humillo mi inteligencia y hasta renuncio por épocas al precioso don de la palabra, mortificándome. Todo esto lo hago para agradar a los dos seres que más amo en la vida: a Dios y a mi madre. Cuanto más cerca de Dios me siento creo que más cerca de ella me encuentro y estoy segura de que la oración y la mortificación son las dos alas con que vuela mi espíritu hasta la cumbre de la perfección y de la unión con Dios.

El padre Diego quedó totalmente sorprendido con aquella confesión, pues no se la esperaba. La Infanta era muy inteligente, pero demasiado compleja.

—Princesa, creo que lleváis una vida espiritual demasiado intensa, por la cual debo felicitaros. A Dios le halaga lo que hacéis, pero os recomiendo más oración que castigos. Tratad a vuestro cuerpo con dignidad, puesto que él es un templo del Espíritu Santo.

La belleza es santa y procede de Dios. Y así, de la misma manera que es legítimo perfumar con incienso las iglesias y engalanarlas para el Señor, también, Princesa, debéis cuidar y engalanar vuestro cuerpo para servir de ejemplo a quienes os rodean; siempre y cuando todo sea hecho con moderación y buen gusto.

El padre Diego hizo la señal de la cruz sobre la frente virginal de Juana y mientras pronunciaba la oración de la absolución de los pecados ella sintió que un gran peso iba saliendo de su alma y que la alegría comenzaba a instalarse dentro de su corazón.

Sin duda, Juana era la más sana y fuerte de todos los hijos de los Reyes. De gran inteligencia, había asimilado sus estudios con una rapidez que asombraba, así como la fluidez con que hablaba el portugués, el francés y el latín satisfacía a sus preceptores. La Reina había ordenado, en aquel año del Señor de 1495, que Juana comenzara a estudiar, además, el idioma alemán, pensando ya en el futuro matrimonio de la Infanta con el Archiduque de Austria. A Juana le agradaba, también, ejecutar en los ratos libres el clavicordio y la guitarra y le alegraba bailar y cantar. Era una excelente amazona, como su madre y, de todas las princesas de Castilla, era la que mejor bordaba.

La hora estaba próxima. Juana se encontraba preparada para desposar a Felipe de Habsburgo y era tiempo de notificarla.

Era una siesta del mes de mayo. Los capullos se abrían bajo la intensa luz de la tarde y un aroma a miel y a duraznos maduros se escurría por los bellos arcos lobulados de las ventanas. El aire tibio se esparcía, impregnando todo de aquel agradable perfume y convidando al reposo. Bajo la fresca sombra de los altos techos, dentro de la sala despojada de mobiliario y acomodada en una silla, Juana leía en el *Libro de las Horas* sus oraciones cotidianas. Entre angelical y simple, vestida con una túnica de lienzo, parecía más una sencilla y bella campesina que una princesa de la Corte castellana.

Apenas la puerta se abrió, la voz de la Reina retumbó en la estancia.

—Juana.

—¿Madre?

—Os ruego dejéis las lecturas para más tarde y escuchéis lo que voy a deciros con mucha atención.

—¿Vais a retarme?

—Hoy no. Aunque debería hacerlo, pues sigues con las mortificaciones.

—¿Entonces?

—Vengo a hablaros de algo muy especial para vuestra persona y muy importante para estos reinos.

—No estoy con lecturas, madre, sino con mis oraciones. Pero ¿a qué se debe tanta urgencia?

—Se debe a vuestra boda.

—¿Mi boda?

—Como lo habéis oído, Juana. Os váis a casar con Felipe de Habsburgo, Archiduque de Austria, Rey de Borgoña y de los Países Bajos, hijo del emperador Maximiliano I.

—¿Y cuántos años tiene ese rey con tantos títulos?

—Apenas un año más que vos, querida Juana.

—Lo que acabáis de comunicarme, madre, me deja confundida. Sabía que algún día debería desposarme, pero no esperaba hoy esta noticia. Y es que no sé qué deciros. Tampoco sé si quiero reír de alegría o llorar de pena. No sé bien si soy la más feliz o la más desdichada de las princesas.

—¿Y a qué se debe vuestra confusión, hijita mía?

—Se debe a que, al ser desposada por un rey extranjero, deberé dejar estos reinos para siempre y marcharme lejos de vosotros.

—Nada debéis temer, Juana. Es el mejor destino que puede tocar en suerte a una hija mía. ¿O acaso deseabais entrar de monja en un convento?

—Daría lo que no tengo por quedarme, madre.

—No me pasa inadvertida vuestra angustia, Juana.

Madre e hija se abrazaron muy fuerte. El sufrimiento parecía insoportable. Ambas sabían que algún día llegaría ese momento. Lo presentían. Y con los plazos cumplidos había llegado el tiempo de los arrepentimientos. Nunca antes la Reina había tenido tiempo para abrazar a su hija. Aquella hija que tendría que partir hacia un reino desconocido, dejándole de pertenecer. Justo cuando ella comenzaba a sentirse vieja y su corazón se estaba enterneciendo. Pero era tarde. Jamás volvería a recuperar para sí la inocencia de aquella infancia, que a partir de aquel día se convertiría en adultez. «Nada es para siempre» se repetía la Reina mientras estrechaba entre sus brazos aquel cuerpo destinado a los fuertes brazos de Felipe de Habsburgo.

Tal vez, Juana se dejara amar y ella recuperara el tiempo perdido. Pero sabía muy bien que todo aquello que se había ido para siempre, como los años perdidos, junto a los besos y abrazos postergados, nunca más volvería de igual modo.

Permanecieron abrazadas por un largo rato, consolándose mutuamente.

—Madre —dijo Juana con los ojos rojos por el llanto—, dime algo de mi futuro rey.

—Bien, hija. Cuando murió su madre, vuestro rey solo tenía cuatro años de edad. Su padre ejerció la regencia sobre los dominios maternos hasta que alcanzó su mayoría de edad, convirtiéndose en el heredero del emperador Maximiliano I de Alemania.

—Sus dominios no me interesan. Pero de su apariencia, madre, ¿qué sabéis?

—Lo que vuestro padre y yo sabemos, Juana, es que cuantos le conocen le llaman El Hermoso. Dicen que posee un carácter afable y que es muy alegre.

—Ojalá sea digna de su belleza y llegue a amarme. Pues mi mayor desdicha sería casarme con un hombre que jamás pudiera sentir amor por mí. Porque si me enamoro de él y no soy correspondida, mi vida se transformaría en un infierno.

—Te amará Juana, no tengáis miedo. Y vos también le amarás. El amor surgirá entre vosotros, al igual que se enamoró vuestra hermana Isabel cuando la destinamos al heredero del trono de Portugal para que defendiera en el reino vecino la divisa de España. También vuestras hermanas menores partirán algún día para desposarse. Catalina será destinada a Inglaterra, al haberse concertado la alianza matrimonial con el príncipe Arturo, futuro rey de Gran Bretaña. Juan heredará nuestros reinos y habrá de desposar a vuestra futura cuñada, Margarita de Austria, quien será algún día la futura reina de Castilla, así como vos, Juana, lo seréis de Borgoña, Flandes y Austria.

—Madre, creo que me muero.

—Advierto tu desamparo, Juana, pero nada os sucederá.

La Infanta guardó silencio. La Reina volvió a marcharse y Juana se sintió embargada por la tristeza de la partida. Aquella partida que algunos meses más tarde tendría que realizar, definitivamente. Y ante lo desconocido, la angustia y la melancolía volvieron a invadir su alma.

Su cuerpo partiría, mas su corazón quedaría flotando entre aquellos muros donde había vivido. Entonces pudo comprender las angustias de su hermana Isabel, cuando, al cumplir los veinte años (ella apenas tenía once), partió hacia Portugal para casarse. Pensó en ella. La llamaría. Tal vez Isabel acudiría para tranquilizarla y darle los consejos que necesitaba. Pero su hermana mayor tenía sus propios problemas y mucho más graves que los suyos. Se había desposado con el heredero al trono de Portugal, el príncipe Alfonso, hijo del rey Juan II y nieto de Alfonso V, y llegó a amarlo con toda su alma, como a veces ocurría en esos casamientos concertados por la conveniencia de los reinos, pero ocho meses después su esposo moría al caer del caballo en una cacería, en los bosques del palacio lusitano. Viuda y desconsolada había regresado a España con una historia trágica en su haber. Deseaba recluirse en soledad para llorar calladamente al que había sido su esposo tan amado, pero los reinos españoles estaban en plena expansión y no había tiempo de tolerancia para el consuelo. Los Reyes eran escuchados con respeto en todo el mundo conocido y nadie (mucho menos sus propios hijos) podía escapar a las severidades del sistema.

Isabel se sentía presionada por sus padres y por una corte española ambiciosa y exigente que intentaba, por todos los medios, comprometerla nuevamente en matrimonio con el flamante heredero del reino portugués, el príncipe Manuel, primo del difunto Alfonso.

Durante seis años permaneció viuda y, unos meses después de que se celebrara el enlace de Juana y Felipe, volvería a casarse. Esta vez con Manuel I, El Afortunado, rey de Portugal.

Juana también pensó en María, la hermana que le seguía en orden descendente, pero era una adolescente a la que no podía pedirle consejos ni consuelo. Sus pensamientos volaron después hacia Catalina, quien tenía la misma edad que ella cuando se había casado Isabel. Prometida al príncipe Arturo, el heredero del trono inglés, algún día llegaría a ser la Reina de Inglaterra con el nombre de Catalina de Aragón. Pero solo tenía once años de edad y no comprendería. Ella solo deseaba continuar siendo la más pequeña y mimada de todos los Trastámara.

Naturalmente, Juana nada había tenido que ver con aquella concertación matrimonial que se había llevado a cabo a través de un frío y lejano tratado, destinándola, casi desde su nacimiento, a convertirse en una pertenencia perpetua de Felipe de Habsburgo.

—No olvidéis —le había dicho su madre antes de marcharse— que la política exterior es el arma fundamental para contribuir a un pacífico mantenimiento del Reino y cuantas más alianzas se realicen para beneficiar a España, mayores serán nuestro poder y dominios.

Pero a esta altura de las circunstancias lo que menos hacía Juana era pensar en España. Solo pensaba en Felipe.

Por su parte, tampoco Felipe había sido consultado oportunamente sobre el contenido y el propósito de aquel tratado matrimonial y su trascendencia en la política internacional de su reino. Tanto Juana como él, solo habían sido las piezas claves del tablero de ajedrez que conformaban las naciones, y cuyos reyes habían jugado de acuerdo a sus estratégicas conveniencias. Tan estratégicas y esenciales como los propios sellos dorados que otorgaban la validez real a los tratados.

Durante la primavera de aquel año de 1495, la Corte itinerante de los Reyes Católicos se trasladó a Villa de Almanzán. Debían supervisar la construcción de la flota que llevaría a Juana a Flandes para ser desposada con el hijo del Emperador, que se estaba construyendo en los astilleros cantábricos.

Seis meses después de aquella conversación que mantuviera Juana con su madre respecto a sus esponsales, y sobre los finales del año, llegó a Valladolid, procedente de Alemania, el representante de Felipe de Habsburgo, a los efectos de celebrar por poder la ceremonia de los esponsales. Una vez realizado el casamiento, los Reyes podrían enviar a Juana a su nuevo destino de Reina en Flandes y a los brazos de su desconocido esposo.

En la más completa privacidad se llevó a cabo la ceremonia. Juana se arrodilló sobre un almohadón escarlata frente al altar de la catedral, haciendo lo mismo el representante del Archiduque. Aquella celebración, a pesar de no encontrarse presente Felipe, era igualmente valedera al estar reforzada por un solemne tratado firmado por el emperador Maximiliano y el rey Fernando.

La Familia Real en pleno presenció el acontecimiento con la sensación de una segura tranquilidad. No solo habían logrado conquistar el corazón de Austria, sino que además acababan de realizar una gran jugada diplomática. La nodriza de Juana, María de Santiesteban, acabada la ceremonia, se abrazó a la Infanta y rompió en sollozos. Sabía que aquella era la despedida definitiva de quien, en su corazón, era considerada una hija.

A partir de aquel momento, Juana y Felipe quedaban indisolublemente unidos y su separación sería ya imposible. Las presiones combinadas de la política con sus solemnes convenios y las mutuas promesas sagradas realizadas ante la Iglesia, sumadas a la fuerza de sus formidables ejércitos y a las flotas de guerra de ambos reinos, unían a la Infanta de España y al Archiduque de Austria tan estrechamente como lo estaban los sellos a los tratados.

El apoderado del Archiduque era un caballero entrado en años, algo gordo y aburrido que hablaba solo alemán. Juana había tenido que ocultar una sonrisa ante el tragicómico intento de aquel hombre, al querer pronunciar en español la fórmula del ritual; pero, con grandes dificultades, había logrado leerla sin omitir ninguna frase.

—«Yo, Felipe de Austria, Duque de Borgoña, Conde Palatino del Rhin, Archiduque del Sacro Imperio Romano Germánico, os tomo y acepto a vos, Juana, por legítima esposa...»

La impresionante lista de títulos de su consorte descubrió a una Juana asombrada, aunque algunos de ellos eran discutibles, otros representaban menos de lo que significaban, varios eran cuestionados y solo unos pocos ostentaban un real y verdadero valor. En cambio, los títulos de Juana eran sólidos e indiscutidos y abarcaban todo un mundo recientemente descubierto que se extendía más allá del confín de los mares.

—«Yo, Juana, Infanta de España y Princesa de las Indias de ultramar, os acepto a vos, Felipe...»

Aquellas palabras simbolizaban un rito más dentro de la ceremonia y poco significaban para Juana, que solo sabía por boca de su madre y de doña Beatriz Galindo, La Latina (consejera de la Reina y preceptora de los Infantes), que a su Felipe le llamaban El Hermoso.

Con los ojos cerrados, Juana no pensó durante aquellos instantes en el obeso apoderado alemán que tenía a su lado, sino en aquel esposo que la esperaba en Flandes. Debía ser realmente hermoso, autoritario y majestuoso. Así se lo estaba imaginando. Y así deseaba que fuera.

En los dos meses que siguieron a la boda por poder, y antes de que sus padres la embarcaran definitivamente hacia su nuevo destino, Juana no hizo otra cosa que encargarse de explorar detenidamente aquel título de «Hermoso" que tanto la intrigaba. De todos los títulos que ostentaba Felipe de Habsburgo, aquel era el único que había

obtenido por sí mismo, sin haberlo heredado, no pesando sobre él la más mínima sospecha de ilegitimidad.

Por aquellos días, Felipe le envió su retrato, pintado de una manera tan fiel que solo faltaba que aquella figura hablara. La Infanta terminó de enamorarse perdidamente de él, descubriendo además que «Hermoso», no solamente significaba bello, sino que al mismo tiempo simbolizaba alegre, glorioso, noble, magnífico, justo y afable. Y como si todo esto fuera poco, para una princesa que nunca había soñado en poder casarse por amor, también era fuerte, de perfectas facciones y elegante como debía serlo un caballero. Descendía de una estirpe donde abundaban las buenas cualidades, haciéndolo demasiado deseable para toda la corte femenina de Europa.

De sus antepasados maternos, descendientes de la Casa de Valois, llegaba aquella excepcional lista de virtudes, como un regalo de bodas magnífico para la joven infanta.

De Juan II, El Bueno, Rey de Francia, había heredado la popularidad. De su chozno, Felipe, El Atrevido, Duque de Borgoña, casado con Margarita de Males, su diplomacia y su consumada habilidad. Aquel antepasado había obtenido, por alianzas, los condados de Flandes, Artois, Nevers y el Gran Condado. De su tatarabuelo, Juan Sin Miedo, Duque de Borgoña, había heredado la acción. De su bisabuelo Felipe, El Bueno, también heredó sus cualidades de estadista y la fuerte complexión, la elegante apariencia y el porte altivo y seductor. No solo belleza heredó de él, sino los territorios de Namur, Hainaut, Holanda, Zelanda y Frisia, el Brabante y Limburgo, Luxemburgo, Amberes y Malinas.

De su abuelo, Carlos El Temerario, cuarto duque de Borgoña de la Casa de Valois, recibió en herencia el espíritu caballeresco, sus ojos claros, su pasión por la música y la palabra precisa, fácil y bien timbrada. De su madre, María de Borgoña, el trato afable y cordial, y de su padre, Maximiliano I, la belleza, la bondad, pero también la decisión, la disciplina y la energía.

Respaldado por el Imperio más grande de Europa occidental y dueño de aquella conjunción de virtudes, Felipe de Habsburgo se había transformado en el partido más codiciado de la realeza europea.

Su padre, Maximiliano I, príncipe de la dinastía de los Habsburgo, coronado soberano de Alemania, y rey de los romanos en 1486, fue revestido en 1493 de la dignidad imperial, año en que

también se proclamó la mayoría de edad de Felipe. Maximiliano soñaba con poder llevar el Imperio a su máximo esplendor. El «último caballero», como le llamaban, estaba muy bien dotado: era vivaz y enérgico y su personalidad una de las más atractivas. Influía en la opinión pública por medio de manifiestos y otros escritos. Se interesaba por todo y estaba siempre atento hasta en los mínimos detalles. En su corte se reunían escritores y sabios, artistas y músicos. Alentaba sus trabajos con el más vivo entusiasmo, sin carecer no obstante de sentido crítico. Y en aquel ambiente había crecido Felipe.

La carrera aventurera de Maximiliano I había comenzado de manera muy romántica. Como un auténtico caballero, en 1477 había acudido en socorro de su prometida, María de Borgoña, quien después de la muerte de su padre, Carlos El Temerario, pidió su ayuda para luchar contra el Rey de Francia, Luis XI. Revestido con su armadura de plata y oro, ceñida la frente con una diadema de perlas y gemas, Maximiliano I hizo su entrada en Gante, montado sobre un magnífico caballo de guerra. Decía la gente que nunca se había visto un príncipe tan hermoso. El matrimonio fue celebrado sin dilación alguna y, dos años después, Maximiliano lograba la victoria de Guinegate sobre los franceses.

Su vida había sido rica en toda clase de aventuras pero, según sus propias palabras, «nada podía compararse a su primer encuentro con la Corte de Borgoña». Allí encontró cuanto soñaba en su juventud (pese al ambiente tan sencillo en que había sido educado), el boato, la abundancia y el espíritu romántico y caballeresco. Allí se sentía completamente feliz, idolatrando a su joven esposa y no dejándola un solo instante. Juntos iban de caza, daban fiestas espléndidas, organizaban torneos, leían relatos de antiguos caballeros y princesas; él le enseñaba alemán y ella a él, francés. De aquel amor habían nacido sus dos hijos: Felipe y Margarita.

Este idilio tuvo un epílogo tan inesperado como trágico. En el transcurso de una partida de caza, María cayó del caballo y murió días después a consecuencia de las heridas. Para Maximiliano fue un golpe terrible del que tardó mucho en reponerse. Con el tiempo, cuando recordaba los años vividos junto a ella, caía sumido en una profunda melancolía. Conservó siempre, en lo más íntimo de su ser, las impresiones recibidas en esa época de juventud.

En 1490 solicitó la mano de la duquesa Ana de Bretaña, pero el delfín Carlos VIII, habiendo rechazado la mano de su hija, Margarita de Austria, con quien estaba comprometido, contrajo matrimonio con la Duquesa, quien, a su vez, rompió su compromiso con el Emperador. En 1493 contrajo enlace con Bianca Sforza de Milán y aprendió, entre otras cosas, a considerar a Francia como su mayor enemiga, convirtiéndose la lucha contra los franceses en uno de los ejes de su política. Aquel legado pasaría a manos de su hijo Felipe, El Hermoso, nacido y educado para ser emperador.

El 10 de agosto de 1496, nueve meses después de aquella ceremonia de esponsales en Valladolid entre Juana y el representante del Archiduque de Austria, una comitiva, encabezada por la reina Isabel I de Castilla, partió hasta el puerto de Laredo para despedir a Juana, que se embarcaba hacia Flandes. El rey Fernando fue el gran ausente en la despedida de Juana, pues en julio había tenido que partir de prisa hacia Cataluña, dado que los franceses habían invadido, en el mes de junio, Perpiñán.

Al llegar a Laredo, un fuerte viento agitaba las aguas y la espuma de las olas se esparcía furiosa revolviendo los guijarros y la arena. Fue entonces cuando la Infanta sintió en lo más íntimo de su ser el golpe seco y duro de la despedida y un dolor muy profundo se instaló en su pecho, para no abandonarla. Ella partiría a Flandes, pero estaba segura que su corazón quedaría para siempre en Castilla, enredado entre la fresca hierba de los arroyos, en los altos muros de sus castillos, en la soledad de sus mesetas y en la amplitud de sus cielos infinitos. Entonces, tomando valor, le susurró a su madre en el oído:

—Creo que no podré partir. Temo que no voy a poder soportarlo.

La Reina la contempló con melancólica tristeza y, acariciándole tiernamente los cabellos, la interrogó:

—Juana, ¿a qué se debe vuestra pena? ¿o es que habéis olvidado que un esposo ansioso os espera en Flandes para convertiros en su reina y señora?

—Entonces, madre, ¿por qué mi alma siente tanta tristeza, cuando mi corazón debería saltar de gozo?

—La tristeza se agranda por el momento de nuestra despedida. Pero no temáis, hija mía. Vos estáis destinada a ser más feliz que yo. Vuestra vida será más tranquila y vuestro pequeño Reino de Flandes y el Ducado de Borgoña estarán completamente seguros. Yo tuve que

luchar junto a vuestro padre para lograr esa seguridad en España. En lo que respecta a vuestras esperanzas, por el lado de los Habsburgo, el cargo de emperador es electivo y no es seguro que Felipe llegue a ostentarlo algún día, con lo cual viviréis felices, rodeados de los hijos que Dios os mande. Vuestra vida en aquel reino será como un cuento de hadas. En cuanto a España, vuestro hermano Juan será quien ciña esa corona, cuando vuestro padre y yo dejemos el mundo de los vivos.

—¡No me habléis de la muerte, madre! ¡No olvidéis que os necesito!

—Lo sé, mi pequeña. Pero me siento cansada y los años comienzan a pesarme. Es hora de ir pensando en dejar el lugar a nuestros hijos. Debéis recordar, Juana, que nada en este mundo es para siempre.

—Entonces, madre, puedo considerarme más afortunada que vos. Mi cabeza nunca se verá recargada con el peso de las obligaciones y coronas. Es lo que siempre he deseado. Sin embargo hubiera preferido permanecer en España, vivir como una duquesa en un pequeño castillo cuidando de mi esposo y de mis hijos, lejos de las intrigas y el poder. Bien sabes, madre, que no tengo ambiciones de reinar.

La reina Isabel sonrió y, abrazándola, le habló casi en secreto.

—Mucho me temo, hija mía, que vuestra vida no habrá de ser tan tranquila como acabáis de imaginarla. Seréis reina, como corresponde a cada uno de mis hijos y si esa es la voluntad de Dios. Pero debéis estar serena porque los asuntos flamencos serán apenas una ligera carga sobre vuestros hombros. Atrás han quedado los tiempos en que las reinas íbamos a la guerra bajo armaduras de acero. Así os llevé seis meses en mis entrañas bajo la férrea armadura, sin que vuestro padre lo sospechara. Solo os deseo, hija querida, días de miel y de rosas, pero, por sobre todo, deseo la paz para vuestro reino.

—Os agradezco los buenos augurios, madre. Pero me entristece pensar que ya no escucharé vuestra voz rectora, ni vuestros sabios consejos.

—¡Os escribiré, Juana!, ¡y vos también nos escribiréis! Siempre estaré a vuestro lado. Jamás os abandonaré.

—Prometédmelo, madre.

—Os lo prometo, Juana.

Y aquella promesa fue para la Reina un mandato de primordial cumplimiento.

Dos días esperaron en Laredo, madre e hija, hasta que calmara el temporal que se había desatado y la flota pudiera zarpar hacia Flandes. El mar embravecido parecía negarse a trasladar a Juana hacia su nuevo destino. Aquel ancho camino azul, que la llevaría definitiva e imperativamente hacia su nuevo reino y su soñado palacio, parecía desbordado por la furia de la naturaleza. Escoltada por ciento treinta navíos, un ejército de veinticinco mil soldados y un cortejo de más de mil personas, Juana iniciaba el viaje al mando del gran capitán de la armada española, Almirante Mayor de Castilla, don Fadrique Enríquez.

Por primera vez, la austeridad característica de los Reyes españoles había sido dejada de lado y, por una orden explícita de sus Majestades, la flota navegaría muy cerca de las costas de Francia y de Inglaterra. Así, avistada por ambas naciones, nadie se atrevería a poner en duda el poderío español.

A fin de no exagerar en los gastos del traslado, los Reyes habían acordado que tanto Juana como su futura cuñada Margarita de Austria no aportarían ninguna dote a sus coronas consortes, porque, al salir una e ingresar otra, la diferencia sería nula por compensación y no habría necesidad de otorgarlas. Además fue acordado que los gastos ocasionados por cada una de las princesas estarían a cargo de sus respectivos esposos, a la vez que la flota española sería aprovechada al regreso, para conducir a su nuevo destino de reina, a la futura esposa de Juan, Príncipe de Asturias: la princesa Margarita, hermana de Felipe de Habsburgo.

Sobre el muelle y con un fuerte viento que aún no había cesado del todo, Juana y su madre se abrazaron por última vez. Parecía que ambas querían retenerse para siempre en aquel desprendimiento inevitable. En ese abrazo, Juana sintió revivir a la niña de antaño, desprotegida y distante de aquellos besos maternos, esperados en vano tras las murallas de los castillos. Su infancia había terminado y, desde aquel instante, sería imposible volver a revivirla en las lejanas tierras de Flandes. Isabel experimentó el tremendo dolor de perder su presencia de repente y tal vez para siempre.

—No lloréis, hija mía. Yo solo quiero que seáis feliz. Os deseo toda la felicidad que merecéis y de la que os he privado mientras

luchaba por mis reinos en las guerras de la reconquista y de la unificación.

—Os extrañaré madre.

—Por favor, Juana, escribidme y mantenedme informada de cuanto os acontezca.

—Sí, madrecita, así lo haré. Adiós, jamás os olvidaré. Besad en mi nombre a mi padre y a mis hermanos y diles que siempre les amaré. Que los llevaré dentro de mi corazón, siempre. Siempre, madre, siempre. ¡Adiós!, ¡no me olvidéis!

—Y vos iréis en el mío, hija querida. Ved con Dios y que Él os acompañe toda la vida. ¡Adiós!

Volvieron a besarse. Juana dio media vuelta y se secó las lágrimas con su pañuelo. Una ráfaga de viento helado sacudió con fuerza su oscura falda como un presagio, cuando ascendió por la escalinata guiada por sus tres damas de honor. La congoja parecía no dejarla respirar.

Desde la cubierta, su madre se veía como una figura borrosa y gris sostenida por los brazos de su dama de honor. Juana le miró por última vez y, llevándose las manos a los labios, lanzó un beso desesperado al aire. Luego caminó a tientas con su visión nublada por las lágrimas. Aquel dolor de la partida era similar al dolor de la muerte. Era el profundo dolor de perder la infancia, el amor y los besos de su madre, las palabras y abrazos de su padre, la ternura y la risa de sus hermanos, la tierra que la había visto nacer, para enfrentarse de golpe a lo desconocido, a un país con idiomas y costumbres diferentes, a un esposo jamás visto y a una corte que siempre la consideraría una extranjera.

De pie en la playa, la Reina disimuló el llanto con la profundidad de un suspiro. Enmarcada en la soledad de la tarde y debilitada por la angustia, trató de reponer su aparente fortaleza y observó cómo el barco que transportaba a Juana se iba alejando de la costa. Permaneció inmóvil hasta que la silueta del navío se transformó en un punto vago en el horizonte que lo tragó inexorablemente, seguido por el resto de las naves.

La nave donde viajaba la Princesa se fue internando mar adentro, mientras el corazón de Juana se iba internando en los recuerdos. Aquellos años dorados de la infancia se habían esfumado para siem-

pre y jamás retornarían con la magia simple y despreocupada de la niñez.

La velas blancas se hincharon al viento quebrando la monotonía azul del cielo y, en un brillante 22 de agosto de 1496, Juana iniciaba el viaje a su nuevo destino de reina, largamente acariciado por sus progenitores.

La hilera de naves se extendía sobre una distancia de cincuenta millas sobre el horizonte de aquel mar que, hacia adelante, llevaba a Juana a su destino de Flandes y, hacia atrás, a las tierras recién descubiertas del nuevo mundo. Aquel 22 de agosto de 1496, desde el mismo puerto en donde dos meses y medio atrás había amarrado Cristóbal Colón de regreso de su segundo viaje, iniciaba Juana el suyo, con los mismos interrogantes, rumbo hacia otras tierras desconocidas, buscando conquistar el corazón de Felipe de Habsburgo. Ignorándolo, Juana también iba a castellanizar Flandes produciendo una infinidad de movimientos políticos y hasta una guerra.

Al contemplar aquel formidable despliegue de poderío naval, tanto los ingleses como los franceses dudaban de lo que veían. Sabían que no se trataba de una flota beligerante, ya que los monarcas españoles habían obrado con mucho tacto al enviar emisarios a Windsor y a Blois (las residencias reales de Inglaterra y Francia respectivamente), portadores de las misivas donde informaban que se trataba del traslado de su hija Juana, recientemente desposada con el Archiduque de Austria.

El propósito explícito e implícito de los Reyes había sido demostrar al mundo que España era una nación para ser tenida en cuenta, pues muy pocas naciones se hubieran atrevido a semejante viaje por no poder financiarlo. Pero España podía hacerlo.

La corona española disponía de todos los tesoros moros acumulados durante siete siglos de dominio, mientras comenzaba a llegar desde el otro lado del océano una corriente de riquezas continua, que prometía ser inagotable.

En su reciente regreso, Colón había obsequiado a la reina Isabel una nueva ciudad de ultramar, la que había sido bautizada con el nombre de Isabela, en honor a su gran bienhechora.

Juana presentía que, a medida que se iba alejando de su amado reino y del amor de su madre, comenzaría a perseguirle el infortu-

nio. El desconsuelo le destrozaba el alma, pero trataba de resistir, aferrada al recuerdo de la imagen materna.

Durante casi todo el viaje permaneció mareada y pasaba gran parte del tiempo recostada en su camarote, y cuando lograba recuperarse, salía a cubierta a mirar el paisaje de extensiones desconocidas e infinitas que bordeaba el trayecto.

El gran almirante Fadrique Enríquez estaba emparentado con la Infanta. Hermano de su abuela paterna Juana Enríquez, descendía de la Casa Trastámara (de una rama iniciada por el Infante que curiosamente llevara su mismo nombre, Fadrique Enríquez, hijo de Alfonso XI, Rey de Castilla, y de Leonor de Guzmán, y a la cual pertenecían todos los almirantes de Castilla). Con frecuencia la visitaba y le había cedido su camarote y su salón principal en la nave que comandaba la flota, para que Juana se sintiera cómoda durante la larga travesía.

—No debéis temer, Alteza —le decía gentilmente el viejo almirante mientras se inclinaba en una rígida reverencia al más puro estilo español —. Puedo asegurar a vuestra Alteza Real, que la nave que la transporta es tan sólida como resistente y no existe en ella ninguna clase de peligro. Y si el movimiento de las olas os molesta, un poco de buen jerez os aliviará los mareos.

Juana apenas podía sonreír agradecida. Por momentos se sentía extenuada. Durante el día miraba aquel indefinido horizonte azul donde no podía descubrir dónde terminaba el mar y cuándo comenzaba el cielo, o las costas de otras tierras, acantiladas o llanas, que iban quedando atrás. Se entretenía observando el ágil salto de los peces o alguna solitaria gaviota que al surcar el aire parecía querer consolarla. Las noches le resultaban eternas pues dormía mal, intranquila y temerosa, pensando que su cama flotaba sobre un mar oscuro y profundo; y cuando llegaba la madrugada, agotada por el cansancio, se quedaba dormida. En esas noches de poco descanso, atravesando aquel misterioso mundo de los sueños, donde dejaba de ser ella para igualar el mundo de los espíritus transformándose en un fantasma, volvía furtivamente a visitar su castillo paterno. Deambulaba agitada por sus inmensos salones solitarios o por sus jardines sembrados de silencio y cubiertos de aromas de flores y de especies. Así fueron pasando los días y, a medida que iban transcurriendo, Juana fue olvidándose de las penas que dejaba atrás y comenzó a soñar con el futuro que se abría por delante.

Al cabo de dos días de navegación, el 24 de agosto, la imponente flota española fue sorprendida repentinamente por un violento temporal de viento y de lluvia que se desató en el centro del Canal de la Mancha. Ante la furia de la naturaleza que parecía abatirse sobre ellos, los indefensos tripulantes formaron un semicírculo con las naves para resguardarse mutuamente; pero aquella actitud no fue suficiente, los mástiles y velas comenzaron a caer destrozados en medio de los remolinos de agua y de espuma. El viento y la lluvia arreciaron con tanta fuerza que hicieron perder la visión más allá de la proa. En medio de aquella tempestad, mirando por el ojo de buey hacia el mar que se abatía sobre ellos, Juana sufrió la más extraña de las visiones. Felipe se encontraba a su lado y juntos flotaban por encima del agua en el preciso instante en que un infierno de violencias parecía desatarse sobre ellos.

Dos de las naves naufragaron hundiéndose con ellas, en las profundidades, una compañía entera de valientes soldados y parte del ajuar y los regalos que España le había hecho a la Infanta para sus esponsales.

Los barcos restantes, en un intento desesperado por salvarse, buscaron refugio en las costas británicas. En medio del fragor de la tormenta desembarcaron en Portland. La Infanta, profundamente triste, fue albergada en el castillo de la ciudad, donde recibió la visita de numerosos nobles británicos. Vestida de luto riguroso escuchó misa en sufragio de los soldados desaparecidos. El Obispo de Jaén, que la acompañaba hacia su nuevo destino, fue quien ofició el réquiem, débil y cansado.

Dos días más tarde, cuando el tiempo parecía haber recobrado la calma, la flota continuó su viaje hacia Amberes, una hermosa ciudad rodeada de verdes praderas, campos de bosques, pastos y flores, poblada por viejos molinos de viento.

# V

# EL PRIMER VIAJE A FLANDES

Las autoridades de Amberes albergaron a Juana y a todo su cortejo en el imponente y magnífico castillo de Carlos, El Temerario. El que otrora fuera el duque del opulento feudo de Borgoña, uno de los mayores de la Francia antigua, y conde de Charolais, abuelo de Felipe, había muerto a los cuarenta y cuatro años. Su sueño había sido siempre el resucitar la antigua Lotaringia formando un estado entre Francia y Alemania que se extendiera desde los Países Bajos hasta el norte de Italia y que tuviera como centro su ducado hereditario. Pero los suizos se habían encargado de derrumbar sus ilusiones, derrotándolo en la violenta batalla de Grandsony Morat, el 5 de enero de 1477, terminando con su vida y sus ambiciones delante de los muros de la ciudad de Nancy. Dos días más tarde hallaron su cuerpo sobre el hielo, devorado por los lobos.

Su hija, María de Borgoña, esposa de Maximiliano I y madre de Felipe, había corrido la misma suerte (si suerte se le podía llamar a una muerte inesperada) cinco años más tarde, en 1482, al caer del caballo durante una cacería. La última descendiente de la Casa de Borgoña en Flandes fue sepultada junto a su padre en la ciudad de Brujas, en el coro de la iglesia de Notre Dame.

Eran casi las vísperas cuando el barco que conducía a Juana atracó en el muelle. La Infanta descendió vestida de luto en memoria de las almas muertas en el naufragio. Una vez en tierra fue conducida en un carruaje hasta el castillo que se levantaba al final del camino. El

día luminoso estaba llegando a su fin y se acercaba el momento, encantador y fugaz, en que el sol poniente emitiría sus últimos rayos, acentuando el color de la hierba y de los árboles de un modo tan especial que hasta el mismo aire parecería impregnado de un profundo verdor.

Las horas transcurrían lentas como si el tiempo cuajado de recuerdos se rehusara a avanzar y las sombras que se habían demorado en los recodos del camino comenzaban a prolongarse sobre las galerías abovedadas. Los ladrillos de muros y almenas, que durante aquellos instantes habían resplandecido con una intensa tonalidad rojiza, se volvieron de pronto grises y sombríos. Cuando Juana atravesó el vestíbulo, un silencio sepulcral salió a recibirla causándole la triste sensación que, desde algún lugar lejano, los espíritus del Duque y de su hija venían a su encuentro, envolviéndola en un abrazo con una ráfaga de aire helado, cual si fuera un ritual experto y secreto de la muerte. Por unos instantes quedó paralizada, pero de inmediato el mayordomo del castillo la condujo amablemente hacia la gran biblioteca. Al entrar se alegró íntimamente. El lugar era cálido, rodeado de cuadros, tapices y libros. Sobre una gran mesa lucía llamativo el tapete de las Mil Flores, con el escudo de los Duques de Borgoña bordado en el centro. Aquel sitio era acogedor y ofrecía un abundante material de distracción. Juana ocupó un gran sillón frente al ventanal, desde donde podían verse los magníficos y bien cuidados jardines, y perdió su vista dentro de los oscuros follajes de los árboles.

La puerta se abrió y entraron dos doncellas portando inmensas bandejas de plata con perfumadas infusiones y pasteles de fresas. Un sirviente encendió el fuego de la chimenea y, otro, el fuego de los candelabros dispersos sobre los cristaleros. Había anochecido. La biblioteca iluminada y tibia se convirtió de pronto en un lugar muy grato y de serena calma. Juana contempló a través de los cristales los espaciosos jardines que parecían congelados por la blanca luz de la luna y observó sobre el sendero cuatro siluetas que se deslizaban hacia el castillo. Parecían deambular entre los pinares oscuros, atravesar el camino encharcado de plata, volar por el aire, rozar con sus rostros los cristales del ventanal, llamándola a su lado.

—¡Madre! ¡Es mi madre!, ¡también mis hermanos Isabel y Juan junto a Felipe!

Las exclamaciones de Juana quedaron suspendidas en el aire, paralizando al cortejo. Pero al romperse el silencio, su voz había desvanecido la ilusión. Desde un cielo oscuro la luna continuaba irradiando su baño de plata sobre los solitarios y silenciosos jardines cuajados de rosas.

—Alteza, nada vemos. ¿Estáis bien? —interrogaron sus damas de honor.

—Sí, me siento bien. ¡Pero qué extraño! Pude ver a mi madre y a mis hermanos, junto a Felipe, que me sonreían detrás de los cristales. Tal vez, de tanto amarlos, ellos solo estuvieron en mi imaginación. Sus imágenes amadas salieron de mis fantasías. Creo que estoy muy agotada. Descansaré y pondré en orden mis pensamientos.

En Amberes la gran tristeza de Juana llevaba el nombre de todas las ausencias y la ausencia de todos los afectos. Pero, por sobre todo, llevaba el nombre de la ausencia de Felipe. El séquito de Juana descansó unos días antes de emprender el último tramo de su viaje a Gante. Y así, entre preocupada e inquieta por carecer de noticias de Felipe, se embarcó nuevamente deseosa de llegar.

La flota continuó su navegación por el anchuroso Escalda, mientras la Infanta de España observaba con curiosidad estas nuevas tierras que constituirían, en adelante, su nuevo reino. Reino completamente distinto al de su añorada España. Las continuas y densas nieblas que avanzaban desde el Mar del Norte cubrían todo el territorio impidiéndole ver con nitidez la luna y las estrellas, como acostumbraba a observar en los límpidos y despejados cielos de Castilla. Y aquel sol, tan fuerte y caliente que iluminaba todo hasta enceguecer, se transformaba aquí en un sol débil, sin brillo ni color. Su luz mortecina y fantasmal bañaba absolutamente todo, desluciendo, en parte, los vivos colores de la naturaleza. El aire húmedo, pesado y hasta imposible de respirar, se tornaba por momentos insoportable, pero lo más difícil de asumir eran esas llanuras inmensas que se extendían ante su vista sin ninguna característica que las distinguiera, surcadas tan solo por lentos ríos que parecían a punto de detenerse.

El barco que transportaba a la princesa española entró por uno de los canales mayores y se fue acercando muy lentamente hasta la tierra firme. En la confluencia del Escalda y el Lys se levantaba Gante, una ciudad bulliciosa, cubierta de flores y colmada de miles de banderines que flameaban en su honor. Gante se había convertido en la ciudad más

destacada de Flandes. Sus condes habían erigido en el siglo XII un magnífico castillo, donde establecerían su residencia Juana y Felipe. La música se hizo oír desde ambas orillas y Juana sintió dentro de su pecho agitarse el corazón, ante un solo pensamiento: el encuentro con Felipe.

Comenzaba a maravillarse de aquel día que de pronto le pareció espléndido. Una bella neblina, suave y blanca, como los bellones recién esquilados de los corderos manchegos, cubría las colinas. Y el agua de los ríos, límpida y pura como un diamante, continuaba su marcha sin prisa y sin pausa hacia algún lugar del mar.

A lo lejos, las casas apretadas semejaban ramilletes de flores silvestres, sencillas y multicolores, cubriendo las suaves ondulaciones del campo y los prados, que bajo la tenue luz del sol parecían nítidamente más verdes.

—¡Qué maravilloso! No podía ser de otro modo tratándose del Reino de Felipe —suspiró Juana, en secreto.

Por unos instantes el día pareció cambiar de color y al levantar sus ojos observó una bandada de pájaros que se interponía entre ella y el sol, proyectando una sombra pasajera.

Cuando la nave amarró en el muelle, la realidad que apareció ante su vista la impresionó, obligándola a contener el aliento. Cientos de pequeños canales cruzaban las tierras formando un tejido tramado y luminoso que reflejaba la luz del sol y el celeste del cielo. Aquellos canales eran utilizados para drenar los terrenos y como vías rápidas de comunicación.

Juana descendió del barco y caminó junto a su cortejo casi al borde del agua, donde la arena era más firme y facilitaba la marcha. La playa era angosta, interrumpida por los rompeolas y limitada por un bajo muro de piedras. A lo lejos, dos hileras de robles y de hayas se agitaban con la brisa, bordeados por una profusión los rosales trepadores que impregnaban el aire con sus tenues perfumes.

El recibimiento fue magnífico. Aquellos actos en su honor derivaban del prestigio de sus padres, los Reyes Católicos. Miles de banderines pendían de las ventanas y atravesaban las angostas calles empedradas. Desde los balcones colgaban los tapices con el escudo de armas de los Habsburgo, mientras cientos de manos saludaban la llegada de la futura reina.

Nobles y plebeyos acudieron a saludarla en alemán, francés, flamenco y latín y, cuando Juana les preguntó por sus lugares de

procedencia, le respondieron: flamencos, belgas, borgoñones, frisones, valones...

Sin embargo, ella buscaba entre aquella multitud de rostros solo uno. En vano esperó y se esforzó en recordar el rostro del retrato, para no olvidar alguno de sus bellos rasgos. Pero Felipe no llegó. Se encontraba muy lejos de allí, entretenido más de la cuenta en el Tirol austríaco, ignorando su desembarco.

El emperador Maximiliano, impaciente, envió con urgencia un mensajero, advirtiéndole con severidad a su hijo sobre sus obligaciones maritales. Margarita de Austria, su hermana, había acudido solícita desde Namur a recibir a Juana, con cierto sentimiento de culpa por la ausencia de su hermano. Con su seductora palidez, Margarita atendió en detalle a su nueva cuñada, que llegaba agotada y con una fuerte tos por la accidentada travesía. El encuentro entre las dos resultó encantador y el conocerse mutuamente las complació por igual y alentó una creciente amistad al comprobar que ambas cumplían con las expectativas de sus respectivos consortes. La anfitriona se deshacía en atenciones mientras Juana escudriñaba, en aquel rostro familiar, algún rasgo parecido al de su amado retrato.

En sus pensamientos Juana invocó a sus santos devotos y a las almas de sus antepasados. ¿Sería siempre así? ¿Tendría que soportar tantos días de silencio e incertidumbre, mientras él la dejaba abandonada a su propia suerte en este lejano país? Aquellos interrogantes daban vueltas en su cabeza. Su cuñada, intuitiva, percibió la tristeza instalada en sus ojos.

—Juana, no os desaniméis. No quiero que os sintáis triste. Dentro de muy pocos días iremos a Lier a esperar a Felipe. Luego continuaremos hasta Bruselas, donde se celebrará vuestra boda con toda la fastuosidad que exige la dignidad de los contrayentes, en la catedral. Las cortes en pleno acudirán y llegarán de todos los reinos, aún desde los más lejanos, a admirar vuestra belleza y a rendiros el merecido homenaje. Mi padre ha dispuesto la celebración de los festejos en el palacio imperial, en vuestro honor, dado que Felipe es su primogénito.

A Juana se le iluminó el rostro. Aquella Corte era considerada la más elegante de Europa y no había un país que no se disputase el honor de merecer la invitación de su emperador, con el solo fin de aprender o imitar la cultura refinada y caballeresca de la monarquía flamenca.

—Será maravilloso, Margarita, y os agradezco vuestras palabras que me hacen muy feliz. Mi hermano Juan será el hombre más dichoso de la tierra cuando tenga, por fin, la suerte de conoceros.

—¡Lo mismo digo de vos, querida Juana! Felipe será muy feliz a vuestro lado.

Tomadas del brazo las dos princesas llegaron hasta el carruaje que les aguardaba sobre el muelle y, después de ascender, iniciaron el recorrido que las separaba del palacio. En pocos minutos, la carroza atravesó el portal real, coronado por el blasón de los Habsburgo, que daba entrada a los inmensos jardines del palacio archiducal. Un prado interminable de intenso verdor, prolijamente recortado, mostraba a lo lejos una bella perspectiva de los pequeños bosques, dejando entrever las torres del palacio. Luego, el camino se ensanchaba y avanzaba bordeado de rododendros de bellas flores en corimbo.

Varias fuentes adornadas con estatuas de personajes mitológicos se alzaban graciosamente sobre aquellos exquisitos jardines, esparciendo una infinidad de chorros de agua que, al ser atravesados por la luz del sol, reflejaban una sucesión interminable de pequeños arco iris.

Juana no recordaba haber pensado conscientemente en el palacio, que en adelante compartiría con Felipe de Austria. De todos modos, cuando lo hubo imaginado, solo se le había representado en su mente como una mole de piedra gris, austera y almenada, con una recargada solidez española y una conjunción desproporcionada entre la domesticidad y la grandeza.

Pero la realidad que se le apareció de pronto ante su vista, le obligó a contener la respiración. Cerca del gran Escalda, casi al borde del agua y como emergiendo de ella, se levantaba el palacio. A lo lejos se dibujaban sobre el horizonte los bosques de hayas, robles y pinos, perfumando el aire fresco con sus agradables aromas.

«¡Como en un cuento de hadas, Juanita!»; resonó la voz de la Reina, su madre, en los oídos de la Infanta.

La construcción era de ladrillos rosados y de altas ventanas góticas que relucían iluminadas por los reflejos del sol. Hacia el norte se levantaba una gran torre redonda coronada por una cúpula sólida, pero al mismo tiempo etérea, y cada detalle de las paredes de los contrafuertes y almenas de gracioso diseño era claro, diferenciado y seguro.

El conjunto formaba un cuerpo compacto y macizo, pero los altos techos en caída y la esbelta torre daban cierta impresión de ligereza y reposo que ella nunca había imaginado en los palacios flamencos. La fachada sur estaba iluminada por una amplia terraza y desde allí, en tres tramos, descendían las escalinatas hasta la misma playa del río.

El carruaje se detuvo al pie de las escaleras y un lacayo uniformado abrió la portezuela ayudándoles a bajar. Primero lo hizo Margarita y después descendió Juana.

Al mirar hacia arriba las proporciones del castillo le parecieron exactas y apropiadas para el lugar que ocupaba. Más grande aún, le habría parecido exagerado, más pequeño, le habría sugerido un encanto superficial. Aquel palacio, sin embargo, le pareció un triunfo brillante y casi se echó a reír ante el placer de admirarlo, sin advertir que Balduino de Borgoña y su esposa, María Manuel, que habían sido encomendados por el Emperador para recibirla, se acercaban ceremoniosamente. Después de saludar a la princesa Margarita con afecto, se dirigieron a Juana.

—Alteza, vengo a traeros los saludos del Emperador que no ha podido estar aquí para daros la bienvenida, pero me ha encargado que os transmita que os conocerá a la brevedad en Bruselas.

—Trasmitidle a Vuestra Alteza Imperial que me siento complacida de estar en su Imperio y que todas las atenciones que me habéis dispensado me han hecho sentir como en mi propia casa.

—Vuestra Alteza Imperial espera que Flandes sea de vuestro agrado —saludó María Manuel.

—En mi primer día debo deciros que me parece un país notable, inesperado, jamás soñado por mí —respondió con una sonrisa la princesa española.

Balduino de Borgoña y su esposa habían sido designados por el Emperador para dar la bienvenida a la nueva integrante de la Casa Habsburgo y, después de saludar y departir una hora sobre el viaje con la Infanta, se despidieron, dejando a Juana junto a Margarita. La princesa austríaca, dirigiéndose a Juana, la invitó a conocer el palacio y, tomándola del brazo cariñosamente, iniciaron el recorrido.

Llegaba el crepúsculo apresurado, pintando de rosas y bermellones los cielos de Flandes. Juana miró a través de las ventanas las estrellas del firmamento que titilaban lejanas y agradeció íntimamente

haber llegado al Reino de Felipe. Junto a su futura cuñada recorrería aquellos acristalados corredores que los pies de Felipe ya había recorrido, contemplaría las estatuas de mármol, los retratos de los antepasados, los inmensos espejos que cubrían las paredes y que alguna vez habrían contemplado y reflejado los ojos de su futuro rey. Admiraría aquellos tapices bordados con hilos de oro y los sillones repujados en madera y terciopelo carmesí, los cristaleros con sus relojes y miniaturas de porcelana, los jarrones repletos de lirios y jacintos, los brillantes muebles y los cientos de candelabros con sus velas blancas que un ejército de sirvientes iba encendiendo, por orden, en cada uno de los salones del palacio. Cuando todas las velas se hubieron encendido, las cosas habían cobrado un brillo sin igual y el palacio aparecía ante su vista como encharcado en mil reflejos de oro.

Juana estaba deslumbrada.

—¿Os agradan los palacios flamencos? —preguntó Margarita con una amplia sonrisa.

—¡Mucho!, pero los desconozco —respondió Juana con entusiasmo.

—Ya aprenderéis a conocerlos en detalle y a disfrutar de ellos tanto como nosotros.

Al final de las escalinatas las esperaban los dos cortejos, las damas de honor, los lacayos y los sirvientes, inmóviles como en un cuadro. Uno a uno fueron saludando con los honores correspondientes a la nueva princesa imperial, arrodillándose y besándole la mano. La Corte española hizo lo propio con la futura Princesa de Asturias.

La figura dominante de la escena era sin duda la Infanta y la impresión inmediata que causaba era la de una reina clásica y majestuosa. Juana era la esposa ideal para Felipe de Habsburgo.

Durante las charlas que siguieron a las presentaciones formales de las cortes, las damas de honor de Juana supervisaron la descarga de los cuarenta arcones que quedaron después del naufragio, así como el traslado de todas las pertenencias a las habitaciones que le habían sido asignadas.

Juana solo deseaba descansar, poner en orden sus pensamientos, cambiar sus ropas y guardar cama para reponerse de la fuerte tos que la aquejaba, ocasionada por la humedad de la travesía.

Las habitaciones principales del palacio se abrían sobre la terraza y gozaban de una amplia vista de los jardines y el Escalda. La otra

entrada del palacio se abría hacia la ciudad, sobre el costado oriental, más protegida del río. Una inmensa galería de arcos de piedra asomaba a un jardín repleto de rosas. Juana y Margarita se dirigieron hasta el inmenso vestíbulo. Allí se exhibían armoniosamente elegantes sofás, inmensos espejos venecianos, mesas ocasionales y espléndidas alfombras. Una escalera de madera se bifurcaba a derecha e izquierda conduciendo a una galería superior que llevaba a los aposentos reales. La luminosa galería terminaba en un gran vitral de los dioses del Olimpo, sobre el que, al filtrarse la luz de sol, se descomponía en mil brillantes colores confiriendo al lugar la serena solemnidad de una catedral.

Los aposentos destinados a Juana mostraban una espléndida vista de los jardines imperiales. Y así como los interiores deslumbraban por su suntuosidad, los jardines deslumbraban por la combinación de los colores de árboles y flores que se prodigaban sin cesar hasta donde la vista se perdía. Cuatro ventanales altos filtraban la luz a raudales sobre la gran cama de inmaculados cobertores y de imponente baldaquino de madera lustrada. Sobre el friso, los escudos de las Casas Habsburgo y Borgoña se alternaban en un hermoso colorido, mientras unos inmensos leños ardían en la chimenea.

El brillo de aquel palacio cubierto por tapices y damascos, espléndidos cortinados y suntuoso mobiliario, contrastaba en lo íntimo del alma de Juana con aquellos acostumbrados interiores desnudos y monásticos de los castillos de España, identificados con el espíritu recio y duro de sus súbditos.

Unos días más tarde Margarita llevó a Juana de paseo a Lier.

# VI

# LOS ESPONSALES

Aquella tarde del mes de octubre se anunciaba lluviosa y fría. Y dentro de los hermosos claustros del convento de Lier, claros y apacibles, Juana continuaba esperando, después de catorce largos días, el regreso del Archiduque. La brisa fresca levantaba en ella nuevos aires de melancolía y así, sostenida por los recuerdos, aguardaba, a punto de quebrarse, la presencia tangible de Felipe. Para no llorar, comenzó a rezar mentalmente, mientras su cuñada Margarita trataba de darle ánimos y le relataba los pormenores de su boda en la catedral de Bruselas.

—Será inolvidable —finalizó Margarita.

—¿Por qué no llega? —interrogó Juana refiriéndose a Felipe.

—No lo sé Juana, pero iré a la capilla a rezar por su regreso.

Su apuesto prometido, que se hallaba de cacería en el Tirol, había tenido valederos motivos que justificaban su ausencia. En el mismo día dos correos habían llegado hasta sus manos. En uno se le comunicaba la salida de Juana desde Laredo y, en otro, el Emperador en persona le informaba de su llegada a Gante.

Con la velocidad de un rayo cruzó las fronteras, sin descansos ni postas, mientras Juana secaba sus lágrimas desconsolada por el olvido. Porque la verdad era que ya le amaba (y, de haber podido elegir durante toda su vida, siempre habría preferido su compañía a la de cualquier otra persona en el mundo).

De pie frente a la ventana, Juana observaba las gotas de lluvia golpear sobre los cristales. El coro de las monjas se oía a lo lejos.

—Felipe, ¡no sigáis torturándome! —exclamó entre suspiros y sollozos.

—De verdad, creedme que lo siento. Yo soy Felipe, ¿vos sois Juana?

Una voz desconocida, cautivante y serena, resonó a su espalda desde el umbral de la puerta.

Juana dio media vuelta y allí, frente a ella, vio al príncipe más apuesto que jamás había imaginado.

—Sí, yo soy Juana —y sus ojos se detuvieron en los ojos de su futuro esposo, que parecía acariciarla con su mirada.

Durante mucho tiempo, y hasta el día de su muerte, acaecida cincuenta y nueve años más tarde, Juana estuvo como suspendida en el éxtasis de aquel momento, como detenida en aquel instante maravilloso y sublime en el que vio a Felipe por primera vez.

Dentro de la sala la luz se iba haciendo más tenue, tomando ese tono violáceo y suave que llega con el crepúsculo y dando un brillo especial a las lámparas y al fuego de la chimenea. Afuera atardecía y las gotas de lluvia colgaban de las ramas de los árboles que se arqueaban bajo el peso del agua. En los jardines las flores se habían deshojado y sus pétalos cubrían el pasto mojado. Los pájaros limpiaban sus plumajes a la orilla de los pequeños charcos y el arco iris se insinuaba sobre el poniente, resaltando sus siete colores sobre un cielo azul plomizo. Pero Juana no veía nada de eso. Para ella todo se había esfumado de repente y la sola presencia de Felipe se enaltecía en medio de la nada.

Se acercó a ella con toda la magnificencia de su ser y, allí donde la curiosidad de sus claros ojos se detenía, el rubor de Juana brotaba incontenible.

Los instantes densos parecían prolongarse en un silencio abismal. Solo la respiración acelerada de los esposos, interrumpida por el compás de las gotas de lluvia sobre los cristales, les hacía recordar que no era un sueño. Juana volvió a levantar sus ojos y encontró los de Felipe clavados en los suyos. Sintió toda su sangre agolpársele en las mejillas y el corazón, a punto de salírsele del pecho, pulsaba con fuerza como partiéndola en dos. Era una sensación jamás sentida, incontenible, irresistible, avasallante.

Obedeciendo una orden de Felipe, dos sirvientes entraron portando cuatro candelabros de plata encendidos, que depositaron sobre los cristaleros. Cuando el último de ellos se hubo marchado, cerrando la doble puerta tras de sí, Juana y Felipe quedaron a solas. Juana sin atreverse a mirarle de nuevo. Felipe sin poder despegar sus ojos de ella. Ruborizada, dejó que la mano de él levantara suavemente su mentón y los ojos de ambos volvieron a encontrarse extasiados, locamente enamorados. Solo la luz temblorosa de las velas parecía hacer palpitar el tiempo que se había detenido.

—Juana de Castilla y Aragón, ¡nos casaremos!

—Será en Bruselas, me lo dijo Margarita.

—No, Juana. Será aquí, en Lier, y ahora.

Un ciclón parecía haber llegado al convento. Felipe había dado la orden y la ceremonia improvisada en la capilla iba a celebrarse en unos momentos. Las voces angelicales del coro de monjas «Hermanas de Sión» santificaba el aire y el apresuramiento del Archiduque, mientras el sacerdote, que había tratado de disuadir al joven Habsburgo, preparaba de prisa las lecturas y la Priora del convento, María de Soissons, alistaba el mantel inmaculado del altar y las flores de nardos frente al sagrario. Felipe, por su parte, solo accedió a realizar la presentación de la Corte castellana.

La ceremonia se celebró en la más estricta intimidad y en el secreto de aquellos claustros del convento de Lier.

Juana, sin atreverse a pronunciar una palabra, esperaba el momento en que él la tomara entre sus brazos; y así, confundida, feliz y enamorada sintió que tocaba el cielo con sus manos cuando la boca del Archiduque se inclinó suavemente sobre la suya y, en un beso apasionado y tierno, sus labios se encontraron por vez primera. Sus ojos se fundieron en una intensa mirada y los brazos de Felipe sostuvieron con firmeza la frágil y dócil cintura de la Infanta.

Había esperado por meses este precioso encuentro, pero se hallaba tremendamente confundida, sin saber qué hacer, ni qué decir.

—¡En menos de siete días nos volveremos a casar!, ¡para los ojos del mundo! Será en Bruselas.

Juana no lograba recuperar la serenidad. La confusión y la prisa eran tan grandes y sus deseos de amarle con locura tan inmensos, que hacían imposible que pudiera estar tranquila para poder responderle. Por fin, recuperando algo de la serenidad perdida, Juana habló.

—Inmensa ha sido mi sorpresa al conoceros hoy, inesperadamente. Debo reconocer que vuestra presencia me ha conmovido de una manera inigualable. Por eso quiero que sepáis, Felipe, que cuanto dispongáis para mí estará bien.

—Lo sabía Juana. ¡Erais como os había soñado! —y, atrayéndola nuevamente contra su cuerpo, volvió a besarla.

Felipe era maravillosamente más apuesto de lo que se había imaginado. Elegante, esbelto, de silueta delgada, de perfectas facciones, cautivante. Un regalo que Dios le tenía destinado y por el que nunca dejaría de agradecer.

Educada para futura reina consorte había sido instruida, además, en la misión de colaborar, dirigir y, por sobre todo, de saber influir sobre los demás para beneficio de España. Toda su vida había sido insumida en los estudios de filosofía, religión, gramática latina y castellana, historia española y extranjera, heráldica, modales, costura, música, canto, dibujo y equitación. Cuanto una madre de rígidos principios y un padre ambicioso podían proporcionarle se lo habían brindado, moldeando y madurando tanto su cuerpo como su carácter. Pero aquella vida de intensos estudios había quedado atrás. A partir de aquel momento tendría que sacar lo que tenía de sí, tanto en fortaleza como en debilidad, para afrontar los compromisos que la vida comenzaba a exigirle. Pero su principal objetivo, desde ese día en adelante, sería hacer feliz a Felipe de Habsburgo.

Aquella noche en Lier, la primera junto a Felipe, no la olvidaría jamás. El éxtasis de aquel amor embriagaría para siempre sus sentidos y ya nada volvería a ser igual.

Una semana más tarde volvieron a contraer enlace en Bruselas, con todas las pompas y la fastuosidad. Las campanas no dejaron de repicar anunciando la dicha de la pareja. Las banderolas y estandartes multicolores ondearon al viento y cientos de palomas cruzaron los cielos durante todo el trayecto que los novios recorrieron, entre el palacio imperial y la catedral gótica de San Miguel y Santa Gúdula. La etiqueta heredada de los Duques de Borgoña era la más suntuosa de todas las casas reales europeas. Y los palacios imperiales que salpicaban la geografía de Flandes competían en fastuosidad y riquezas, por lo cual Juana no dejaba de asombrarse.

La tarde antes de los esponsales, el emperador Maximiliano I abrazó cariñosamente a la pareja, augurándoles dicha, felicidad y una descendencia numerosa.

—Hijos míos, a partir de vuestro desposorio, deberéis tomar vuestros deberes con mayor seriedad que de costumbre. Posiblemente se os conferirá un gran poder, pues nuestros antepasados siempre lo han buscado y lo han logrado. Y vos sois, hijo mío, el Habsburgo más típico que he conocido. Sé que no me defraudaréis. Por eso os deseo, a Juana y a vos, toda la dicha que merecéis y un ramillete de bellos hijos que alegren vuestra existencia.

—Padre, Juana y yo os agradecemos vuestros augurios y podéis estar seguro de que no os defraudaremos. Llevaremos con honor y orgullo la insignia del Imperio que desde 1437 llevaron nuestros antepasados, por donde quiera que el destino nos lleve. Os lo prometemos.

El Emperador experimentó un inmenso placer al comprobar que su hijo había crecido y madurado, convirtiéndose en un hombre con óptimas cualidades para reinar. Sería un gobernante ejemplar, no tenía dudas, ya que poseía todas las condiciones que habían hecho posible que la familia de los Habsburgo se convirtiese en la Casa Imperial.

Tanto Maximiliano como Felipe conquistaban por su simpatía, por la falta de fanatismos y por la buena disposición a comprender cualquier clase de problemas.

El mundo entero les miraba con afecto, porque la política amable del Imperio era una actitud poco frecuente en una Europa dominada por reyes altaneros y nada compasivos como Enrique VII de Inglaterra, Carlos VIII de Francia, el Papa Alejandro VI y hasta el mismo Fernando de Aragón.

Al haberse concretado el matrimonio de Felipe de Habsburgo con Juana de Castilla y Aragón se vislumbraba otra de sus cualidades más famosas: el ansia de poder.

El lema de Austria curiosamente contenía las cinco vocales: *AUSTRIA EST IMPERIUM OMNIUM UNIVERSUM* (Austria es el Imperio de todo el universo), y lo que otros reinos ganaban en las guerras, desangrándose en los campos de batalla, Austria lo conquistaba a través de una de las experiencias más agradables: el lecho nupcial.

El Sacro Imperio Romano Germánico tenía una historia legendaria: el nombre de Imperio Romano había aparecido por primera vez en el siglo XI. En el siglo XIII se comenzó a llamar Sacro Imperio Romano, siendo una monarquía electiva donde el monarca era elegido por la alta nobleza, pero al mismo tiempo regía el «derecho de sangre», dado que el nuevo monarca debía estar emparentado con su antecesor. Sin embargo, este principio no fue siempre respetado (hasta en algunos casos se produjeron elecciones dobles). El Imperio medieval no tenía una ciudad capital y el Emperador gobernaba desplazándose de un lugar a otro. Tampoco existían los impuestos imperiales y el monarca atendía sus gastos con los llamados «bienes imperiales», que administraba como agente fiduciario.

Su autoridad solo era reconocida a través de su poder militar y de una hábil política de alianzas con la que podía conseguir el respeto de los poderosos ducados y reinos. Por definición, el Imperio era universal y otorgaba a quien ostentaba el título de Emperador el dominio, sobre todo, de Occidente, pero esta idea del Imperio nunca alcanzó su plena materialización política. A fin de ser coronado Emperador por el Papa, el Rey debía trasladarse a Roma.

Con Rodolfo I (1273-1291) llegaba por primera vez un Habsburgo al trono. Los fundamentos materiales del Imperio ya no eran los entonces desaparecidos bienes imperiales, sino los «bienes de la Casa» de la respectiva dinastía reinante. La política de incremento del poder de la Casa Imperial se transformó en el principal objetivo de cada emperador. La Bula de Oro de Carlos IV, en 1356, era una especie de constitución imperial que otorgó a siete príncipes (los príncipes electores) el derecho exclusivo a elegir emperador, a la vez que les confirió otros privilegios frente a los demás nobles.

Simultáneamente, mientras los pequeños condes, señores y caballeros iban perdiendo poco a poco su importancia, aumentaba la influencia de las ciudades en virtud de su poder económico. La unión de estas últimas federaciones de ciudades contribuyó a reforzar más aún su poder. La más importante de todas ellas fue la «Liga Hanseática», que se había convertido en el siglo XIV en la potencia dominante del mar Báltico. La zona más rica de Flandes correspondía a Brujas, Bruselas, Amberes y Gante. Desde 1437, y a pesar de que el Imperio era formalmente una monarquía electiva, la corona fue transmitida de mano en mano, por herencia, dentro de la Casa Habs-

burgo que, por otra parte, se había transformado en la potencia territorial más importante.

En el siglo XV comenzaron a hacerse sentir, cada vez con mayor exigencia, los reclamos de una reforma del Imperio. Maximiliano I, que había ascendido al trono imperial en 1493 (y fue el primero en recibir el título de emperador, sin haber sido coronado por el Papa), trató sin mucho éxito de llevar a cabo una reforma.

Las instituciones, cuya creación dispusiera la dieta imperial, distritos imperiales y cámaras de justicia imperiales, no pudieron impedir su creciente escisión. Comenzó a desarrollarse el dualismo Emperador-Imperio. Frente al Emperador se encontraban los estamentos imperiales, príncipes electores, príncipes y ciudades. El poder del Emperador fue limitado y reducido cada vez más a través de las capitulaciones, es decir, de los acuerdos firmados con los príncipes electores al ser elegidos. Los príncipes, especialmente los más poderosos, ampliaron considerablemente sus derechos a costa del poder imperial. Con todo, el Imperio se mantuvo unido. El brillo de la corona imperial no se había extinguido y la idea del Imperio se mantenía viva y unida frente a los ataques de vecinos poderosos.

El Imperio era una extensión demasiado vasta y la seguridad de España reclamaba esta amistad. Sus dominios se extendían desde el mar Negro hasta el mar Báltico, comprendiendo todos los territorios de la Europa central. En él convivían pueblos totalmente distintos: flamencos, húngaros, austríacos, eslavos, griegos y alemanes. Diferentes idiomas y distintas razas. Mientras la corona española era dura, compacta y unificada, el Imperio era cambiante, de fronteras inestables y disputadas entre sus propios pueblos. Por todo esto se había visto obligado a aliarse a un reino fuerte como el español, concentrado en un solo propósito: extender la cristiandad más allá de los confines del mundo conocido.

La Casa Habsburgo tenía un heredero: Felipe de Austria. Siempre y cuando sus electores lo eligieran, porque la corona imperial no era hereditaria. Debido a los múltiples antagonismos de sus diversos reinos había que gobernar con sutileza, astucia y una gran cuota de persuasión. De no haber sido así la Casa reinante, otra la hubiera suplantado. Y dado que ella lo había conseguido, se la consideraba la poseedora de los mayores y mejores recursos. La necesidad de cumplir con cada hombre de cada reino constituía una excelente

técnica en lo que a política exterior se refería, pero dejaba mucho que desear en lo más íntimo de cada uno de sus súbditos.

—Un día tengo que vestirme como si fuera griego, al siguiente como flamenco y al próximo como húngaro. Además tengo que pensar como cada uno de ellos. ¿Qué queda bajo esas apariencias? ¿A qué reino pertenezco? Sé que no queda nada y que no pertenezco a ninguno —se quejaba a menudo el Emperador a su hijo.

A Felipe no le preocupaba demasiado y, hasta el día de sus esponsales, se había dedicado a gozar de la vida, a disfrutar de ella como un buen príncipe. Pero había llegado el momento de tomar las cosas con seriedad y responsabilidad, asumiendo el papel de rey y de esposo.

Bruselas era un importante nudo comercial de la ruta Brujas-Colonia-Amberes-Nivelles y, hacia fines del siglo XIII, había pasado a formar parte de la Hansa, la asociación de ciudades del norte de Europa. La mayoría de sus habitantes se dio cita allí para asistir a los festejos de los esponsales de los Archiduques de Austria.

Enormes multitudes presenciaron el paso del cortejo nupcial. A lo largo del recorrido, tapices y colgaduras con las armas borgoñonas y de la Casa Habsburgo adornaban los frentes de los edificios, mientras grupos de niños y mujeres arrojaban flores a su paso. Era un día esplendoroso y Juana sintió que el sol brillaba más intensamente. En todas las puertas, ventanas y balcones por donde pasaban, la gente se aglomeraba para verles. Nadie quería permanecer ajeno a tan magníficos esponsales. El carruaje tapizado en brocado de oro, que transportaba a Juana, encabezaba el cortejo. Seis corceles blancos con bridas de plata y guirnaldas de flores eran guiados por dos cocheros uniformados. Detrás, avanzando al trote por las serpenteantes y bulliciosas calles, marchaba el carruaje del emperador Maximiliano I, acompañado por sus dos hijos, Felipe y Margarita, y por su esposa Bianca Sforza. Detrás les seguían los nobles y damas de las cortes imperial y española. Los austríacos se mezclaban junto a los flamencos, húngaros y alemanes, con sus refulgentes colores, felices y sonrientes. No importaba con quién se casara el Archiduque, siempre lo haría con una princesa extranjera. Aquel día, el lejano tratado entre los Reinos llegaba a su consumación definitiva.

Felipe iba vestido a la última moda de la corte austríaca, luciendo un suntuoso jubón de terciopelo azul oscuro con las armas

de Reino bordadas en la espalda con hilos de oro. Llevaba calzas grises y, en sus pies, unos escarpines de cuero de Rusia del color del jubón. De su cuello pendía refulgente el Toisón de Oro, símbolo de aquella orden que había fundado en 1429, en Brujas, Felipe el Bueno, Duque de Borgoña, con motivo de su boda con Isabel de Portugal, hija de Juan I de Avis, con el objetivo de defender la religión cristiana, para honrar la memoria de los mílites valientes y como estímulo de caballeros. A ella debían pertenecer solo el Duque y veinticuatro caballeros, aunque el propio fundador aumentó su número a treinta y uno. Al extinguirse la dinastía borgoñona con la muerte de Carlos, El Temerario, este pasó a los maestres supremos de la Orden de los soberanos de Austria. El Toisón de Oro estaba simbolizado por un cordero de oro.

Para Juana y toda su corte española, acostumbrada a la severidad del sistema y a la austeridad de sus Reyes, todo aquello resultaba por demás llamativo. Ella iba pensando en Felipe, en su rostro bronceado, en sus ojos claros, en sus cabellos cobrizos, en sus manos delgadas y fuertes, capaces tanto de empuñar con valentía una espada de acero como doblegar con ternura una frágil cintura femenina. Pensaba en su cuerpo de hombros anchos y caderas angostas, en sus largas piernas musculosas y bien formadas, en su magnífico porte de rey. El Rey de los Países Bajos que hoy se desposaba ante el mundo, con ella. ¡Como en un cuento de hadas!

Después de la Corte Imperial le seguía la Corte española. Negro era su color, pero un negro brillante y majestuoso, cubierto por miles de hilos de oro y de plata, superando en esplendor, varias veces, a la Corte imperial. Con orgullo, seguros de sí mismos, pasaban en silencio, altivos y dignos. Tan igualmente felices como el resto del Imperio, pero muy distintos en sus demostraciones. Detrás seguía el clero con sus prelados y, entre ellos, el Obispo de Jaén y el confesor de Juana, el padre Diego de Villaescusa.

Con sus refulgentes capas escarlatas, magníficamente cuajadas de incrustaciones doradas y presididos por los crucifijos y relicarios, verdaderos tesoros del arte religioso español, manifestaban a través de estas riquezas el sincero agradecimiento hacia Dios por haber hecho posible la expulsión de los moros de las tierras de España y descubrir otros mundos, más allá de los océanos, para ser evangelizados en nombre de la corona.

A medida que el carruaje avanzaba rumbo a la catedral, Juana pensaba en los suyos. ¡Si al menos estuvieran allí!, junto a ella, en el día más feliz de su vida, compartiendo aquella inmensa dicha, ¡hubiera podido decir que tocaba el cielo con sus manos! Pensaba en sus padres, a quienes hubiese querido presentarles a su amado Felipe, abrazarles y agradecerles por haber concretado aquella alianza sin igual. Pensaba en su hermano Juan, un contraste doloroso si lo comparaba con su adorado archiduque, porque Juan era un adolescente pálido, débil, de mirada vaga. En cambio Felipe desbordaba fuerza, vitalidad y lozanía. ¡Ojalá hubiera podido pedirle algo de aquel ímpetu para obsequiarle a su hermano y, a su vez, pedir algo de aquel carácter sensitivo y suave de Juan, para entregarle a Felipe!

Recordaba a su hermana Isabel, a la que seguramente hubiera tenido que insistirle y hasta rogarle para que abandonara, tan solo por un día, el riguroso luto que se había autoimpuesto. Con seguridad, obligada por la Corte y las circunstancias, hubiese asistido sin el menor deseo, mientras, elevando una plegaria al cielo, rogaría por su felicidad y por el eterno descanso de su esposo difunto. Isabel seguía en orden de derechos al Príncipe de Asturias, como heredera al trono español.

Detrás de Isabel marcharía María, su hermana tres años menor, tan sobria y silenciosa, siempre tratando de pasar desapercibida e ignorada, contrastando su personalidad con la bulliciosa Catalina.

Catalina sería la última, con sus once años, era la más pequeña de los Trastámara. Alegremente le diría: «Ojalá hoy me casara yo» o «Cuando sea Reina de Inglaterra, mandaré yo». ¡Eran tan distintos todos sus hermanos! ¡Pero todos tan queridos e iguales en sus afectos!

Juana iba magnífica, irradiando felicidad. Su vestido color nácar estaba íntegramente bordado con hilos de oro e incrustaciones de perlas. Un velo traslúcido de encaje de Alost cubría su rostro y sus rubios cabellos, sostenido por una diadema de brillantes que había pertenecido a la madre de Felipe, María de Borgoña. Entre sus pálidas manos apretaba un relicario de marfil con el rostro de Cristo grabado en oro que había pertenecido a su abuela Juana Enríquez. Su padre se lo había obsequiado por ser ella la nieta que más se le parecía.

Cuando el cortejo nupcial llegó a las puertas de la catedral de San Miguel y Santa Gúdula, Juana bajó de la carroza para ir al encuentro

de las cien damas de honor, ricamente ataviadas con vestidos de seda, perlas y coronas de flores blancas sobre sus frentes, y de los doscientos pajes, de atuendos no menos magníficos y brillantes, que la esperaban para acompañarla en la ceremonia. Los soldados de la guardia imperial, siguiendo con la tradición, tomaron el palio nupcial, símbolo de la felicidad.

Bajo palio y acompañada por Felipe, Juana ascendió las escalinatas de la catedral mientras una profusión de pequeños jazmines y flores de almendros alfombraba de blanco el camino de piedras milenarias y grises.

—Bienvenida, hija mía —le saludó el emperador Maximiliano que se hallaba de pie a las puertas de la catedral—. Esperábamos este momento desde hace mucho tiempo.

—Gracias, Majestad. Espero cumplir dignamente el papel de reina con el que desde hoy me honráis —respondió Juana radiante de felicidad, saludando luego al resto de la familia imperial.

En el atrio de la catedral, las cortes civiles, eclesiásticas y los visitantes extranjeros dieron sus saludos protocolares al Emperador, a su hijo y a su futura esposa, a la princesa Margarita y a la esposa de Maximiliano I.

Y, bajo el abovedado techo perfumado de inciensos e iluminado por el temblor de mil cirios, Juana caminó lentamente junto a Felipe sobre una alfombra de flores blancas, bella y candorosa, hasta los pies del altar.

Se arrodillaron sobre los reclinatorios de almohadones escarlata bordados con el águila bicéfala del Imperio.

El Cardenal Primado inició la ceremonia en latín y, haciendo tomar al esposo las manos de la esposa, les hizo pronunciar las fórmulas rituales:

—Yo, Felipe de Habsburgo, os recibo a vos, doña Juana Trastámara, por mi esposa legítima.

Luego Juana repitió el ritual:

—Yo, Juana Trastámara, os recibo a vos, don Felipe de Habsburgo, por mi esposo legítimo.

—Entonces yo les declaro marido y mujer —y, haciendo la señal de la cruz sobre cada uno de los esposos, agregó—. Que el hombre jamás separe lo que Dios ha unido.

Aceptados los esposos, el Cardenal se aproximó al Emperador, quien le entregó las alianzas y, bendiciéndolas, las ofreció a los Archiduques. Juana permanecía con las manos juntas y la cabeza inclinada, mientras el coro interpretaba seráficos cánticos gregorianos. Felipe puso el anillo de bodas en el anular de la novia (que, según la tradición, de ese dedo parte una vena que va directa al corazón), a la vez que le entregaba las trece monedas de oro, herencia de la Ley Sálica.

—Con este anillo os desposo, con este oro os honro y con esta dote os hago dueña de mis riquezas —dijo Felipe. Luego Juana completó el mismo juramento, terminando el ritual.

Durante toda la ceremonia Felipe no había dejado de mirar, enamorado, a su bella esposa y, cuando llegó el sublime momento de colocarse las alianzas, él apretó su mano desafiando al protocolo real. La mano de Juana se abandonó en las de Felipe, mientras los ojos del Archiduque se demoraron sobre los claros ojos de Juana que, temerosa de no saber ocultar sus emociones, los apartó rápidamente.

Felipe de Habsburgo se sentía inmensamente feliz. El era un rey sin amantes ni bastardos, dispuesto a entregar su vida ante aquel amor maravilloso.

Llenos de júbilo, los concurrentes comentaban que jamás esponsales algunos habían sido efectuados bajo tan buenos augurios. Raras eran las ocasiones en las bodas de la realeza que los novios fuesen tan parecidos en edad y de tan magnífica apariencia. Y más difícil de encontrar aún era la fuerza y la vitalidad de dos cuerpos atractivos y saludables, tan enamorados entre sí como lo estaban Juana y Felipe.

Todos presenciaron la maravillosa ceremonia con serena satisfacción y alegría. No solo se había logrado definitivamente la amistad entre el Imperio y España, sino que además se había realizado una gran hazaña diplomática y todo ello sin los conflictos desagradables que llevaba aparejado un matrimonio concertado bajo las conveniencias de los estados interesados. En esta alianza todo era felicidad, y más aún sabiendo que sus protagonistas estaban mutuamente enamorados.

Cuando el Cardenal de Bruselas declaró como esposos a Juana y a Felipe, las campanas de la catedral volvieron a repicar. La ceremonia finalizó en medio de los cantos y el bullicio. Los jóvenes reyes recorrieron lentamente la nave central cubierta de pétalos blancos, llegando hasta el portal del atrio. El pueblo en pleno se había agru-

pado para saludar a la feliz pareja y, en medio de aplausos, vítores y aclamaciones, los Archiduques saludaban con sus manos, mientras cientos de palomas pasaban rozando las cabezas de aquella multitud.

Desde las murallas que bordeaban el río Senne hasta las puertas de la ciudad, todo era una fiesta. El palacio imperial, flamígero y brabanzón, aparecía todo iluminado y adornado con plantas y flores que los jardines podían dar en el otoño. Las banderolas del Imperio, junto a las de los Reinos de Castilla, León y Aragón y la del Ducado de Borgoña, flameaban al viento y, entre todas ellas, se divisaban las más pequeñas de seda amarilla, las llamadas oriflama, con el estandarte real de los Habsburgo, el escudo de armas de la Casa de Borgoña y la divisa personal de los Archiduques de Austria.

Los jardines imperiales merecían una mención especial, pues abarcaban un espacio ilimitado, con áreas accesibles a toda la Corte, adecuadas para la caza y la pesca. Esas inmensas praderas con grandes lagos, salpicadas de bosques, eran el lugar favorito para las carreras de carruajes y de caballos. Existían otras áreas abiertas solo al círculo más íntimo de las amistades del Emperador que ofrecían paseos soleados, avenidas sombreadas y floridas glorietas. Por último, aquellos jardines tenían espacios reservados solo para los integrantes de la familia imperial, con extensos parques de placer, refrescados por innumerables fuentes y estanques, adornados con estatuas. El aire todo estaba perfumado por las resinas de los bosques, mientras los cisnes nadaban en los lagos, los pavos reales y cervatillos paseaban mansamente por los prados.

En los grandes salones del palacio, la luz de las bujías resplandecía sobre la impecable vajilla de plata que había sido sacada y lustrada para aquella ocasión tan especial. En las chimeneas ardían los grandes leños y el resplandor del fuego hacía relucir en una policromía de colores brillantes los inmensos tapices flamencos. Los pisos impecablemente fregados, reflejaban, como en un espejo, los ondulantes vestidos de la corte femenina.

Caía la tarde y era el momento del banquete y el baile nupcial. Los trovadores tocaban su alegre música en el laúd, la flauta, la trompa y el rabel para celebrar tan magnifico acontecimiento que, de acuerdo a las costumbres, se festejaba en el gran salón del Emperador, el cual había sido espléndidamente decorado para la ocasión.

Ricas telas de Damasco, sedas de la China, tafetanes de Persia y terciopelos de Italia competían unos con otros en colorido y suntuosidad, dando un fausto sin igual a las damas allí presentes. Por su parte, la corte masculina lucía igualmente elegante, jubones de terciopelo, capas forradas de pieles, sombreros bordados con pedrerías y blancas plumas, y espadas y anillos de relucientes gemas.

En el centro de la mesa imperial, adornada con flores blancas y rojas, se sentaron los flamantes esposos, flanqueados por el Emperador, su esposa y la princesa Margarita.

Infinidad de obsequios reales de un valor incalculable habían llegado de todos los confines de la cristiandad. Aguamaniles de plata maciza, joyas, muebles, jofainas de plata con sus jarras haciendo juego, juegos completos de vajilla de mesa en plata y oro, caballos árabes, tapices flamencos bordados en oro, retratos, candelabros y alfombras del Oriente.

Cuando el canciller del Imperio dio la orden, se levantaron las copas de vino en honor a los reales esposos y el banquete comenzó oficialmente. Enormes fuentes con ciervos de los Cárpatos y perdices coloradas, cubiertos con salsas de avellanas y mostaza; junto a fuentes de carnes ahumadas sobre serrín de robles y de hayas, aromatizadas con bayas de enebro; patés de fois; aves en salsas picantes; pechugas de pavo a las brasas y corderos en salsas de hongos cubrieron las mesas, para dar de comer a los mil trescientos invitados.

—Me pregunto si en casa estarán brindando por mí —dijo Juana casi en secreto a Felipe, con un leve asomo de melancolía— o quizá se encuentren demasiado ocupados con sus obligaciones y me hayan olvidado.

—No debéis pensar eso. Jamás os olvidarán. Porque vos, Juana, sois inolvidable —la consoló Felipe.

A los postres, los sirvientes pasaron con unos cuencos de plata que contenían agua de rosas para que los invitados refrescaran sus manos. Montañas de turrones perfumados con esencias de naranjas, frambuesas y frutos de la pasionaria, tartas de castañas y bizcochos de nueces endulzaron, aún más, la alegría de los invitados.

Juntos, los dos esposos, que sabían de su hermosura, iban a iniciar el baile.

—Os ruego que me otorguéis el honor —solicitó Felipe, y sin esperar la respuesta la abrazó por la cintura y comenzaron a danzar—

. Porque siendo tan hermosa como sois, siento un inmenso orgullo de haberos hecho mi Reina — prosiguió.

—Tal vez me veis más hermosa de lo que en realidad soy — respondió Juana con timidez.

—Os admiro así, tal cual sois —le susurró Felipe al oído.

El cambio que implicaba el nuevo modo de vida, abrupta como el filo de un abismo, era dificultado aún más por el desconocimiento de la seducción y la intimidad física del matrimonio, que agregaba una nueva incógnita a la larga serie de cosas desconocidas que esos días le aportaban a Juana. Pero la Princesa jamás había estado más segura de su propia felicidad como en el día de su boda.

Un sonido de trompetas puso fin a la velada y Juana y Felipe se retiraron a la cámara nupcial. Pero esta vez la prisa de Lier ya no estaría, pues ahora se tenían para siempre el uno al otro. Cuando ambos quedaron solos, iluminados por el tenue resplandor de las velas, Felipe fue desvistiendo tiernamente y en silencio a una Juana pudorosa, tímida pero también apasionada, que trataba de esquivar sus ojos una vez más.

—¿Qué os sucede mi Reina? —preguntó Felipe con tanta ternura y amabilidad que el corazón de Juana comenzó a latir desenfrenadamente.

Y por toda respuesta, ella fijó en él sus verdes ojos, asombrada, temerosa, anhelante.

En el tiempo, otra vez detenido, él podía ver con sorpresa, en aquellos ojos claros como un remanso de agua, a toda una mujer. ¡Los ojos de Juana! Esos ojos sin los cuales todo su mundo carecía de valor.

Felipe la condujo hasta el lecho preparado con las mejores sábanas de delicados encajes y con blandas almohadas de seda. Proyectando en ella sus propios sueños y deseos, sintió surgir aquella fuerza latente, dormida, que solo necesitaba la chispa de su contacto para provocar un torbellino de pasión. Un torbellino en el que el entendimiento podría extinguirse, solo en la voluntad del cuerpo, aquel cuerpo desnudo y admirado bajo la suave penumbra de las velas. Ciñó los brazos de Juana alrededor de su cuerpo y cruzó los suyos en su espalda, inclinó la cabeza, buscó su boca y la encontró amorosamente dócil. Mientras los brazos de ella lo sujetaban por la cintura como si nunca fuera a marcharse. El tiempo interrumpió su curso,

dejando solo una profundidad de dimensión más real. Podían sentir, pero no ya como dos almas individuales sino, definitivamente y para siempre, que uno era parte del otro. Todo él estaría siempre en ella y toda ella estaría siempre en él. Parecían haber sido hechos a la medida perfecta del otro. Era como un sueño del que nunca despertarían. Esa era sin duda la felicidad. Aquella felicidad de la que le había hablado su madre en Laredo, antes de su partida.

Felipe la rodeó con sus fuertes brazos y contempló emocionado aquella cara bellísima, apenas iluminada por el resplandor de los cirios. Los brazos de Juana se cerraron sobre él, atándolo. Esto era el amor y, ahora que lo tenía, no lo perdería jamás. Se aferraría a él como un náufrago se aferra a un madero, para salvarse. El amor de Felipe la salvaría en aquellas tierras lejanas.

—¿Qué será el sueño? —se preguntó Juana—. ¿Una bendición?, ¿ una tregua de la vida?, ¿la imagen de la muerte?

Fuese lo que fuese, Felipe había cedido a él y dormía boca abajo con un brazo sobre el pecho desnudo de Juana y la cabeza junto a su hombro, posesivamente.

Ella también estaba cansada, pero tenía la sensación de que si dormía, él ya no estaría cuando despertara. Dormiría más tarde.

Se sentía feliz. Más de lo que recordaba haber sido nunca. Tenía la impresión de que había sido hecha para él. Para aquel Habsburgo que la había esperado desde el inicio de los tiempos, para poder concretar, en ese tiempo histórico, el verdadero rito del amor.

Felipe había despertado. Ella le miró y vio en la profundidad azul de aquellos ojos el mismo amor que la había arrebatado y sobre el cual habían fijado su objetivo desde el mismo día de su nacimiento.

—Jamás me he sentido tan venturoso —le dijo Felipe al oído.

—Lo sé, amor mío, porque yo siento la misma sensación.

—Lo sabéis porque sois una mujer absolutamente extraordinaria. Os amaré por siempre, Juana. Recordadlo toda vuestra vida.

Y mientras la besaba, Felipe dejó caer lentamente de entre sus dedos, sobre el cuerpo desnudo de la Infanta, una profusa lluvia de pétalos de nardos.

# VII

# LUNA DE MIEL

Cuando en el esplendor de aquel otoño de 1496 la tierra se volvió dorada y los árboles presagiaron la renovada muerte de sus hojas, pintándose de púrpura y azafrán, los Archiduques de Austria se trasladaron a Brujas, el centro comercial más importante de Europa y el mayor mercado monetario.

Muy temprano por las mañanas, desde los canales, los jirones pálidos de niebla se levantaban arremolinándose sobre el agua, ocultando la belleza majestuosa de sus construcciones. Y cuando al mediodía el calor del sol comenzaba a disolverlos, iba surgiendo lentamente, como de la nada, la imagen de una ciudad que parecía encantada.

Los árboles dejaban caer sus ramas sobre el agua mansa y verde mientras la quietud y el silencio erigidos en dueños absolutos, recorrían los canales y las intrincadas callejuelas impidiendo que alguien o algo pudiese quebrarlos. Entonces el espíritu parecía despertar a esa inigualable sensación de paz y tranquilidad que brindan las cosas serenas.

Todos los días, con las primeras luces del alba, se abrían las tres puertas del palacio archiducal, para que la gente de la ciudad y los visitantes extranjeros entraran a él con sus cargamentos de mercancías o peticiones. Desde los pequeños muros de piedra que rodeaban las terrazas superiores, Juana solía contemplar aquel trajinar de monjes, pescadores, comerciantes y viajeros que cruzaban los canales

a diario para comprar o vender y de nobles de los más diversos confines del Imperio que visitaban a Felipe de Habsburgo, solicitando sus consejos o buscando prometedoras alianzas.

Acostumbrada al estilo de vida austero y monacal de los castillos de España, con sus altas paredes de piedras despojadas de lujos y sus pisos ásperos y fríos, Juana no dejaba de asombrarse cotidianamente con cada uno de los palacios del Imperio que iba conociendo. Mullidas alfombras cubrían los pisos de brillantes mármoles. Espaciosas y bien iluminadas salas, de paredes recubiertas de espejos y suntuosos cortinados que hacían juego con los sofás y los cristaleros, daban nombre a los distintos salones: el salón azul, el salón dorado, el salón de los pasos perdidos, el salón de los espejos, el salón del trono, la sala de música, el salón de juegos, la sala de lecturas o biblioteca... Cada lugar en el palacio estaba identificado para saber hacia dónde se dirigía o en dónde se encontraba la familia imperial. Centenares de metros de tapices flamencos bordados en vivos colores y con hilos de oro decoraban las paredes; mientras una infinidad de galerías mostraban los retratos solemnes de los antepasados imperiales. Cada mañana, los grandes jarrones de porcelana eran renovados con las flores frescas de la estación. Y los acristalados corredores, donde los pasos parecían perderse, ofrecían magníficas vistas de los jardines prolijamente recortados por un ejército de jardineros, donde jamás faltaba una flor, fuese invierno o verano. Decenas de sirvientes recorrían por turnos los salones, limpiando y fregando pisos, candelabros, cubiertos y bandejas de plata. Todo brillaba, cristaleros, mármoles, muebles y espejos, y Juana sentía que todos sus sentidos eran cautivados por tanto esplendor.

Las personas que traían peticiones a la Casa archiducal eran recibidas en audiencia en el gran salón del trono. Un piso más arriba se hallaban los aposentos de los esposos, desde donde se divisaban, a través de las ventanas, los majestuosos canales de Gante, de la Esclusa y de Ostende y una parte del río Reie.

La plaza mayor, y de hecho toda la ciudad, estaba dominada por el Beffroi o Atalaya. Esta torre de ochenta y tres metros de altura, erigida en el siglo XIII, simbolizaba el poder y el ansia de libertad de todos los habitantes de Brujas. El edificio del mercado formaba junto con el Beffroi un conjunto muy hermoso, el cual era utilizado como mercado cubierto donde se comercializaban los célebres y famosos

paños de Flandes confeccionados con las lanas de Castilla (pues aquel reino era el principal productor de lana de excelencia en la Europa de aquel siglo). El bullicio concluía con las últimas luces de cada día para reiniciarse con el alba del siguiente.

Habían transcurrido solo dos semanas, de una maravillosa luna de miel, desde que Juana y Felipe arribaran a Brujas procedentes de Bruselas y Gante. Aquella mañana la Reina acababa de despertarse, mientras Felipe hacía más de dos horas que atendía las audiencias. Los débiles rayos del sol se reflejaban sobre los cristales emplomados de las ventanas ojivales y miles de luces se esparcían por las paredes. Bajo aquellos destellos el rostro de Juana se tornaba angelical y enigmático. Tres golpes sonaron en la puerta de sus aposentos y la Reina, sobresaltada, se levantó de prisa. Se envolvió con una capa de seda y encaje color del cielo que le cubría desde los hombros hasta los pies y corrió descalza hasta la puerta. Al abrirla se sorprendió. La figura ceremoniosa que se encontraba aguardándola era la de su tesorero Martín de Moxica, una de las pocas personas de su entorno que hablaba castellano y que había sido designada por la reina Isabel I de Castilla para acompañarla en su nuevo destino. (Con el tiempo, las inclinaciones de aquel tesorero mostrarían una notable predilección por los intereses de Flandes, manejando las finanzas de la Corte española de acuerdo a sus propias conveniencias, sin serle jamás cuestionado el cargo por la Casa Habsburgo).

Después de saludarla con una gran reverencia, De Moxica extendió a la Reina un sobre lacrado con el escudo de Castilla.

—Debéis perdonar, Alteza, que os moleste tan temprano. Pero esta carta ha llegado junto con el alba y con la orden expresa de que sea puesta en vuestras manos con toda celeridad.

—Nada debo perdonaros, don Martín, sino solo agradeceros por vuestros fieles servicios.

Juana tomó el sobre entre sus manos, miró los sellos, cerró la puerta tras de sí y corrió a recostarse nuevamente sobre su mullida cama. La carta era de su madre. Abrió el sobre con cierta inquietud. La Reina estaba preocupada ante la falta de sus noticias. Ese era el motivo de aquella misiva.

«Mi buena y querida hija:

Mucho me temo que con vuestro cambio de estado hayáis olvidado también de dónde provienes. Vuestro padre y yo, preocupados

por la falta de noticias a la que nos tenéis sometidos, os reclamamos con urgencia una pronta respuesta.

Al darnos a conocer el almirante Fadrique algunos detalles de vuestro malogrado viaje por el Canal de la Mancha, hemos vivido largas horas de angustia y preocupación, sobre todo, por querer conocer vuestro estado de salud y de ánimo.

Lamentablemente debo deciros que el mío no es nada bueno y que, muy por el contrario, se ha tornado apesadumbrado y triste. Ello se debe a la muerte de mi madre, de la que os informo a través de esta misiva y os pido recéis por su alma. Vuestra abuela, la reina Isabel de Portugal, murió el 15 de agosto, día de la Asunción de la Virgen, después de cuarenta y dos años de autoreclusión en su castillo de Arévalo. Aquejada de una cruel demencia que heredara de su familia portuguesa, vivió enajenada hasta el día de su muerte, que la liberó de tan tremenda dolencia. Entregó su alma a Dios reconfortada en los santos sacramentos. Y aunque me consuela saberla en el cielo, no logro apartarla de mis pensamientos, como no logro apartaros a vos, hija querida y entrañable.

Aquí son grandes los preparativos organizando los esponsales de vuestro hermano Juan con vuestra cuñada, la princesa Margarita de Austria, y las segundas nupcias de vuestra hermana mayor, Isabel, quien después de seis años de viudez será desposada por el rey Manuel I de Portugal, primo del difunto Alfonso.

A esto debo agregar el beneplácito que nos causa informaros que, por benevolencia de Su Santidad el Papa español (número 218 en la historia de la Iglesia), que heredara el trono de San Pedro, Alejandro VI, nos ha sido otorgado por la bula Si Convenit, el honorable título de Reyes Católicos, generando con ello la lógica contrariedad en nuestro buen vecino, el Rey de Portugal, que se considera tan católico como nosotros. Pero dicho título no solo se debe a la práctica inclaudicable de la religión cristiana sino al haber logrado expulsar a los moros de la Península Ibérica.

Mi buen secretario y paje de la infancia, don Gonzalo Fernández de Córdoba, ha sido nombrado Gran Capitán de los ejércitos de España, por el heroísmo demostrado al defender nuestra divisa en la batalla de Italia. Realmente es uno de los hombres de mayor hidalguía en estos tiempos. Como jefe máximo de las tropas hispanas en Italia, dio inicio a las transformaciones tácticas y su principal acierto

estuvo en integrar una fuerza diversificada que incluía armas de fuego, con lo cual podía enfrentarse con éxito, tanto a la caballería como a la infantería. Tanta lealtad, finalmente, ha sido recompensada y me congratula, pues era merecedor de tan noble distinción.

Hija mía, os ruego sepáis comprender nuestra inquietud. Algún día no muy lejano vos también seréis madre, entonces comprenderéis mis desvelos.

Recibid nuestros afectos y bendiciones.

Yo, la Reina.»

En ningún párrafo de aquella carta, Isabel de Castilla hacía alusión a Felipe de Habsburgo y, ante tan notable olvido, Juana sintió un gran dolor. Sin poder comprender aquella actitud de su madre, guardó la carta en un pequeño cofre de madera de sándalo que le regalara su hermano Juan y pensó en aquel honorable título otorgado a sus padres por el Papa Alejandro VI. Aquel Pontífice, cuyo nombre de pila era Rodrigo Borgia, y tan español como ella, era muy poco afecto a los sacrificios y penitencias. (Este Papa tuvo cuatro hijos con una mujer llamada Vannozza Cattanei: César, que fue nombrado cardenal, era un político hábil pero desleal, inhumano y licencioso; Juan, segundo Duque de Gandía, era odiado y perseguido por su hermano César; Lucrecia, célebre por su belleza, protectora de las artes, las letras y la ciencias, era acusada de llevar una vida licenciosa; y Jofré, Príncipe de Esquilache, tenía fama de ser un libertino).

Alejandro VI, con su duplicidad y nepotismo, más que un Papa representante de Cristo en esta tierra, era el fiel reflejo de un príncipe de la alta Edad Media.

El rostro de Juana se reflejó taciturno y melancólico sobre el gran espejo en medialuna del tocador. Así la encontró Felipe al regreso de sus audiencias.

—¿Qué os sucede, mi reina? ¿Habéis recibido una mala noticia?

Pero Juana ya no pensaba en el Papa licencioso, ni en su madre severa y autoritaria, consagrada de por vida a extender la religión a todos sus nuevos dominios, sino en su abuela, «muerta y sepultada» cuarenta y dos años atrás.

Isabel de Portugal, Reina de Castilla, había sido nieta de Jaime I de Portugal y esposa del rey Juan II de Castilla, el que, a instancias suyas, había hecho decapitar a don Álvaro de Luna, Condestable de Castilla y favorito del Rey. Juana recordaba cuando su madre entonces

le contaba que, siendo ella una niña todavía, don Álvaro se había transformado en el hombre más rico y poderoso de su tiempo, pero, habiéndose enemistado con el Rey, este le mandó a decapitar, instigado por su esposa. La muerte de don Álvaro pesó sobre la conciencia de Isabel del Portugal y contribuyó en gran medida a que terminara perdiendo la razón.

Este hecho le había bastado a Juana para comprender que ella nunca sería una reina como su abuela Isabel, ni tampoco como su madre. Jamás decidiría sobre la vida de alguien, pues aquel era el peor pecado en el que caían con frecuencia los reyes: disponer de la vida de las personas como si fueran de su propiedad. Ser reina no consistía en gobernar por el terror, el odio o la muerte, sino en respetar los derechos del prójimo como si fuesen los propios para poder ser realmente amada por sus súbditos. Esto, sin duda, le había valido la fama ante sus padres de ser una princesa demasiado caritativa y, por lo tanto, muy peligrosa para reinar. Aquellos tiempos necesitaban mano dura y Juana demostraba ser más piadosa que severa. Sus principios se basaban en que el poder viene de Dios, y ese poder debe ser tan benévolo como el Principio de donde emana.

La pregunta de Felipe la arrancó de aquellos pensamientos. Juana sobresaltada se levantó y corrió a abrazar al Archiduque que la apretó contra su pecho.

—¿Qué os sucede, amor mío?

—Me ha escrito mi madre. Mi abuela ha muerto.

—¿Cuándo?

—El 15 de agosto, en Arévalo.

—Lo siento, Juana, pero debéis consolaros y pensar que su alma gozará de un cielo merecido después de décadas de sombras y extravíos.

Felipe llenó aquel rostro triste de besos y caricias y Juana sintió que aquel amor era todo su consuelo.

—Ven, Juana, para aliviaros del pesar que os aflige os invito a dar un paseo por Brujas. Voy a mostraros esta ciudad que tanto quiero y que me ha visto crecer.

Vestida de luto en honor a su abuela, Juana bajó las escalinatas de mármol hasta el patio empedrado donde les esperaba el carruaje. A una orden de Felipe, el cochero partió hacia el Burg, el centro de Brujas. La carroza archiducal se abrió paso entre los apotecarios, orfe-

bres, cambistas, comerciantes de tejidos y encajes, banqueros y prestamistas, libreros, escribientes, vendedores de pergaminos e iluminadores. Un mar de gente reía, discutía, vendía o compraba, mas al paso del carruaje todos se inclinaban en señal de respeto y vasallaje a sus amados archiduques.

—Contemplad, Juana, contemplad —le sugería Felipe, señalando a través de los visillos del carruaje—. Allí se levanta la fortaleza del conde Balduino I, mandada a construir en el año 846, y la iglesia de San Donaciano, en donde Carlos, El Bueno, fue asesinado en 1127.

—Vuestra Brujas es hermosa. Su Ayuntamiento gótico, con tan bellos y finos motivos, me recuerda un relicario —respondía Juana asombrada por la suntuosidad de los edificios.

—Ven, os lo mostraré para que podáis gozar de esta obra maestra en todo su esplendor.

El carruaje se detuvo frente al Ayuntamiento y hacia allí se dirigieron Juana y Felipe. El pueblo les aplaudía alborozado y alegre.

La sala consistorial de aquel edificio poseía incontables y fabulosos arcos de robles y pinturas murales que representaban los grandes momentos históricos de la ciudad.

Al salir del Ayuntamiento, Juana descubrió la cripta de San Basilio, cuya capilla románica había sido edificada en el siglo XIII y dedicada a este santo, célebre patriarca griego nacido en el año 329 y muerto en el año 379. Encima de ella se hallaba la capilla de la Santa Sangre, también de origen románico.

—Os voy a contar su historia. La escultura que se halla sobre la puerta de la capilla es un pelícano que nutre a sus crías con su propia sangre y simboliza a Cristo, que dio su sangre para salvar a toda la humanidad.

—Pero, ¿por qué la llamáis vosotros la capilla de la Santa Sangre?

—Porque gotas de sangre de Jesús fueron traídas a Brujas en el año 1149, por el conde Thierry de Alsacia, después de la segunda cruzada a Jerusalén. El día de la Ascensión es para Brujas su fiesta más importante, ya que en tal fecha se celebra la procesión donde es llevada la reliquia verdadera de la Santa Sangre. El cortejo, del cual participan centenares de brujenses, consta de dos grandes partes, la primera representa los temas bíblicos y, la segunda, simula el retorno de Thierry de Alsacia siendo portador de la reliquia. Debéis saber, mi linda Juana, que ese día es el más hermoso para Brujas.

—Para mí todos los días son hermosos en Brujas, desde que estoy contigo. Amo la libertad y la alegría de vuestro reino, pero, por sobre todo, os amo a vos, señor mío.

Aquel agradable paseo prosiguió luego por el Huidevettersplein, el centro de las tenerías (desde el siglo XIII los curtidores llevaban a cabo en ese lugar todas las actividades). Continuó más tarde por la zona del mercado, donde cada puesto ofrecía su especialidad. En unos, hierbas aromáticas y medicinales se apilaban sobre grandes mesones de madera. En otros, las flores multicolores se apretaban en grandes canastos y, más allá, los barriles de miel, los panes recién horneados, las mantequillas sobre tablas de madera, los quesos y los dulces, las salchichas, los jamones, las verduras apiladas, las frutas colgadas y los huevos frescos, los pollos, los gansos y patos, los cerdos, corderos y terneros recién carneados daban al lugar un colorido sin igual. Mientras, los impresores, pintores, tejedores, sastres, vidrieros, destiladores de agua y de alcoholes, toneleros, zapateros, militares, juglares, médicos, cirujanos, relojeros, orfebres, pintores de retablos y escultores practicaban su oficio, a la vista de todos, en medio de la algarabía.

El carruaje tomó el camino del muelle del Rosario desde donde podía observarse una magnífica vista del Atalaya, el orgullo de Brujas. Al llegar, Felipe hizo detener el carruaje y descendieron tomados de la mano. Cruzaron el puente de San Nepomuceno, nombre que había sido puesto en honor a una estatua de Jan Nepomuck, Arzobispo de Praga nacido en Pomuk, Bohemia, en 1345, y que fuese confesor de la Reina, el cual, por no querer traicionar el secreto de confesión, había sido ahogado en el río Moldova en el año 1398.

Caminaron hasta el palacio de los Señores de Gruuthuse, los que debían su gran riqueza a la venta del gruut, mezcla de especias que daban el sabor típico a la cerveza flamenca.

—El palacio que veis allí perteneció a Luis de Gruuthuse, quien murió en 1492. El era un diplomático al servicio del ducado de Borgoña, un verdadero mecenas. Fue miembro de la Orden del Toisón de Oro y en ese palacio, sobre sus frisos, se puede leer su sencilla pero profunda divisa: *Plus est en vous* («Mucho está en vosotros»).

El viento empujaba las nubes que se iban arremolinando sobre el horizonte y Juana observaba embelesada el magnífico castillo. Un

grupo de mujeres tejían sus encajes sentadas al sol, con finas agujas de palos de rosas. Al comprobar que la pareja real se les acercaba, se pusieron de pie de inmediato y, adelantándose una de ellas, se arrodilló ante Juana y le obsequió un exquisito corte de encaje.

—Majestad —dijo la mujer con humildad—, este encaje que con devoción os entrego es el fruto de mis manos.

Juana ordenó a la mujer que se pusiera de pie.

—Os agradezco vuestro gesto y os digo con orgullo que no podría concebirse Brujas sin vosotras.

—Y sin sus magníficos cisnes —acotó Felipe—. Sabéis que, sin ellos, Brujas no sería Brujas —prosiguió Felipe, mientras señalaba hacia uno de los canales donde siete cisnes blancos nadaban lentamente sobre las verdes aguas—. Como los cuervos en la Torre de Londres, los cisnes son objeto de toda clase de cuidados, porque ellos protegen a la ciudad contra las calamidades. Todas las aves que veis fueron traídas por orden de mi padre, que quiso castigar a los brujenses por haber dado muerte en 1488 al gobernador Pieter Lanckals. El nombre —que simboliza cuello largo— quedó así grabado en sus habitantes como un recuerdo imborrable.

—Un castigo ejemplar que terminará algún día siendo una original leyenda —respondió Juana.

—Tal vez como nosotros dos —rió Felipe, y, abrazándola, continuaron el paseo.

Desde la perspectiva de sus nuevos dominios la vida le parecía a Juana maravillosamente diferente. Junto a su «Hermoso» Habsburgo no había motivos de tristeza. España había quedado muy atrás, no solo en la geografía europea, sino relegada, por no decir olvidada, en su corazón de hija. Con el transcurso de los meses, los caminos de su memoria se fueron cubriendo con la hierba de la indiferencia y el olvido.

Escondidos detrás de los Pirineos, el Reino de Aragón, con Valencia, Cataluña, las Islas Mallorcas, Cerdeña y Sicilia y más allá Castilla, con su recientemente incorporado reino de Granada, al borde del azul Mediterráneo, no se parecían en nada a aquellas tierras de ensueño regadas por el Mosa, el Sambre y el Escalda, sobre las que ahora reinaba como Reina consorte. De la mano de Felipe viajó por Amberes, Lieja, Brujas, Gante, Bruselas, Lovaina, Charleroi, Verviers, Namur y, antes de su cumpleaños, Juana decidió que ya era hora de escribir respondiendo a la carta de su madre.

Pero absorta en una felicidad sin límites, pronto la carta pasó al olvido y con ella también olvidó los compromisos nupciales de Isabel, de Juan y de su cuñada Margarita de Austria.

Las celebraciones de sus esponsales con Felipe, festejadas en los diecisiete estados del Reino, habían llegado a su fin y la flota que la había conducido hasta Flandes debía retornar a España llevando a Margarita a su nuevo destino. Pero el invierno se aproximaba inexorablemente y el frío, las nieblas y las tormentas marítimas que se desataban en los mares del Norte desaconsejaron la nueva travesía. Margarita debió permanecer en Namur más tiempo de lo convenido y Juana comenzó a sentir sobre ella el peso de la culpa, por la involuntaria demora.

Cuando las naves que habían traído a Juana atracaron en Flandes, el Consejo Ducal se mostró contrariado ante la imposibilidad de hacerse cargo de los gastos que, sin duda, iba a demandar una flota de esa magnitud. Y si en la fecha prevista no retornaba a Laredo, las cosas terminarían por complicarse aún más.

A través de un contrato previamente estipulado, ambos príncipes se comprometieron a mantener los gastos que la flota de sus futuras esposas demandasen, pero la tripulación española, careciendo de abrigo y de comida (lo más indispensable), se sintió abandonada a su propia suerte y requirió con urgencia una audiencia con la Archiduquesa española. Juana se manifestó tremendamente avergonzada por la situación extrema en la que se encontraba la tripulación del almirante Fadrique y pidió públicamente perdón por aquellos graves inconvenientes, ajenos a su propia voluntad.

El otoño pasó como vino y pronto llegaron los fríos. Las noches se tornaron heladas, el suelo se puso blanco y rígido a causa de las escarchas y el sol se volvió pálido y débil.

—Los canales de Flandes no tardarán en congelarse —dijo Felipe una mañana al levantarse y observar a través de los cristales los primeros copos de nieve que cubrían los jardines—. La nieve ha igualado con su manto blanco toda la naturaleza, entonces el tiempo aclarará aún más y todo el mundo podrá salir a patinar sobre los canales.

—¿A patinar sobre los canales? —preguntó incrédulamente Juana que jamás había visto un río helado—. Debe ser una experiencia inigualable, como el tener alas y sentirse libre.

—No solo es inigualable, sino que además es muy alegre. Tanto los niños como los mayores practican aquí este juego invernal. ¡Ya lo veréis! Poco a poco iréis conociendo las costumbres de este Reino que ya es el vuestro —prosiguió Felipe—. Así, por ejemplo, deberíais saber que Holanda y Flandes son las dos provincias que más tributos brindan al Imperio. Sus tierras son enormemente prósperas. Habréis observado que absolutamente toda su superficie está cultivada, que además poseen un gran comercio de ultramar y que sus industrias textiles trabajan el hilo, la lana y la seda abasteciendo a casi toda Europa. Los flamencos son sumamente ricos y muy orgullosos de lo que tienen. Todas las ciudades poseen cartas de privilegio y yo debo jurar respetarlos antes de entrar en cada una de ellas. Con esta actitud obtengo que sus habitantes aprueben las partidas de dinero que significan nuestros ingresos. En Flandes debo hacer como dice mi padre: ser flamenco.

—¿Y yo también deberé hacerlo? —preguntó Juana intrigada.

—Vos, Juana, no deberéis hacer el juramento. Solo se le exige al Rey. Pero quiero pediros, mi querida esposa, que siempre os mostréis afable con todos ellos. Entonces no habrá nadie en este Reino que os deje de amar y de rendir pleitesía.

—¿Y el Ducado de Borgoña, cómo funciona?

—En el Ducado de Borgoña las cosas no son tan sencillas como parecen. Existen feudos a los que se denomina políticamente: feudos de homenaje dividido, y vos, Juana, sois, además de Reina de Flandes y Archiduquesa del Sacro Imperio Romano Germánico, Duquesa de Borgoña. Este ducado debe homenaje tanto al Imperio como a Francia, pues no solo rinde tributos a mi padre, el Emperador, sino también al Rey de Francia.

—Entonces, como Duquesa de Borgoña, ¿deberé rendirle homenaje al rey Carlos VIII de Francia? —preguntó Juana, ante el temor de una respuesta afirmativa. Bien sabía que su padre, el rey Fernando, odiaba Francia y se opondría terminantemente a que una de sus hijas le rindiese honores al rey francés.

—No creo que debáis. Solo deberíais hacerlo en el caso de que visitarais Francia.

—¿Y tendremos que visitarla algún día?

—No lo sé Juana. Pero si vos no lo deseáis, no iremos, querida.

Felipe adoraba Francia y sabía muy bien que con frecuencia debía viajar representando al Imperio. En aquel país, causaba siempre

una impresión tan extraordinaria que Carlos VIII decía de él: «Felipe de Austria es tan francés como el vino de Burdeos». Y así era realmente aquel Habsburgo: en París francés y húngaro en Pest.

Llegó el invierno y las nevadas cubrieron con su blanco manto los tejados, los prados y los bosques. Los canales se helaron y la tripulación española, abandonada a su propia suerte, sintió con todo rigor los estragos del hambre, el frío y la desesperanza, al no recibir ayuda de ninguna de las dos casas reales.

Los ricos flamencos, viviendo del comercio, en la suntuosidad, se burlaban de aquellos sufridos y recios soldados españoles que con tanta rigidez continuaban observando la disciplina militar. Con excesivo orgullo soportaban con entereza la vida en aquellos campamentos insalubres y los precios exorbitantes, que abusivamente los proveedores locales les cobraban, por abastecerlos de provisiones. Cansados de soportar tantas injusticias y las burlas reiteradas de los flamencos, que, por no regatear los precios, les consideraban unos idiotas, decidieron una vez más, en aquel duro invierno, expresar sus palabras de reproche.

Una delegación volvió a entrevistarse con la reina Juana, informándole sobre el estado calamitoso en que se encontraban. Los rigores del clima, la carencia de abrigos, las enfermedades que asolaban el campamento como resultado de las nevadas y los vapores que despedían las marismas, hacían insostenible la situación de aquellos hombres. Pidiendo perdón, rogaron a su Reina les informara sobre el destino de su paga que, por algún motivo de olvido u omisión, se había retrasado más de lo acostumbrado.

El pago de los salarios de la tropa debía ser abonado por Felipe de acuerdo a lo establecido, pero Juana, antes de reprochar a su esposo aquel comportamiento, prefirió llamar a su despacho a su tesorero español: De Moxica.

—Don Martín, os ordeno que vayáis de inmediato al campamento de las tropas españolas y abonéis con mi dinero los salarios atrasados.

Con sonrisas y reverencias De Moxica respondió:

—Os aseguro, Alteza, que así se hará.

Sin embargo, los soldados españoles habían comenzado a morir. Aquel febrero de 1497 caía implacable sobre Flandes. Los fuertes vientos del polo y una nieve espesa, endurecida apenas caída, habían

congelado el agua de los canales y los estanques cubriendo el Reino de una gruesa corteza de hielo. La causa de aquellos fríos tan penosos era el viento, que, sin ninguna barrera que detuviese su camino a través del océano, descargaba sobre las llanuras su helada violencia. Ese año, el mar se había congelado. Un anillo de témpanos rodeaba los estuarios como una infranqueable defensa y, cuando a principios de marzo las diezmadas tropas comenzaron a embarcar, maldiciendo al suelo y al pueblo de Flandes, más de dos mil cruces con nombres en español quedaron en sus cementerios.

En España, el recuento reveló la dura realidad, pero las muertes se debían a la «voluntad de Dios», según escribía De Moxica a sus Católicas Majestades:

«…Ahogados en el mar por un fuerte temporal, muertos en Flandes por las inclemencias y rigores del clima, una epidemia de neumonía terminó por arrasar el campamento.

En lo referente a los salarios, reconozco que han sido bastante retrasados en su pago y que la archiduquesa Juana me ha sugerido que los abone de su tesoro privado, mas yo, velando por los intereses de mi amada España, no lo he hecho, pues dicha paga era, de acuerdo al tratado, responsabilidad absoluta del archiduque Felipe de Habsburgo. Violar una cláusula del documento podría llegar a viciar la totalidad de lo pactado, lo cual no me he atrevido a hacer.

El Archiduque me aseguró que en cuanto tuviera conocimiento exacto de los sobrevivientes, enviaría de inmediato el importe de los sueldos atrasados a España.

Mis relaciones con el Archiduque, son excelentes…

Don Martín de Moxica

Tesorero Real de la Corte española en Flandes ».

A pesar de haber sido nombrado por la reina Isabel, Martín de Moxica mostraba sospechosas inclinaciones hacia los intereses de Flandes. Tan evidentes que nunca le fue discutido el puesto; mientras, los sufridos soldados jamás recibieron sus pagas.

Aquella actitud fue gratamente elogiada por los Reyes de España, quienes se mostraron encantados de no tener que abonar suma alguna, dado que en aquel momento se estaba reorganizando el ejército para propinar el golpe de gracia a Francia. Por otro lado, en España estaban sucediendo varios acontecimientos de gran relevancia

internacional, pero de gran pesar para los soberanos españoles, de los cuales, tiempo más tarde, se enteraría Juana.

—¡Todo ha sido por mi culpa! —se quejó Juana.

—No debéis culparos de nada. Vos no habéis hecho nada —la consoló Felipe.

—De eso me culpo, de no haber hecho nada. ¡Absolutamente nada! Era mi flota y mi gente, sin embargo, me olvidé de ellos. No les protegí y les dejé morir.

Frente a estas circunstancias, y para tratar de aliviar a su esposa de tantas obligaciones, Felipe nombró al Príncipe de Chimay caballero de honor de Juana. En adelante aquel noble tomaría el gobierno de la Corte española, para evitar omisiones lamentables.

Por su parte, Juana aceptó encantada. Diecisiete años al lado de su madre le habían servido para aprender a obedecer y delegar, y aquella nueva situación no le costó ningún esfuerzo. Con aquellas decisiones volvían a doblegar sus ansias combativas, pero no importaba, ella solo tenía un objetivo: amar a Felipe de Habsburgo.

Terminó el invierno y la primavera se extendió por la campiña estallando por todas partes en ramilletes de flores multicolores y cuajando de fragancias el aire. Y así, de la noche a la mañana, tal como se había marchado el invierno y entrado la primavera, Jeanne de la Clite, dama de Commynes, a quien todos llamaban Madame de Hallewin, gobernanta de los hijos del Emperador, aconsejó a la Archiduquesa que cambiase su conventual guardarropas.

Madame de Hallewin era una mujer sagaz y aprovechó aquellas circunstancias para ir usurpando la autoridad de Juana dentro del propio palacio. Con gran tacto, la gobernanta comenzó aconsejándola sobre la etiqueta de la Corte imperial, donde su punto de partida debía ser cambiar sus costumbres en el vestir. Una Juana enamorada se dejó llevar solo por el insaciable placer de agradar a su esposo. Atrás quedaron los oscuros vestidos castellanos de telas rústicas y escotes cerrados y sus austeros camisones de lienzo. El hechizo de aquel amor había hecho desaparecer, como por encantamiento, cuanto de español quedaba de aquel entorno.

—Será necesario, Señora, que sepáis adecuar vuestra magnífica belleza al honor que os confiere ser la esposa de nuestro Archiduque. Y si me permitís aconsejaros, puedo deciros que, vestida a la usanza de Flandes, no habrá mujer que os iguale. Si vos sois la más bella, la

más rica, la elegida de nuestro «Hermoso» Archiduque ¿Por qué no demostrarlo?

El deseo de atrapar las miradas y sonrisas de Felipe, frente a una competitiva corte femenina, despertaron en Juana los deseos de ser inigualable. Así lucía con gracia los nuevos y magníficos vestidos de corte flamenco, realizados en suntuosas telas de vivos colores, que resaltaban aún más su encantadora figura. Adoptó todas aquellas vanidades que en un principio le habían parecido como una falta de modestia y pecaminosidad.

Cerca de doscientos tocados nuevos con sus respectivos vestidos, permitían inventariar veinticuatro adornos de plata, sesenta y ocho con oro en franjas, ornamentos bordados y brocados y cuarenta y ocho guarnecidos en piel. El guardarropa flamenco de la Infanta española era tan suntuoso como los palacios por donde caminaba y transcurría con placidez sus días.

Juana contempló su imagen en el inmenso espejo de la recámara y, volviéndose hacia Madame de Hallewin, le preguntó:

—Y bien, ¿cómo luzco ahora ?

Con un magnífico vestido de seda verde, apretado en la cintura y pendiendo de su cuello un collar de perlas y esmeraldas que realzaba sus finos rasgos, le sonrió a Madame de Hallewin a través del espejo.

—¡Soberbia!, Señora. ¡Soberbia! —respondió la gobernanta con una sonrisa aduladora—. No hay ni habrá jamás en esta Corte mujer más bella y digna que vos para nuestro bienamado Archiduque. Pues de vuestra mano también serán soberbias las coronas que un día habrán de llegarle.

Juana volvió a sonreír feliz. De princesa española casi monjil se había transformado como por encanto en una bellísima reina europea. Vestida y arreglada al modo flamenco, Juana de Castilla se tornó deslumbrante. Tantas cosas le estaban sucediendo, y todas ellas tan nuevas y jubilosas, que, agregadas al inmenso gozo que el enlace con Felipe le había aportado desde el primer día, olvidó absolutamente todo. Su España, sus padres, sus hermanos.

Hasta tal punto llegó su olvido que apenas daba una ligera revista diaria a los despachos que llegaban de Castilla, sin buscar jamás el tiempo necesario y suficiente para poder contestarlos.

Por aquellos días toda la corte de bellas damas flamencas, peligrosas competidoras de encendidas miradas, sonrisas a flor de labios,

profundos escotes y frágiles cinturas doblándose al paso de Felipe, comenzaron a sentirse celosas de la princesa española. El apuesto Rey de Flandes había cambiado completamente desde sus esponsales. Ya no flirteaba con ellas ni prestaba la más mínima atención a otra mujer que no fuera Juana. Y era aquel amor intenso y fiel el que a ella mantenía tan serena y feliz.

Juana parecía haberle hechizado, porque Felipe había cambiado, tomando muy seriamente sus deberes de esposo y de soberano. Destinaba largas horas a conversar con sus consejeros, conduciéndose de una manera tan agradable y acertada que, poco a poco, se fue conquistando en todo el Reino el sobrenombre de *Croint Conseil* (hombre que sabe oír consejos).

Constantemente los emisarios cabalgaban entre el palacio imperial de Hofburg en Viena y el palacio archiducal de Flandes y su padre, el Emperador, con beneplácito decía: «Mi astuto hijo comienza a esforzarse por conseguir poderío. Los electores le nombrarán Emperador cuando yo muera y él será, con toda seguridad, mi sucesor».

La sucesión de los Habsburgo era posible gracias al poder que le conferían a la dinastía sus vastos dominios, de forma que siempre conseguirían imponer su candidato a los electores alemanes.

Por los inmensos salones palaciegos o por las iluminadas galerías de los pasos perdidos, detrás de alguna puerta, o bajo alguna glorieta, Juana podía presentir los celos que su belleza despertaba en aquel cortejo de hermosas mujeres (y a su entender, aquello era una mácula para su perfecta felicidad).

Con el transcurso de los meses aprendió a bailar las danzas flamencas y también a sonreír mientras bailaba, aunque su compañero de baile no fuera precisamente Felipe, como el Conde de Gorizia o el Conde de Pest, amigos de la infancia del Archiduque.

Se desenvolvía a la perfección dentro de la etiqueta palaciega de Flandes y, entonces, todas las damas que frecuentaban el palacio tuvieron que admitir el triunfo inocultable de la princesa española, más hermosa y carismática que todas ellas.

El Obispo de Jaén había muerto y el padre Diego de Villaescusa, su confesor, observaba los cambios producidos en la Infanta con cierta preocupación. Conocía demasiado a la Princesa como para reprenderla y bien sabía de labios de Juana la causa de tales cambios.

Todo lo que había de caballero en él lo aceptaba, porque era bueno para una Reina ser amada por su Rey y por sus súbditos, pero en sus confesiones solía advertirle:

—Alteza, recordad siempre que los santos vivieron en la humildad y la modestia, tratando siempre de agradar más a Dios que al mundo.

A lo que Juana respondía:

—Padre Diego, ya no deseo ser santa, ¿o vos deseáis que lo sea?

—Me agradaría, pero desconozco los designios insondables de Dios. Él es el que nos marca el camino de la realización espiritual y depende de nosotros elegir acertadamente. Los méritos divinos solo descienden sobre el lugar que el Creador nos tiene elegido en esta tierra.

La principal preocupación de Juana consistía en la contradicción que sentía entre sus deseos y creencias; entre aquellas enseñanzas de la infancia y las nuevas experiencias a las que tan felizmente se adaptaba.

Armándose de valor confesó al sacerdote el inexplicable placer que le causaba estar entre los brazos de Felipe, reconociendo lo pecaminoso de esas gratísimas sensaciones.

El padre Diego reprimió a duras penas la sonrisa, pues Juana experimentaba sensaciones completamente normales en una buena esposa.

—No os preocupéis, Alteza. Los penitentes no prescriben su propia penitencia y no veo en vuestras sensaciones pecado alguno, viviendo dignamente dentro de un matrimonio santificado por la Iglesia.

Absorta en dilucidar aquellas contradicciones que hacían cuestionar sus rígidos principios, la sorprendió la llegada oficial del emperador Maximiliano I.

El palacio se vistió de fiesta. Se encendieron las resplandecientes luces de mil bujías, el aire se impregnó de música y en los salones reales fueron servidos exquisitos banquetes y organizados soberbios bailes de gala. Todo fue puesto a disposición de su imperial suegro y padre político, cuyo real motivo de visita era saludar y felicitar a su hijo por el notable interés y modo de llevar adelante la política flamenca. El correo funcionaba de continuo con informaciones entre el Archiduque y el Emperador, cuando ambos solicitaban apoyo para

las defensas de sus dominios o la puesta en marcha de determinados planes estratégicos.

Antes de su boda, Felipe había prometido no defraudar a su padre y así lo estaba cumpliendo. Dos veces se habían reunido los Estados Generales, exponiendo ante ellos sus proyectos políticos y, aunque el Consejo era el que llevaba adelante la política de gobernar, Felipe aconsejaba sobre la necesidad de impulsar un verdadero desarrollo comercial en la región.

Contrariamente al interés que el estado de su Reino despertaba en Felipe, los asuntos españoles despreocupaban cada día más a Juana. La correspondencia con su madre quedaba siempre relegada sin responder y el saberse tan lejos contribuía aún más con esta actitud de olvido y desinterés.

El día de la llegada del emperador Maximiliano al palacio de Gante había sido maravilloso. Grandes personalidades del Reino acudieron al baile ofrecido en su honor, junto a todo el séquito de la Corte flamenca y a los nobles españoles que constituían la de Juana.

Suntuoso fue el recibimiento, como correspondía a la máxima jerarquía del Imperio y a tan extraordinaria investidura. Y aquella noche, Juana terminó por deslumbrar a la Corte en pleno y a su propio esposo.

Su vestido estaba confeccionado en terciopelo genovés color escarlata con el canesú bordado íntegramente en perlas. La falda formaba suaves pliegues y se levantaba levemente a ambos costados, por medio de dos corchetes de oro, dejando al descubierto unos encantadores tobillos enfundados en blancas medias. El escote por vez primera superaba en audacia a cualquier otro y sobre su cuello terso pendía una magnífica gargantilla de rubíes y brillantes. Su blanca piel hacía resaltar el rojo de su boca sensual y carnosa y su cabello rubio había sido recogido en un magnífico trenzado, sujeto por la diadema de brillantes de su archiducado.

En Juana, toda esta magnificencia resultaba deslumbrante y suficiente para crear una ilusión de gran belleza (pues la Reina era realmente hermosa).

Sus finos rasgos, tanto como su distinguido estilo, se veían intensificados por las bujías encendidas del salón, todas ellas ubicadas en los puntos estratégicos. Era la hora en que el crepúsculo caía sobre Gante. Bajo aquella luz, una Juana resplandeciente apareció en

el extremo de la gran escalera y comenzó a descender lentamente. Todo el mundo contuvo no solo la palabra de su boca, sino la respiración. Todas las miradas se posaron en ella. Al verla, Felipe interrumpió la conversación que mantenía con su padre y fue a su encuentro, al pie de la escalinata.

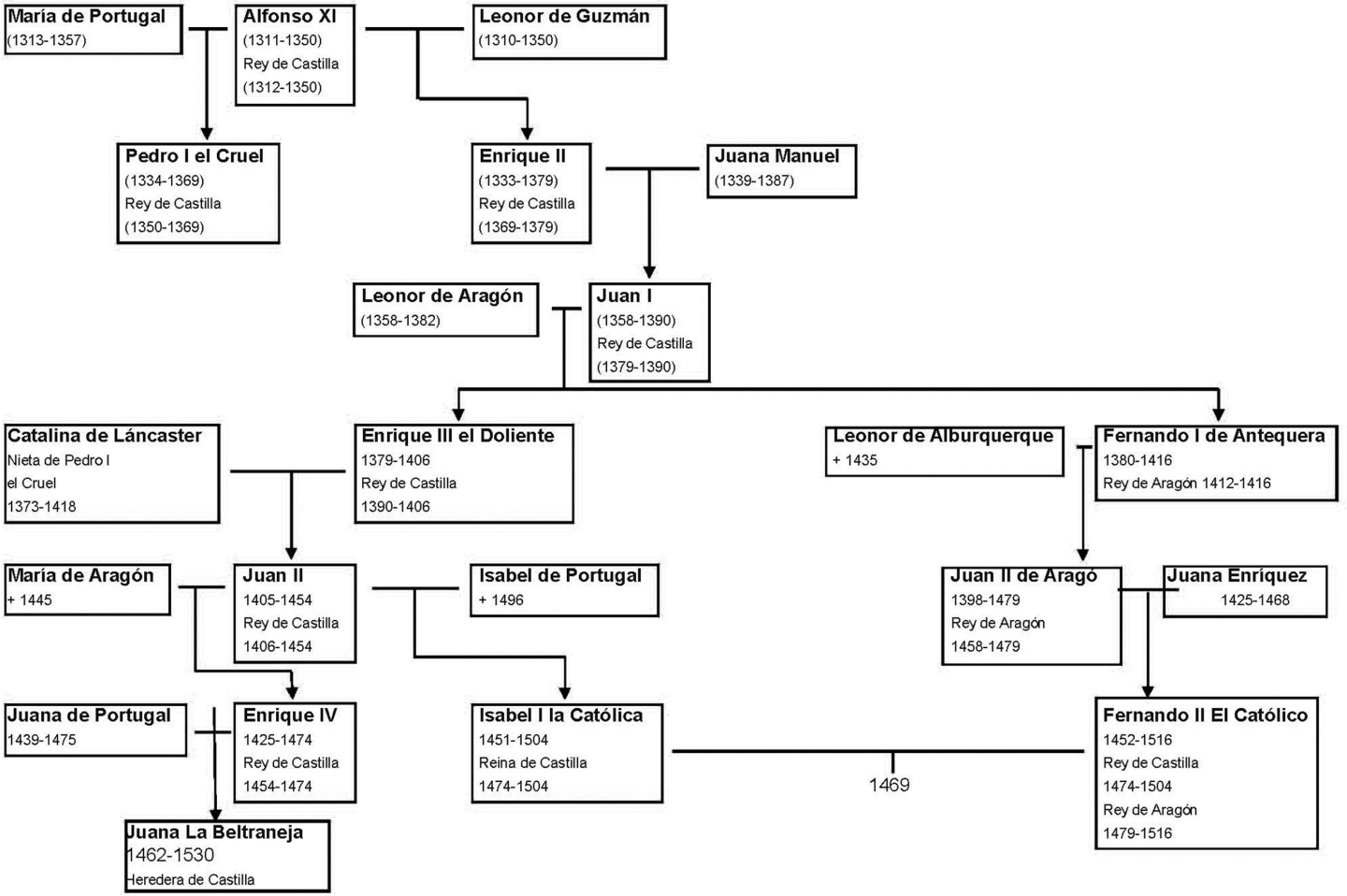
—¡Sois única, Juana de Castilla y Aragón!

—Como vos, Felipe. A vuestros pies pongo mis reinos, mi fortuna, mis títulos y poderes. Absolutamente todo, os lo entrego. Pues vos sois mi única finalidad en esta vida. Os los ofrezco, cual un presente de mi amor y mi ternura.

—Me deslumbras, Juana —respondió Felipe, y su corazón latió con fuerza pensando en aquella geografía que se extendía más allá del ancho océano.

Lejos de la supervisión de la reina Isabel, Juana había comenzado a cambiar. Le gustaba reír, bailar y descubrir el brillo de aquella Corte exquisita y refinada, donde el arte, la belleza y la música estaban siempre presentes en cada una de sus expresiones. Había descubierto la felicidad, aquel estado desconocido para ella, porque en Castilla la felicidad había sido siempre suplantada por la tranquilidad del deber cumplido. Cada día, al despertar en aquellos dominios de ensueño, cuando la suave luz de los primeros rayos del sol intentaba filtrarse por los cristales, escurriéndose con dificultad a través de los pesados cortinados, Juana tomaba conciencia de que estaba viviendo de una manera jamás soñada. La vida en aquel reino era demasiado bella y alegre y no sentía la necesidad de estar todo el tiempo pensando en la salvación de su alma. Inmersa en aquella felicidad sín límites decidió cambiar a sus confesores españoles, de rígidos principios, por confesores flamencos flexibles y complacientes, que aceptaban sin cuestionamientos que ella amara sin medida a Felipe de Habsburgo.

# Casa Trastámara



# Casa Trastámara

